

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



EL FUTURO DE EUROPA

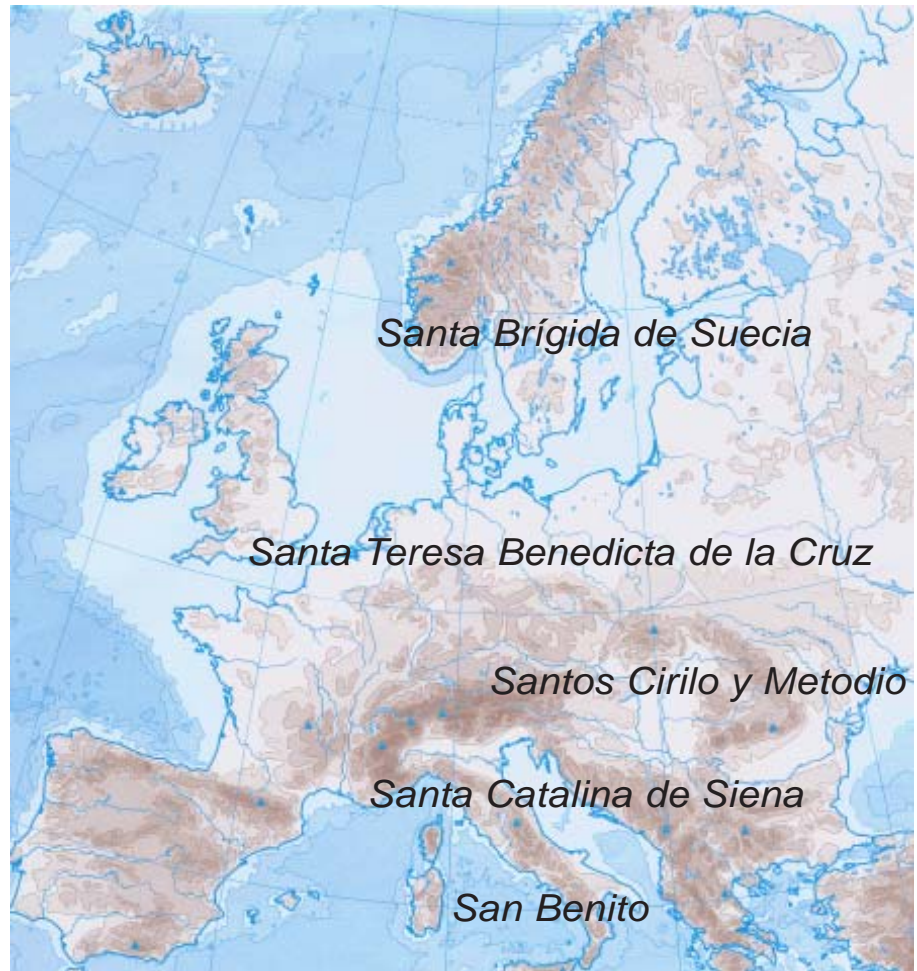
«Si el Señor no construye la casa,
en vano se afanan los constructores.»

(Sal 127,1)

Exhortación
apostólica
«Ecclesia
in Europa»

Los verdaderos
amigos
del Corazón
de Jesús (VII)

Las reliquias de
santa Teresita
del Niño Jesús
visitan España



«Volver a Cristo,
fuente de toda esperanza»

Año LX- Núm. 865-866
Agosto-Septiembre 2003

JUAN PABLO II

Sumario

Exhortación apostólica postsinodal «Ecclesia in Europa»	3
La Europa de los monasterios, del siglo X al XIII <i>Wladimir-Marie de Saint-Jean</i>	12
Unión y distinción en la Europa medieval. Las dos espadas <i>Reyes Jaurrieta</i>	18
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (VII). «Quiero que esta imagen sea expuesta a sus miradas, para ablandar sus corazones.» <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	22
A los cuarenta años de la encíclica <i>Pacem in terris</i> (IV) <i>José M^a Petit Sullá</i>	27
Cardenal Wyszynski: un instrumento providencial del Señor para su Iglesia <i>Luis Comas Zavala</i>	29
Pequeñas lecciones de historia. América: dos ejemplos de colonización <i>Gerardo Manresa</i>	34
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	35
Itinerario de las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús por España	37
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	40
Orientaciones bibliográficas <i>Evan Mclan</i>	42
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	43
Hace 50 años. Las raíces cristianas de Europa en Jaime Balmes <i>J. M.^a P. S.</i>	45

RAZÓN DEL NÚMERO

LA polémica en torno al reconocimiento explícito de las raíces cristianas de Europa en el texto de la futura Constitución europea está alcanzando sus momentos más intensos. No está de más, por tanto, reflexionar acerca de la que ha significado Europa a lo largo de los siglos. El mismo término *Europa*, que se refiere en la antigüedad a un ámbito geográfico, adquiere su actual preponderancia al suplantarse a la antigua Cristiandad, conjunto de pueblos que acataban la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo sobre ellos. Así, Europa es el modo en que el proyecto secularizador e ilustrado se va imponiendo sobre los pueblos cristianos del continente.

Estamos, pues, ante un hecho que el más mínimo ejercicio de realismo impide negar: la apostasía generalizada de los pueblos cristianos. Los pueblos que hoy conforman Europa han tenido una misión única por su grandeza: llevar el Evangelio de Cristo a todos los pueblos de la tierra. No estamos hablando de los múltiples aspectos de lo que conocemos como civilización occidental, algunos valiosísimos, otros contingentes, sino de la tarea encomendada por la Providencia de ser instrumento, a pesar de las propias flaquezas, para llevar el mensaje de salvación de Cristo a todos los hombres. Europa, al renegar de esta su misión, entra indefectiblemente en la crisis de identidad en la que se encuentra sumida.

El debate en torno a la inclusión de una referencia a las raíces cristianas en el preámbulo de la futura Constitución europea no es baladí. No se trata sólo de una cuestión de objetividad histórica: la ausencia de dicha referencia no cancela el hecho, innegable e imborrable, del origen cristiano de Europa. La verdadera discusión estriba en si ese pasado cristiano es como un retrato de un antepasado, polvoriento y pasado de moda, que a lo máximo que puede aspirar es a un lugar en el desván o si, por el contrario, se trata de nuestras raíces, las únicas capacitadas para irrigarnos con savia y vitalidad renovadas. En palabras del Papa, urge «*ayudar a Europa a construirse a sí misma, revitalizando las raíces cristianas que le han dado origen*» (*Ecclesia in Europa*, 25).

Una Europa fundada en el euro y en una Constitución jacobina, alérgica a Dios, es un fantasma que no puede ocultar su rostro de muerte. Frente a ella, se alza la Europa conformada por siglos de fe encarnada en todos los aspectos de la vida que, como nos recuerda Juan Pablo II, sigue dando frutos admirables, especialmente a través del «*gran signo de esperanza constituido por los numerosos testigos de la fe cristiana que ha habido en el último siglo, tanto en el Este como en el Oeste. Ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, frecuentemente hasta el testimonio supremo de la sangre. Estos testigos, especialmente los que han afrontado el martirio, son un signo elocuente y grandioso que se nos pide contemplar e imitar*» (*Ecclesia in Europa*, 13). En que el magisterio del Papa sea escuchado estriba la salvación de nuestras naciones; desde CRISTIANDAD queremos una vez más recordar esta verdad en la esperanza de que el Corazón de Cristo está presto para volver a acogernos con un amoroso y vivificante abrazo.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@eic.ictnet.es

Exhortación apostólica postsinodal
«*Ecclesia in Europa*»
del Santo Padre Juan Pablo II
a los obispos, a los presbíteros y diáconos,
a los consagrados y consagradas
y a todos los fieles laicos
sobre Jesucristo vivo en su Iglesia
y fuente de esperanza para Europa
(*fragmentos*)



CAPÍTULO PRIMERO

JESUCRISTO ES NUESTRA ESPERANZA

«No temas, soy yo, el Primero y el Último, el que vive» (Ap 1, 17-18)

I. Retos y signos de esperanza para la Iglesia en Europa

El oscurecimiento de la esperanza

7. La época que estamos viviendo, con sus propios retos, resulta en cierto modo desconcertante. Tantos hombres y mujeres parecen desorientados, inseguros, sin esperanza, y muchos cristianos están sumidos en este estado de ánimo. Hay numerosos *signos preocupantes* que, al principio del tercer milenio, perturban el horizonte del continente europeo que, «aun teniendo cuantiosos signos de fe y testimonio, y en un clima de convivencia indudablemente más libre y más unida, siente todo el desgaste que la historia, antigua y reciente, ha producido en las fibras más profundas de sus pueblos, engendrando a menudo desilusión».

Entre los muchos aspectos indicados con ocasión del Sínodo, quisiera recordar la *pérdida de la memoria y de la herencia cristianas*, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa, por lo cual muchos europeos dan la impresión de vivir sin base espiritual y como herederos que han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia. Por eso no han de sorprender demasiado los intentos de dar a Europa una identidad que excluye su herencia religiosa y, en particular, su arraigada alma cristiana, fundando los derechos de los pueblos que la conforman sin injertarlos en el tronco vivificado por la savia del cristianismo.

En el continente europeo no faltan ciertamente símbolos prestigiosos de la presencia cristiana, pero éstos, con el lento y progresivo avance del laicismo, corren el riesgo de convertirse en mero vestigio del pasado. Muchos ya no logran integrar el mensaje

evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en que el proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada.

8. Esta pérdida de la memoria cristiana va unida a un cierto *miedo a afrontar el futuro*. La imagen del porvenir que se propone resulta a menudo vaga e incierta. Del futuro se tiene más temor que deseo. Lo demuestran, entre otros signos preocupantes, el vacío interior que atenaza a muchas personas y la pérdida del sentido de la vida. Como manifestaciones y frutos de esta angustia existencial pueden mencionarse, en particular, el dramático descenso de la natalidad, la disminución de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, la resistencia, cuando no el rechazo, a tomar decisiones definitivas de vida incluso en el matrimonio.

Se está dando una difusa *fragmentación de la existencia*; prevalece una sensación de soledad; se multiplican las divisiones y las contraposiciones. Entre otros síntomas de este estado de cosas, la situación europea actual experimenta el grave fenómeno de las crisis familiares y el deterioro del concepto mismo de familia, la persistencia y los rebotes de conflictos étnicos, el resurgir de algunas actitudes racistas, las mismas tensiones interreligiosas, el egocentrismo que encierra en sí mismos a las personas y los grupos, el crecimiento de una indiferencia ética general y una búsqueda obsesiva de los propios intereses y privilegios. Para muchos, la globalización que se está produciendo, en vez de llevar a una mayor unidad del género humano, amenaza con seguir una lógica que margina a los más débiles y aumenta el número de los pobres de la tierra.

Junto con la difusión del individualismo, se nota un *decaimiento creciente de la solidaridad interpersonal*: mientras las instituciones asistenciales realizan un trabajo benemérito, se observa una falta del sentido de solidaridad, de manera que muchas personas, aunque no carezcan de las cosas materiales necesarias, se sienten más solas, abandonadas a su suerte, sin lazos de apoyo afectivo.

9. En la raíz de la pérdida de la esperanza está el *intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo*. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como «el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre», por lo que, «no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta

del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria». La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera.

En esta perspectiva surgen los intentos, repetidos también últimamente, de presentar la cultura europea prescindiendo de la aportación del cristianismo, que ha marcado su desarrollo histórico y su difusión universal. Asistimos al nacimiento de una *nueva cultura*, influenciada en gran parte por los medios de comunicación social, con características y contenidos que a menudo contrastan con el Evangelio y con la dignidad de la persona humana. De esta cultura forma parte también un agnosticismo religioso cada vez más difuso, vinculado a un relativismo moral y jurídico más profundo, que hunde sus raíces en la pérdida de la verdad del hombre como fundamento de los derechos inalienables de cada uno. Los signos de la falta de esperanza se manifiestan a veces en las formas preocupantes de lo que se puede llamar una «cultura de muerte».

La imborrable nostalgia de la esperanza

10. Pero, como han subrayado los Padres sinodales, «*el hombre no puede vivir sin esperanza*: su vida, condenada a la insignificancia, se convertiría en insostenible». Frecuentemente, quien tiene necesidad de esperanza piensa poder saciarla con realidades efímeras y frágiles. De este modo la *esperanza*, reducida *al ámbito intramundano* cerrado a la trascendencia, se contenta, por ejemplo, con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, con las diversas formas de mesianismo, con la felicidad de tipo hedonista, lograda a través del consumismo o aquella ilusoria y artificial de las sustancias estupefacientes, con ciertas modalidades del milenarismo, con el atractivo de las filosofías orientales, con la búsqueda de formas esotéricas de espiritualidad o con las diferentes corrientes de *New Age*.

Sin embargo, todo esto se demuestra sumamente ilusorio e incapaz de satisfacer la sed de felicidad que el corazón del hombre continúa sintiendo dentro de sí. De este modo permanecen y se agudizan los signos preocupantes de la falta de esperanza, que a veces se manifiesta también bajo formas de agresividad y violencia.

Signos de esperanza

11. Ningún ser humano puede vivir sin perspectivas de futuro. Mucho menos la Iglesia, que vive de la esperanza del Reino que viene y que ya está presente en este mundo. Sería injusto no reconocer *los signos* de la influencia *del Evangelio de Cristo* en la vida de la sociedad. Los Padres sinodales los han especificado y subrayado.

Entre estos signos se ha de mencionar la recuperación de la libertad de la Iglesia en Europa del Este, con las nuevas posibilidades de actividad pastoral que se han abierto para ella; el que la Iglesia se concentre en su misión espiritual y en su compromiso de vivir la primacía de la evangelización incluso en sus relaciones con la realidad social y política; la creciente toma de conciencia de la misión propia de todos los bautizados, con la variedad y complementariedad de sus dones y tareas; la mayor presencia de la mujer en las estructuras y en los diversos ámbitos de la comunidad cristiana.

Los mártires y los testigos de la fe

13. Pero quiero llamar la atención particularmente sobre algunos signos surgidos en el ámbito específicamente eclesial. Ante todo, con los Padres sinodales, quiero proponer a todos, para que nunca se olvide, el gran signo de esperanza constituido por los numerosos *testigos de la fe cristiana* que ha habido en el último siglo, tanto en el Este como en el Oeste. Ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, frecuentemente hasta el testimonio supremo de la sangre.

Estos testigos, especialmente los que han afrontado el martirio, son un signo elocuente y grandioso que se nos pide contemplar e imitar. Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y la humanidad como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo; al pertenecer a diversas confesiones cristianas, brillan asimismo como signo de esperanza para el camino ecuménico, por la certeza de que su sangre es «también linfa de unidad para la Iglesia».

Más radicalmente aún, demuestran que el *martirio* es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza: «En efecto, los mártires anuncian este Evangelio y lo testimonian con su vida hasta la efusión de su sangre, porque están seguros de no poder vivir sin Cristo y están dispuestos a morir por Él, convencidos de que Jesús es el Dios y el Salvador del hombre y que, por tanto, sólo en Él encuentra el hombre la plenitud verdadera de la vida. De este modo, según la exhortación del apóstol Pedro, se muestran preparados para dar razón de su esperanza (cf. *1 Pe* 3, 15). Los mártires, además, celebran el “Evangelio de la esperanza”, porque el ofrecimiento de su vida es la manifestación más radical y más grande del sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que constituye el verdadero culto espiritual (cf. *Rm* 12, 1), origen, alma y cumbre de toda celebración cristiana. Ellos, por fin, sirven al “Evangelio de la esperanza”, porque con su martirio expresan en sumo grado el amor y el servicio al hombre, en cuanto demuestran que la obediencia a la ley evangélica genera una vida moral y una convivencia social que honra y promueve la dignidad y la libertad de cada persona».

La santidad de muchos

14. Fruto de la conversión realizada por el Evangelio es la *santidad* de tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo. No sólo de los que así han sido proclamados oficialmente por la Iglesia, sino también de los que, con sencillez y en la existencia cotidiana, han dado testimonio de su fidelidad a Cristo. ¿Cómo no pensar en los innumerables hijos de la Iglesia que, a lo largo de la historia del continente europeo, han vivido una santidad generosa y auténtica de forma oculta en la vida familiar, profesional y social? «Todos ellos, como “piedras vivas”, unidas a Cristo “piedra angular”, han construido Europa como edificio espiritual y moral, dejando a la posteridad la herencia más preciosa. Nuestro Señor Jesucristo lo había prometido: “El que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y las hará mayores aún, porque yo voy al Padre” (*Jn* 14, 12). Los santos son la prueba viva del cumplimiento de esta promesa, y nos animan a creer que ello es posible también en los momentos más difíciles de la historia».

II. Volver a Cristo, fuente de toda esperanza

Confesar nuestra fe

18. En la Asamblea sinodal se ha consolidado la certeza, clara y apasionada, de que la Iglesia ha de ofrecer a Europa el bien más precioso y que nadie más puede darle: la fe en Jesucristo, fuente de la esperanza que no defrauda, don que está en el origen de la unidad espiritual y cultural de los pueblos europeos, y que todavía hoy y en el futuro puede ser una aportación esencial a su desarrollo e integración. Sí, después de veinte siglos, la Iglesia se presenta al principio del tercer milenio con el mismo anuncio de siempre, que es su único tesoro: Jesucristo es el Señor; en Él, y en ningún otro, podemos salvarnos (cf. *Hch* 4, 12). La fuente de la esperanza, para Europa y el mundo entero, es Cristo, y «la Iglesia es el canal a través del cual pasa y se difunde la ola de gracia que fluye del Corazón traspasado del Redentor».

En base a esta confesión de fe brota de nuestro corazón y de nuestros labios «una alegre *confesión de esperanza*: ¡tú, Señor, resucitado y vivo, eres la esperanza siempre nueva de la Iglesia y de la humanidad; tú eres la única y verdadera esperanza del hombre y de la historia; tú eres entre nosotros “la esperanza de la gloria” (*Col* 1, 27) ya en esta vida y también más allá de la muerte! En ti y contigo podemos alcanzar la verdad, nuestra existencia tiene un sentido, la comunión es posible, la diversidad puede transformarse en riqueza, la fuerza del Reino ya está actuando en la historia y contribuye a la edificación de la ciudad del hombre, la caridad da valor perenne a los esfuerzos de la humanidad, el dolor puede hacerse salvífico, la vida vencerá a la muerte y lo creado participará de la gloria de los hijos de Dios».

I. El Señor llama a la conversión

Jesús se dirige a nuestras Iglesias

23. «Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que camina entre los siete candeleros de oro [...], el Primero y el Último, el que estuvo muerto y revivió [...], el Hijo de Dios» (Ap 2, 1.8.18). *Jesús mismo* es el que *habla a su Iglesia*. Su mensaje se dirige a cada una de las Iglesias particulares y concierne a su vida interna, caracterizada a veces por la presencia de concepciones y mentalidades incompatibles con la tradición evangélica, víctima a menudo de diversas formas de persecución y, lo que es más peligroso aún, afectada por síntomas preocupantes de mundanización, pérdida de la fe primigenia y connivencia con la lógica del mundo. No es raro que las comunidades ya no tengan el amor que antes tenían (cf. Ap 2, 4).

La acción del Evangelio a lo largo de la historia

24. *Europa ha sido impregnada amplia y profundamente por el cristianismo*. «No cabe duda de que, en la compleja historia de Europa, el cristianismo representa un elemento central y determinante, que se ha consolidado sobre la base firme de la herencia clásica y de las numerosas aportaciones que han dado los diversos flujos étnicos y culturales que se han sucedido a lo largo de los siglos. La fe cristiana ha plasmado la cultura del Continente y se ha entrelazado indisolublemente con su historia, hasta el punto de que ésta no se podría entender sin hacer referencia a las vicisitudes que han caracterizado, primero, el largo periodo de la evangelización y, después, tantos siglos en los que el cristianismo, aun en la dolorosa división entre Oriente y Occidente, se ha afirmado como la religión de los europeos. También en el periodo moderno y contemporáneo, cuando se ha ido fragmentando progresivamente la unidad religiosa, bien por las posteriores divisiones entre los cristianos, bien por los procesos que han alejado la cultura del horizonte de la fe, el papel de ésta ha seguido teniendo una importancia notable».

25. *El interés que la Iglesia tiene por Europa* deriva de su misma naturaleza y misión. En efecto, a lo largo de los siglos, la Iglesia ha mantenido lazos muy estrechos con nuestro continente, de tal modo que la fisonomía espiritual de Europa se ha ido formando gracias a los esfuerzos de grandes misioneros y al testimonio de santos y mártires, a la labor asidua de monjes, religiosos y pastores. De la concepción bíblica del hombre, Europa ha tomado lo mejor de su cultura

humanista, ha encontrado inspiración para sus creaciones intelectuales y artísticas, ha elaborado normas de derecho y, sobre todo, ha promovido la dignidad de la persona, fuente de derechos inalienables. De este modo la Iglesia, en cuanto depositaria del Evangelio, ha contribuido a difundir y a consolidar los valores que han hecho universal la cultura europea.

Al recordar todo esto, la Iglesia de hoy siente, con nueva responsabilidad, el deber apremiante de no disipar este patrimonio precioso y ayudar a Europa a construirse a sí misma, revitalizando las raíces cristianas que le han dado origen.

Para dar una verdadera imagen de Iglesia

26. Que toda la Iglesia en Europa sienta como dirigida a ella la exhortación y la invitación del Señor: arrepíentete, conviértete, «ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir» (Ap 3, 2). Es una exigencia que nace también de la consideración del tiempo actual: «La grave situación de indiferencia religiosa de numerosos europeos; la presencia de muchos que, incluso en nuestro continente, no conocen todavía a Jesucristo y su Iglesia, y que todavía no están bautizados; el secularismo que contagia a un amplio sector de cristianos que normalmente piensan, deciden y viven “como si Cristo no existiera”, lejos de apagar nuestra esperanza, la hacen más humilde y capaz de confiar sólo en Dios. De su misericordia recibimos *la gracia y el compromiso de la conversión*».

27. A pesar de que a veces, como en el episodio evangélico de la tempestad calmada (cf. Mc 4, 35-41; Lc 8, 22-25), pueda parecer que Cristo duerme y deja su barca a merced de las olas encrespadas, se pide a la Iglesia en Europa que *cultive la certeza de que el Señor*, por el don de su Espíritu, *está siempre presente y actúa en ella y en la historia de la humanidad*. Él prolonga en el tiempo su misión, haciendo que la Iglesia sea una corriente de vida nueva, que fluye dentro de la vida de la humanidad como signo de esperanza para todos.

En un contexto en el que la tentación del activismo llega fácilmente también al ámbito pastoral, se pide a los cristianos en Europa que sigan *siendo transparencia real del Resucitado, viviendo en íntima comunión con Él*. Hacen falta comunidades que, contemplando e imitando a la Virgen María, figura y modelo de la Iglesia en la fe y en la santidad, cuiden el sentido de la vida litúrgica y de la vida interior. Ante todo y sobre todo, han de alabar al Señor, invocarlo, adorarlo y escuchar su Palabra. Sólo así asimilarán su misterio, viviendo totalmente dedicadas a Él, como miembros de su fiel Esposa.

I. Proclamar el misterio de Cristo

La Revelación da sentido a la historia

44. La visión del Apocalipsis nos habla de «un libro, escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos», tenido «en la mano derecha del que está sentado en el trono» (Ap 5, 1). Este texto contiene al plan creador y salvador de Dios, su proyecto detallado sobre toda la realidad, sobre las personas, sobre las cosas y sobre los acontecimientos. Ningún ser creado, terreno o celestial, es capaz «de abrir el libro ni de leerlo» (Ap 5, 3), o sea de comprender su contenido. En la confusión de las vicisitudes humanas, *nadie sabe decir la dirección y el sentido último de las cosas*.

Sólo Jesucristo posee el volumen sellado (cf. Ap 5, 6-7); sólo Él es «digno de tomar el libro y abrir sus sellos» (Ap 5, 9). En efecto, *sólo Jesús puede revelar y actuar el proyecto de Dios que encierra*. El esfuerzo del hombre, por sí mismo, es incapaz de dar un sentido a la historia y a sus vicisitudes: la vida se queda sin esperanza. Sólo el Hijo de Dios puede *disipar las tinieblas e indicar el camino*.

Primer anuncio y nuevo anuncio

46. En varias partes de Europa *se necesita un primer anuncio del Evangelio*: crece el número de las personas no bautizadas, sea por la notable presencia de emigrantes pertenecientes a otras religiones, sea porque también los hijos de familias de tradición cristiana no han recibido el Bautismo, unas veces por la dominación comunista y otras por una indiferencia religiosa generalizada. De hecho, Europa ha pasado a formar parte de aquellos lugares tradicionalmente cristianos en los que, además de una nueva evangelización, se impone en ciertos casos una primera evangelización.

La Iglesia no puede eludir el deber de un diagnóstico claro que permita preparar los remedios oportunos. En el «viejo» continente existen también amplios sectores sociales y culturales en los que se necesita una verdadera y auténtica *misión ad gentes*.

47. Además, por doquier *es necesario un nuevo anuncio incluso a los bautizados*. Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos, un sentimiento religioso vago y poco com-

prometido ha suplantado a las grandes certezas de la fe; se difunden diversas formas de agnosticismo y ateísmo práctico que contribuyen a agravar la disociación entre fe y vida; algunos se han dejado contagiar por el espíritu de un humanismo imanentista que ha debilitado su fe, llevándoles frecuentemente, por desgracia, a abandonarla completamente; se observa una especie de interpretación secularista de la fe cristiana que la socava, relacionada también con una profunda crisis de la conciencia y la práctica moral cristiana. Los grandes valores que tanto han inspirado la cultura europea han sido separados del Evangelio, perdiendo así su alma más profunda y dando lugar a no pocas desviaciones.

«Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (Lc 18, 8). ¿La encontrará en estas tierras de nuestra Europa de antigua tradición cristiana? Es una pregunta abierta que indica con lucidez la profundidad y el dramatismo de uno de los retos más serios que nuestras Iglesias han de afrontar. Se puede decir —como se ha subrayado en el Sínodo— que tal desafío consiste frecuentemente no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a *convertirse a Cristo y a su Evangelio*: nuestras comunidades tendrían que preocuparse seriamente por llevar el Evangelio de la esperanza a los alejados de la fe o que se han apartado de la práctica cristiana.

Fidelidad al único mensaje

48. Para poder anunciar el Evangelio de la esperanza hace falta una sólida *fidelidad al Evangelio mismo*. Por tanto, *la predicación de la Iglesia* en todas sus formas, *se ha de centrar siempre en la persona de Jesús* y debe conducir cada vez más a Él. Es preciso vigilar que *se le presente en su integridad*: no sólo como modelo ético, sino ante todo como el Hijo de Dios, el Salvador único y necesario para todos, que vive y actúa en su Iglesia. Para que la esperanza sea verdadera e indestructible, la «predicación íntegra, clara y renovada de Jesucristo resucitado, de la resurrección y de la vida eterna» debe ser una prioridad en la acción pastoral de los próximos años.

III. Evangelizar la vida social

Evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio

59. En la tarea de evangelización de la cultura interviene el importante servicio desarrollado por las *escuelas católicas*. Es necesario esforzarse para que se reconozca una libertad efectiva de educación e

igualdad jurídica entre las escuelas estatales y no estatales. Éstas últimas son a veces el único medio para proponer la tradición cristiana a los que se encuentran alejados de ella. Exhorto a los fieles implicados en el *mundo de la escuela* a perseverar en su misión, llevando la luz de Cristo Salvador en sus actividades educativas específicas, científicas y académicas. Se debe valorar en particular la contribución de los cristianos dedicados a la investigación o que enseñan en

las *universidades*: con su «servicio intelectual», transmiten a las jóvenes generaciones los valores de un patrimonio cultural enriquecido por dos milenios de experiencia humanista y cristiana. Convencido de la importancia de las instituciones académicas, pido también que en las diversas Iglesias particulares se promueva una *pastoral universitaria* apropiada, favoreciendo así una respuesta a las actuales necesidades culturales.

CAPÍTULO IV

CELEBRAR EL EVANGELIO DE LA ESPERANZA

«Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos» (Ap 5, 13)

Una comunidad orante

66. *Se ha de celebrar el Evangelio de la esperanza*, anuncio de la verdad que nos hace libres (cf. *Jn* 8, 32). Ante el Cordero del Apocalipsis comienza una liturgia solemne de alabanza y adoración: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos» (Ap 5, 13). Esta visión, que revela a Dios y el sentido de la historia, tiene lugar «en el día del Señor» (Ap 1, 10), el día de la resurrección revivido por la asamblea dominical.

La Eucaristía

75. La *Eucaristía*, supremo don de Cristo a la Iglesia, hace presente sacramentalmente el sacrificio de Cristo para nuestra salvación: «La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua». La Iglesia, en su peregrinación, acude a ella, «fuente y cima de toda la vida cristiana», encontrando la fuente de toda esperanza. En efecto, la Eucaristía «da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas».

Todos estamos invitados a *confesar la fe en la Eucaristía*, «prenda de la gloria futura», convencidos de que la comunión con Cristo, vivida ahora como peregrinos en la existencia terrena, anticipa el encuentro supremo del día en que «seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1 *Jn* 3, 2). La Eucaristía es «gustar la eternidad en el tiempo», presencia divina y comunión con ella; memorial de la Pascua de Cristo, es por naturaleza portadora de la gracia en la historia humana. Abre al futuro de Dios; siendo comunión con Cristo, con su cuerpo y su sangre, es participación en la vida eterna de Dios.

La Reconciliación

76. Junto con la Eucaristía, el sacramento de la

Reconciliación debe tener también un *papel fundamental en la recuperación de la esperanza*: «En efecto, la experiencia personal del perdón de Dios para cada uno de nosotros es fundamento esencial de toda esperanza respecto a nuestro futuro». Una de las causas del abatimiento que acecha a muchos jóvenes de hoy debe buscarse en la incapacidad de reconocerse pecadores y dejarse perdonar, una incapacidad debida frecuentemente a la soledad de quien, viviendo como si Dios no existiera, no tiene a nadie a quien pedir perdón. El que, por el contrario, se reconoce pecador y se encomienda a la misericordia del Padre celestial, experimenta la alegría de una verdadera liberación y puede vivir sin encerrarse en su propia miseria. Recibe así la gracia de un nuevo comienzo y encuentra motivos para esperar.

Es necesario, pues, que se revitalice en la Iglesia en Europa el sacramento de la Reconciliación. Se recuerda, sin embargo, que la forma del Sacramento es la confesión personal de los pecados seguida de la absolución individual. Este encuentro entre el penitente y el sacerdote ha de ser favorecido en cualquiera de las formas previstas *por el rito del Sacramento*. Ante la pérdida tan extendida del sentido del pecado y la creciente mentalidad caracterizada por el relativismo y el subjetivismo en campo moral, es preciso que en cada comunidad eclesial se imparta una seria formación de las conciencias. Los Padres sinodales han insistido en que se reconozca claramente la verdad del pecado personal y la necesidad del perdón personal de Dios mediante el ministerio del sacerdote. Las absoluciones colectivas no son un modo alternativo de administrar el sacramento de la Reconciliación.

El día del Señor

81. *El día del Señor* es un momento paradigmático y sumamente evocador en la celebración del Evangelio de la esperanza.

En el contexto actual, diversas circunstancias hacen difícil que los cristianos vivan plenamente el do-

mingo como día del encuentro con el Señor. No es raro que se reduzca a un simple «fin de semana», a un tiempo de mera evasión. Hace falta, pues, una acción pastoral articulada en el ámbito educativo, espiritual y social, que ayude a vivir su sentido genuino.

82. Renuevo, por tanto, la invitación a *recuperar el sentido más profundo del día del Señor*, para que sea santificado con la participación en la Eucaristía y con un descanso lleno de fraternidad y regocijo cristiano. Que se celebre como centro de todo el culto, preanuncio incesante de la vida sin fin, que reanima la esperanza y alienta en el camino. Por eso no se ha

de tener miedo a *defenderlo contra toda insidia* y a *esforzarse por salvaguardarlo* en la organización del trabajo, de modo que sea un día para el hombre y ventajoso para toda la sociedad. En efecto, si se priva al domingo de su sentido originario y no es posible darle un espacio adecuado para la oración, el descanso, la comunión y la alegría, puede suceder que «el hombre quede cerrado en un horizonte tan restringido que no le permite ya ver el “cielo”. Entonces, aunque vestido de fiesta, interiormente es incapaz de “hacer fiesta”». Y sin la dimensión de la fiesta, la esperanza no encontraría un hogar donde vivir.

CAPÍTULO V

SERVIR AL EVANGELIO DE LA ESPERANZA

«*Conozco tu conducta: tu caridad, tu fe, tu espíritu de servicio, tu paciencia*» (Ap 21, 2)

La vía del amor

83. La palabra que el Espíritu dice a las Iglesias contiene *un juicio sobre su vida*. Éste se refiere a hechos y comportamientos. «*Conozco tu conducta*» es la introducción que, como un estribillo y con pocas variantes, aparece en las cartas dirigidas a las siete Iglesias. Cuando las obras resultan positivas, son fruto de la laboriosidad y la constancia, del saber resistir las dificultades, la tribulación y la pobreza; lo son también de la fidelidad en las persecuciones, de la caridad, la fe y el servicio. En este sentido, pueden ser entendidas como la descripción de una Iglesia que, además de anunciar y celebrar la salvación que le viene del Señor, la «vive» en lo concreto.

La verdad sobre el matrimonio y la familia

90. La Iglesia en Europa, en todos sus estamentos, ha de proponer con fidelidad *la verdad sobre el matrimonio y la familia*. Es una necesidad que siente de manera apremiante, porque sabe que dicha tarea le compete por la misión evangelizadora que su Esposo y Señor le ha confiado y que hoy se plantea con especial urgencia. En efecto, son muchos los factores culturales, sociales y políticos que contribuyen a provocar una crisis cada vez más evidente de la familia. Comprometen en buena medida la verdad y dignidad de la persona humana y ponen en tela de juicio, desvirtuándola, la idea misma de familia. El valor de la indisolubilidad matrimonial se tergiversa cada vez más; se reclaman formas de reconocimiento legal de las convivencias de hecho, equiparándolas al matrimonio legítimo; no faltan proyectos para aceptar modelos de pareja en los que la diferencia sexual no se considera esencial.

En este contexto, se pide a la Iglesia que *anuncie con renovado vigor lo que el Evangelio dice sobre el matrimonio y la familia*, para comprender su sentido y su valor en el designio salvador de Dios. En particular, es preciso reafirmar dichas instituciones como

provenientes de la voluntad de Dios. Hay que descubrir la verdad de la familia como íntima comunión de vida y amor, abierta a la procreación de nuevas personas, así como su dignidad de «iglesia doméstica» y su participación en la misión de la Iglesia y en la vida de la sociedad.

91. Según los Padres sinodales, se ha de reconocer que muchas familias, en la existencia cotidiana vivida en el amor, son testigos visibles de la presencia de Jesús, que las acompaña y sustenta con el don de su Espíritu. Para apoyarlas en este camino, se debe profundizar la teología y la espiritualidad del matrimonio y de la familia; proclamar con firmeza e integridad, manifestándolo con ejemplos convincentes, la verdad y la belleza de la familia fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, entendido como unión estable y abierta al don de la vida; promover en todas las comunidades eclesiales una adecuada y orgánica pastoral familiar. Asimismo, hay que ofrecer con solicitud materna por parte de la Iglesia una ayuda a los que se encuentran en situaciones difíciles, como por ejemplo, las madres solteras, personas separadas, divorciadas o hijos abandonados. En todo caso, conviene suscitar, acompañar y sostener el justo protagonismo de las familias, individualmente o asociadas, en la Iglesia y en la sociedad, y esforzarse para que los estados y la Unión Europea misma promuevan auténticas y adecuadas políticas familiares.

92. Se ha de prestar una atención particular a que los *jóvenes* y los *novios* reciban una *educación al amor*, mediante programas específicos de preparación al sacramento del Matrimonio, que les ayuden a llegar a su celebración viviendo en castidad. En su labor educativa, la Iglesia mostrará su solicitud acompañando a los recién casados después de la celebración del matrimonio.

93. Finalmente, la Iglesia ha de acercarse también, con bondad materna, a las situaciones matrimoniales en las que fácilmente puede decaer la esperanza. En particular, «ante tantas familias rotas, la Iglesia no se

siente llamada a expresar un juicio severo e indiferente, sino más bien a *iluminar los diversos dramas humanos con la luz de la palabra de Dios*, acompañada por el testimonio de su misericordia. Con este espíritu, la pastoral familiar trata de aliviar también las situaciones de los *creyentes que se han divorciado y vuelto a casar civilmente*. No están excluidos de la comunidad; al contrario, están invitados a participar en su vida, recorriendo un camino de crecimiento en el espíritu de las exigencias evangélicas. La Iglesia, sin ocultarles la verdad del desorden moral objetivo en el que se hallan y de las consecuencias que derivan de él para la práctica sacramental, quiere mostrarles toda su cercanía materna».

Servir al Evangelio de la vida

95. El envejecimiento y la disminución de la población que se advierte en muchos países de Europa es motivo de preocupación; en efecto, la *disminución de los nacimientos* es síntoma de escasa serenidad ante el propio futuro; manifiesta claramente una falta de esperanza y es signo de la «cultura de la muerte» que invade la sociedad actual.

Junto con la disminución de la natalidad, se han de recordar otros signos que contribuyen a delinear el eclipse del valor de la vida y a desencadenar una especie de conspiración contra ella. Entre ellos se ha de mencionar con tristeza, ante todo, la difusión del *aborto*, recurriendo incluso a productos químico-farmacéuticos que permiten efectuarlo sin tener que acudir al médico y eludir cualquier forma de responsabilidad social; ello es favorecido por la existencia en muchos estados del continente de legislaciones permisivas de un acto que es siempre un «crimen nefando» y un grave desorden moral. Tampoco se pueden olvidar los atentados perpetrados por la «intervención sobre los embriones humanos que, aun buscando fines en sí mismos legítimos, comportan inevitablemente su destrucción», o mediante el uso incorrecto de técnicas diagnósticas prenatales puestas al servicio no de terapias a veces posibles sino «de una mentalidad eugenésica, que acepta el aborto selectivo».

Se ha de citar también la tendencia, detectada en algunas partes de Europa, a creer que se puede permitir poner conscientemente punto final a la propia vida o a la de otro ser humano: de aquí la difusión de la *eutanasia*, encubierta o abiertamente practicada, para la cual no faltan peticiones y tristes ejemplos de legalización.

96. Ante este estado de cosas, es necesario «*servir al Evangelio de la vida*» incluso mediante una «*movilización general de las conciencias y un común esfuerzo ético*, para poner en práctica una gran estrategia en favor de la vida». Éste es un gran reto que se debe afrontar con responsabilidad, convencidos de que «el futuro de la civilización europea de-

pende en gran parte de la decidida defensa y promoción de los valores de la vida, núcleo de su patrimonio cultural»; se trata, pues, de devolver a Europa su verdadera dignidad, que consiste en ser un lugar donde cada persona ve afirmada su incomparable dignidad.

Hago mías, pues, estas palabras de los Padres sinodales: «El Sínodo de los obispos europeos anima a las comunidades cristianas a ser evangelizadoras de la vida. Anima a los matrimonios y familias cristianas a ayudarse mutuamente a ser fieles a su misión de colaboradores de Dios en la procreación y educación de nuevas criaturas; aprecia todo intento de reaccionar al egoísmo en el ámbito de la transmisión de la vida, fomentado por falsos modelos de seguridad y felicidad; pide a los estados y a la Unión Europea que actúen políticas clarividentes que promuevan las condiciones concretas de vivienda, trabajo y servicios sociales, idóneas para favorecer la constitución de la familia, la realización de la vocación a la maternidad y a la paternidad, y, además, aseguren a la Europa de hoy el recurso más precioso: los europeos del mañana».

Desde el Evangelio un nuevo impulso para Europa

120. Europa necesita un salto cualitativo en la *toma de conciencia de su herencia espiritual*. Este impulso sólo puede darlo desde una nueva escucha del Evangelio de Cristo. Corresponde a todos los cristianos comprometerse en satisfacer este hambre y sed de vida.

Por eso, «la Iglesia siente el deber de renovar con vigor el mensaje de esperanza que Dios le ha confiado» y reitera a Europa: «“El Señor, tu Dios, está en medio de ti como poderoso salvador” (So 3, 17). Su invitación a la esperanza no se basa en una ideología utópica [...]. Por el contrario, es el imperecedero mensaje de salvación proclamado por Cristo [...] (cf. Mc 1, 15). Con la autoridad que le viene de su Señor, la Iglesia repite a la Europa de hoy: Europa del tercer milenio, que “no desfallezcan tus manos” (So 3, 16), no cedas al desaliento, no te resignes a modos de pensar y vivir que no tienen futuro, porque no se basan en la sólida certeza de la Palabra de Dios».

Renovando esta invitación a la esperanza, también hoy te repito, *Europa*, que estás comenzando el tercer milenio, «*vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces*». A lo largo de los siglos has recibido el tesoro de la fe cristiana. Ésta fundamenta tu vida social sobre los principios tomados del Evangelio y su impronta se percibe en el arte, la literatura, el pensamiento y la cultura de tus naciones. Pero esta herencia no pertenece solamente al pasado; es un proyecto para el porvenir que se ha de transmitir a las generaciones futuras, puesto que es el cuño de la vida de las personas y los pueblos que han forjado juntos el continente europeo.

CONCLUSIÓN
CONSAGRACIÓN A MARÍA

«Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer vestida del sol» (Ap 12, 1)

La mujer, el dragón y el niño

122. El proceso histórico de la Iglesia va acompañado por «signos» que están a la vista de todos, pero que necesitan una interpretación. Entre ellos, el Apocalipsis pone «una gran señal» aparecida en el cielo, que habla de la *lucha entre la mujer y el dragón*.

La *mujer* vestida de sol que está para dar a luz entre los dolores del parto (cf. Ap 12, 1-2), puede ser considerada como el Israel de los profetas que engendra al Mesías «que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro» (Ap 12, 5; cf. Sal 2, 9). Pero es también la Iglesia, pueblo de la nueva Alianza, a merced de la persecución y, sin embargo, protegida por Dios. El *dragón* es «la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero» (Ap 12, 9). La *lucha* es desigual: parece tener ventaja el dragón, por su arrogancia ante la mujer inerme y dolorida. En realidad, quien resulta *vencedor es el hijo que la mujer da a luz*. En esta contienda hay una certeza: el gran dragón ya ha sido derrotado, «fue arrojado a la tierra y sus Ángeles fueron arrojados con él» (Ap 12, 9). Lo han vencido Cristo, Dios hecho hombre, con su muerte y resurrección, y los mártires «gracias a la sangre del Cordero y a la palabra de testimonio que dieron, porque despreciaron su vida ante la muerte» (Ap 12, 11). Y, aunque el dragón continúe su lucha, no hay que temer porque ya ha sido derrotado.

123. Ésta es la certeza que anima a la Iglesia en su camino, mientras en la mujer y en el dragón reconoce su historia de siempre. La mujer que da a luz al hijo varón nos recuerda también a la *Virgen María*, sobre todo en el momento en que, traspasada por el dolor a los pies de la Cruz, engendra de nuevo al Hijo como vencedor del Príncipe de este mundo. Es confiada a Juan y éste, a su vez, confiado a Ella (cf. Jn 19, 26- 27), convirtiéndose así en Madre de la Iglesia. Merced al vínculo especial que une a María con la Iglesia y a la Iglesia con María, se aclara mejor el misterio de la mujer: «Pues María, presente en la Iglesia como madre del Redentor, participa maternalmente en aquella “dura batalla contra el poder de las tinieblas” que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana. Y por esta identificación suya eclesial con la “mujer vestida de sol” (Ap 12, 1), se puede afirmar que “la Iglesia en la beatísima Virgen ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga”».

124. Por tanto, toda la Iglesia *dirige su mirada a María*. Gracias a la gran multitud de santuarios marianos diseminados por todas las naciones del Continente, la devoción a María es muy viva y extendida entre los pueblos europeos.

Iglesia en Europa, continúa, pues, contemplando

a *María* y reconoce que ella está «maternalmente presente y participe en los múltiples y complejos problemas que acompañan hoy la vida de los individuos, de las familias y de las naciones», y que es auxiliadora del «pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que “no caiga” o, si cae, “se levante”».

Oración a María, Madre de la esperanza

125. En esta contemplación, animada por auténtico amor, María se nos presenta como figura de la Iglesia que, alentada por la esperanza, reconoce la acción salvadora y misericordiosa de Dios, a cuya luz comprende el propio camino y toda la historia. Ella nos ayuda a interpretar también hoy nuestras vicisitudes bajo la guía de su Hijo Jesús. Criatura nueva plasmada por el Espíritu Santo, *María hace crecer en nosotros la virtud de la esperanza*.

A ella, Madre de la esperanza y del consuelo, *dirigimos confiadamente nuestra oración*: pongamos en sus manos el futuro de la Iglesia en Europa y de todas las mujeres y hombres de este continente:

María, Madre de la esperanza, *¡camina con nosotros!* Enséñanos a proclamar al Dios vivo; ayúdanos a dar testimonio de Jesús, el único Salvador; haznos serviciales con el prójimo, acogedores de los pobres, artífices de justicia, constructores apasionados de un mundo más justo; intercede por nosotros que actuamos en la historia convencidos de que el designio del Padre se cumplirá. Aurora de un mundo nuevo, *¡muéstrate Madre de la esperanza y vela por nosotros!* Vela por la Iglesia en Europa: que sea transparencia del Evangelio; que sea auténtico lugar de comunión; que viva su misión de anunciar, celebrar y servir el Evangelio de la esperanza para la paz y la alegría de todos. Reina de la Paz, *¡protege la humanidad del tercer milenio!* Vela por todos los cristianos: que prosigan confiados por la vía de la unidad, como fermento para la concordia del Continente. Vela por los jóvenes, esperanza del mañana: que respondan generosamente a la llamada de Jesús; vela por los responsables de las naciones: que se empeñen en construir una casa común, en la que se respeten la dignidad y los derechos de todos. María, *¡danos a Jesús!* ¡Haz que lo sigamos y amemos! Él es la esperanza de la Iglesia, de Europa y de la humanidad. Él vive con nosotros, entre nosotros, en su Iglesia. Contigo decimos «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20): que la esperanza de la gloria infundida por Él en nuestros corazones dé frutos de justicia y de paz.

Roma, en San Pedro, 28 de junio de 2003, Vigilia de la Solemnidad de San Pedro y San Pablo, vigésimo quinto de Pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

La Europa de los monasterios, del siglo X al XIII

Nos honramos en reproducir la conferencia que monseñor **Wladimir-Marie de Saint-Jean**, fundador de los canónigos regulares de la Madre de Dios y abad de la abadía del Sagrado Corazón de Nuestra Señora, de derecho pontificio, situada en Gap, región francesa de los Altos Alpes, pronunció en la VII Universidad de verano de Renaissance Catholique.



Renovaron la faz de la tierra

No os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta» (Rom 12-2). Es esta búsqueda de santidad la que las almas religiosas emprendieron con una sorprendente vitalidad en la convulsa Europa de hace mil años. El historiador moderno lo constata estupefacto: los miles de monasterios que nacieron en tres siglos «*renovaron la faz de la tierra*».

Sorpresa, en efecto, pues la aventura monástica es un misterio: ¿por qué almas religiosas orientadas plenamente hacia el cielo cambiaron la faz del mundo, y más en concreto, lo que se llamaría más tarde Europa? ¿Cómo esos pobres, dedicados en primer lugar a la oración, han suscitado tamaños cambios?

El Papa, celebrando el 900 aniversario de la abadía benedictina húngara de Pannonhalma en 1996 recordó que «*la simple frase Ora et labora puso las bases de un vasto programa gracias al cual el Continente, después de las grandes migraciones de pueblos, empezó a asumir las formas culturales que han caracterizado hasta hoy a las naciones europeas y su papel especial en el mundo*». El papa Pablo VI, proclamando a san Benito como patrón

de Europa el 24 de octubre de 1964, explicaba cómo el santo patriarca y sus hijos aportaron a los pueblos europeos la civilización y los valores espirituales «*con la cruz, el libro y el arado*».

La cruz. La aventura espiritual

Nuestro repaso, necesariamente parcial, destacará, sobre todo, las tres grandes órdenes de Cluny (fundada en 910), Cîteaux (1098) y Prémontré (1121).

Cluny

POR SUS abades de una eminente santidad, de una vasta cultura y de una sabia habilidad política, la orden «*anima et reforma*» la sociedad del siglo XI. Después de san Odón (927-942), la orden verá sucederse sólo a tres abades, todos ellos santos, en 160 años (!): san Mayol (948-994), san Odilón (994-1049) y san Hugo (1049-1109). Con este último la orden contará 815 casas en Francia y 223 en el resto de Europa y los monjes de Cluny serán 12.000 a finales del siglo XI. Es importante señalar que eran más numerosos aún los monasterios no cluniacenses.

EN 1153, a la muerte de san Bernardo, el ilustre abad de Claraval, la orden cuenta con 350 casas. Se estima que en 1200, el 40% de los monasterios de Francia son cistercienses. En 1300 existen 700 abadías masculinas y un centenar femeninas (las abadías cistercienses están federadas y no centralizadas como en Cluny). Son enviados a menudo a las fronteras de la Cristianidad, por lo que su extensión es considerable: de Inglaterra a Europa central, de Escandinavia a Tierra Santa. «¿Dónde acaba Europa? Allí donde ya no hay monasterios cistercienses», constatará curiosamente el difunto François Mitterrand en 1993.

Los canónigos regulares

DESCAPITADA más que otras por la Revolución francesa, la orden de los canónigos regulares es poco conocida. Contrariamente a otras órdenes religiosas, no poseía ni gobierno centralizado ni unidad de observancia. Los grandes rasgos de su espiritualidad (vida clerical común, liturgia y ministerio pastoral, hospitalidad o también enseñanza) revelan el alma común de estas congregaciones, diferentes en otros aspectos. Notemos que la *cura animarum* distingue bien el estado de los canónigos del de los monjes.

Los canónigos de Prémontré, los más numerosos, fueron fundados en 1121 por san Norberto, poseían 466 abadías en 1250 y se calcula que Europa contaba, en 1290, con 20.000 canónigos de Prémontré. La implantación de la orden es particularmente notable en Renania, Baja Sajonia, Inglaterra y Europa del Este (65 monasterios únicamente en Circasia, Hungría).

La cara oculta de la historia

EL sociólogo y el economista podrán enumerar los miles de monasterios de la Europa medieval, notar la influencia de un Odón de Cluny, de un Bernardo de Claraval o de un Norberto de Prémontré; podrán incluso contar las hectáreas cultivadas, detallar las esculturas de los capiteles o la belleza de los claustros, pero aún no habrán podido captar casi nada y, si no superan todos esos datos, se les habrá escapado lo esencial. Habrán leído los efectos parciales, por materiales, de una aventura espiritual cuyas causas principales son de orden sobrenatural.

Sabemos que en virtud de la comunión de los santos, la oración puede transformar el mundo. La

oración es «*el timón del mundo*», según Tertuliano. Debemos pues ver en ella el motor esencial, aunque no visible, de las evoluciones históricas. La aventura monástica es, como tal, inexplicable por la sola razón. No es la fortuna de Guillermo de Aquitania la que explica la rápida extensión de Cluny; en cuanto a la elocuencia de un Bernardo o un Norberto, no es suficiente para explicar la conversión de provincias enteras. San Bernardo, tan frecuentemente traicionado por su salud y aquejado de mil fatigas, no puede comprenderse sin el don sobrenatural de la fortaleza, entre otros.

La historia se revela pues el eco, en el tiempo, de ese canto del Amor eterno que no cesa de llamar a la raza humana a la beatitud sin final. Es por ello que, siglo tras siglo, una ardiente Providencia procura al mundo embajadores de eternidad que nos recuerdan a todos que la verdadera patria está en el cielo y que las patrias terrestres, si quieren durar, deben tender hacia él sus aspiraciones y su genio. Tenemos que reconocer pues la causalidad eficiente, determinante y discreta de la oración, del sacrificio y finalmente de la santidad. Es en la sombra de los claustros que Europa fue transformada en su mentalidad, su cultura, su política y su economía.

La finalidad de los monasterios

Los monasterios son dedos silenciosos dirigidos hacia el cielo, embajadas de eternidad. Su finalidad, primera y última, es responder lo mejor posible a la llamada de Cristo dirigida a todos: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Un alma que se eleva, eleva el mundo; no se eleva nunca sola; tan cierto es esto que la comunión de los santos es esa ley que informa y gobierna la sociedad cristiana, de modo que en su seno el amor de Dios se encuentre siempre unido a la caridad fraternal. Los religiosos obran, pues, para su salvación arrastrando tras ellos a la sociedad medieval entera.

¿Podemos sorprendernos de que una unidad como la de la Cristiandad europea se haya consolidado a través del monaquismo? No, dado que hubo una dedicación a la salvación de todas las almas enmarcada en un inmenso impulso hacia la santidad. Y este impulso recibía su dinamismo de las únicas realidades capaces de unir a los hombres: los bienes espirituales. Esta verdad, alta y simple, tan cara a san Agustín, constituye uno de los principios cuyo olvido y rechazo bastan para explicar la actual crisis social y económica, de la «comunidad europea» pretendiendo fundarse únicamente sobre los bienes materiales, sobre la uniformización monetaria. En efecto, dice el obispo de Hipona, los

bienes materiales buscados por sí mismos dividen a los hombres al no poder pertenecer simultáneamente a muchos. Por el contrario, los bienes espirituales son mejor poseídos en tanto que forman la riqueza común de muchos.

Fue, pues, a través de una vida fraternal de oración y de trabajo (*ora et labora*) como los monasterios orientados hacia Dios en una misma caridad (*cor unum in Deum*) nacieron y se multiplicaron. Toda una sociedad seguirá su pacífico ejemplo, pues, mucho más de lo que se cree, los pueblos aspiran a lo absoluto, con tal de que no nos empeñemos en cebarlo de los más efímeros goces: *panem et circenses*.

La liturgia civilizadora

LAUDATIVA y sacrificial, la liturgia, culto de la Iglesia al Padre eterno, es –junto con la búsqueda de la santidad– la razón de ser de esta miríada de monasterios que cubrirá Europa en trescientos años. Baste recordar el homenaje de Pío XI al afirmar que «*La orden de Prémontré es la gloria de la Eucaristía; la Eucaristía es su gloria*», para comprender qué frutos apostólicos extrajeron los canónigos de su espléndida liturgia de la misa, cumbre del culto. Los canónigos cambiaron Europa a través de la misa.

Los cluniacenses, por su parte, y especialmente los abades Odilón, Hugo, después Pedro el Venerable, desplegaron su liturgia en sus mil monasterios, desde España hasta Alemania, extendiendo así su influencia hasta el lejano Oriente.

La influencia de la liturgia sobre las almas supera, pues, infinitamente todo lo que podamos percibir. No obstante, lo que sabemos de la influencia cultural y social suscitada por la liturgia es suficiente para maravillarnos. Podemos afirmar que la liturgia ha creado la civilización, ya que era ella la que tenían en mente los religiosos cuando araban y construían para levantar esos monasterios donde la cultura va a hacerse el cofre terrestre de la gloria divina.

La civilización occidental es la Misa

EL profesor universitario americano John Senior ha escrito: «*¿Qué es la cultura cristiana? Esencialmente, la Misa. Y no lo afirmo basándome en mi opinión, ni en la opinión o la teoría de cualquiera, sino que indico el eje de dos mil años de historia. La cristiandad, lo que los naturalistas llaman la civilización occidental, es la misa con todo el aparato que la protege y favorece su celebración. Toda la arquitectura, todo el arte,*

todas las instituciones políticas y sociales, toda la economía, todas las formas de vivir y de pensar de los pueblos, sus músicas y sus literaturas, todas esas realidades cuando son buenas, no son más que los medios de favorecer y de proteger el santo sacrificio de la misa».

La liturgia de la misa y del oficio divino, enriquecida y embellecida admirablemente en Cluny y en Prémontré, se revelará educadora de los pueblos. ¿No es ella el arte supremo? Todas las artes y las técnicas tienen su gloria en participar en su desarrollo. «*Arquitectura, escultura, iluminación de manuscritos, orfebrería, contribuyen en diversa medida a resaltar el esplendor del culto divino. Para el cluniacense, la oración es más eficaz si el marco donde se eleva es un puro reflejo de la belleza que en Dios se une a la omnipotencia y a la infinita bondad. Construir templos propicios a la oración litúrgica, donde las ceremonias religiosas puedan revestir una impresionante solemnidad, recordar en los capiteles de las columnas y en los tímpanos de las portadas las grandes verdades que se imponen a la meditación de todo cristiano y más especialmente del monje, ése es uno de los fines mayores de la actividad cluniacense. Se entiende entonces que en la mayor parte de las filiales de Cluny se construyan, en el momento en que la orden alcanza su mayor extensión, basílicas que se cuentan entre las más sublimes creaciones artísticas del Occidente cristiano*» (*Historia de la Iglesia*, Fliche-Martin, t. 9, 1946, p. 165).

La poesía de la Salve Regina

EVOQUEMOS también la aportación medieval a la música y a la literatura. Fue considerable. Al servicio de la liturgia se enriqueció de modo particular el arte del himnario, gracias a numerosos monjes-poetas de los que en muchos casos sólo Dios conoce el nombre. Tras la estela de san Efrén el Sirio o de Venancio Fortunato (siglo VI) se desarrolla una admirable poesía mística. La antifona *Alma redemptoris mater*, ¿no es obra de un benedictino de Suabia, Hermann Contractus? ¿La *Salve Regina* es obra de Aymar de Monteil o fue dictada por un ángel, como quiere una piadosa leyenda? Cistercienses y dominicos difundirán por doquier la sublime melodía tan inseparable de la muy teológica poesía que en ella se expresa.

El tesoro del canto gregoriano

El canto gregoriano –codificado y no creado por san Gregorio en el siglo VI– se desarrolla conside-



El pensamiento místico de Bernardo de Claraval

LA renovación intelectual en la que participaron las diversas órdenes religiosas no puede ser silenciada. La orden cluniacense suscitará en el siglo X numerosas escuelas monásticas de gran fama. Durante los siglos X y XI, todos los grandes centros de los canónigos regulares poseen una escuela capitular o catedral: Reims, Laón, Chartres, Lieja, Colonia y París adquieren una notable importancia. Destacaremos también, entre los canónigos regulares, el recuerdo de Anselmo de Havelberg, que estudió y dio a conocer el pensamiento de Gregorio Nacianceno acerca de lo que hoy se conoce como el «desarrollo del dogma» y de Gerhoh de Reichersberg, presente en todos los debates de su tiempo. Pero pocas personalidades tan luminosas como el doctor de la Iglesia Bernardo de Claraval, cuyo pensamiento fue tanto místico como riguroso, especialmente frente a los errores de Abelardo.

El balance de la influencia cultural de los monasterios medievales es, pues, deslumbrante. Exaltan a través de las artes las bellezas del Evangelio; monjes y canónigos trabajan por llevar a los intelectos las verdades de la fe, preparando la materia e incluso el método que florecerá en la gran escolástica. Así desarrollaron una cultura de la que toda la humanidad se honra.

Pero para salvar las almas estos religiosos no iluminaron solamente las inteligencias sino que mantuvieron también los cuerpos, contribuyendo remarcablemente al progreso económico y social de Europa.

El arado: la aventura social, la edificación de la Cristiandad

LA religión de la Encarnación y del Dios hecho hombre, vivida y predicada con tal integridad por decenas de miles de religiosos y religiosas, iba a renovar hasta las estructuras económicas y sociales de Europa, impregnándolas de espíritu evangélico.

En el ámbito de la agricultura todos los historiadores han señalado el ardor de los cluniacenses y aún más de los cistercienses, desbrozando y secando los pantanos. Pero los religiosos trabajaron también en construir embalses y en regularizar los ríos para la irrigación, la navegación y la instalación de molinos. Estos monjes plantaron también árboles y viñas, perfeccionaron las semillas y criaron grandes rebaños, mejorando sensiblemente las razas.

rablemente entre los siglos X y XIII gracias al gran número de monasterios. ¿Acaso no son los religiosos los herederos de san Agustín que escribió: «*El canto es hasta tal punto la esencia del himno que sin él no es posible recitarlo. Es el himno acompañado del canto lo que constituye la verdadera alabanza a Dios*»? El gregoriano es, pues, esa ala que eleva hasta Dios, en alabanza inspirada, su propia Palabra a nosotros revelada. Y su itinerario, desde nuestros templos terrestres hasta el Santuario eterno, atraviesa nuestras almas de armonías secretas y profundas en las que viene a alimentarse la vivificante nostalgia del cielo. Es entonces cuando, para esta alabanza, se forma en Occidente uno de los más ricos repertorios musicales y religiosos que haya conocido la humanidad. Los musicólogos subrayan la unicidad del repertorio gregoriano como un hecho singular. En efecto, diversos focos de este canto (Italia, Francia, Inglaterra), relativamente independientes, han guardado a lo largo de los siglos una unidad de estilo muy notable. Dom Gajard, de Solesmes, vio en ello un bello argumento apologetico en favor de la unidad de la Iglesia.

Desde Gregorio VII en particular, el papado se esfuerza en difundir en Occidente un canto gregoriano particularmente excelente. La Santa Sede se apoya para hacerlo en los benedictinos, llamados a la corte pontificia, y en los canónigos regulares que tienen a su cargo las grandes basílicas romanas. Montecassino (benedictinos), San Rufo y San Víctor (canónigos regulares) jugaron, del siglo XI al XIII, un papel notable en esa huella profunda del gregoriano en la liturgia occidental.

Los cartujos inventan el acero

DIVERSAS técnicas fueron también renovadas. Citemos solamente Fontenay, la célebre hija de Cîteaux, calificada como la primera fábrica francesa, donde los monjes instalaron, en el siglo XII, una original industria metalúrgica basada en la fuerza hidráulica y que aún es la admiración de los ingenieros de hoy en día. Los cartujos, fundados por san Bruno (1035-1101), son, por su parte, los inventores del acero, del que fueron grandes productores. Tampoco podemos olvidar que los religiosos estuvieron frecuentemente en el origen de la construcción de puentes y carreteras.

Pero esto no es todo: los monasterios suscitaban indirectamente la fundación y la organización de mercados y ferias. ¡Algunos monasterios se convertirán incluso en establecimientos de crédito! Estas realizaciones no deben, sin embargo, hacernos olvidar que la motivación, a la vez profunda y última de dicha actividad, será siempre la solicitud por el Reino de los cielos.

Ora et labora

ESTA divisa de los hijos de san Benito transformó Europa sin quererlo. «*Buscando en primer lugar el Reino de los cielos*», los monasterios tuvieron que vivir sobre la tierra. Poseyeron con frecuencia campos y se organizaron como los feudos rurales clásicos. Y así, son contemplados en la actualidad como granjas modelos por su buena organización: los bienes de abajo les fueron dados «*por añadidura*»...

Consejeros de los príncipes

LAS grandes «internacionales» que fueron los órdenes religiosos extendidas por Europa entera iban, por su influencia moral profunda y su papel económico, a tener gran influencia en el campo de la política. Norberto de Prémontré, Hugo de Cluny y sobre todo Bernardo de Claraval son consejeros y árbitros de príncipes, de obispos y de papas. En 1130, por ejemplo, Bernardo resuelve un cisma al denunciar al antipapa Anacleto; su presencia es solicitada en 1140 para juzgar de las enseñanzas de Abelardo y poco después reconcilia al rey Luis VII y al conde de Champagne. Al mismo tiempo, los cistercienses se convierten en el siglo XII en los embajadores habituales del papado en las grandes misiones internacionales.

Predicación de la cruzada y vivero de papas

CITEMOS también la influencia de los cluniacenses en la «*Paz de Dios*» decidida en Charroux en 980, o bien en la empresa de las cruzadas, predicada tanto por el papa cluniacense Urbano II (1088-1099) como por san Bernardo en Vézelay, el 31 de marzo de 1146. El mismo concepto de cruzada será uno de los fundamentos de la identidad europea al consolidar una unidad cultural y religiosa bajo la influencia del papado.

A este papel predominante del papado se encuentran las órdenes ligadas por la exención que las sustrae de la jurisdicción de las autoridades episcopales y que las hace depender exclusivamente de la Santa Sede. Esta medida, adoptada por Cluny desde su fundación en 910, por Cîteaux en 1100 y más tardíamente por Prémontré, aseguraba a las órdenes su unidad y su fuerza en toda Europa, al tiempo que afirmaba la autoridad pontificia. Así se comprende que el papa Pascual II (1099-1118), cluniacense como Gregorio VII (1073-1085), haya precisado firmemente ante el episcopado francés, el 15 de noviembre de 1100, que los papas tenían a Cluny «*como la niña de sus ojos*»... Hemos citado a dos papas cluniacenses. Víctor III, originario de la prestigiosa abadía de Montecassino no reinó más que un año (1086); pero en este periodo Cîteaux dará a la Iglesia un papa: Eugenio III (1145-1153) y, en el siglo XII, las diferentes congregaciones de canónigos regulares le darán cuatro papas: Honorio II, Inocencio II, Lucio II y Adriano IV, mientras que Prémontré se honrará de Gregorio VIII, antiguo canónigo de San Martín de Laón.

La reforma de las costumbres del clero

COMO consecuencia de la irradiación de la santidad de los claustros, pero también de la inserción monástica en el entramado económico y político de la Europa feudal, monjes y canónigos van a jugar un papel difuso pero profundo sobre el conjunto de la sociedad.

El modelo de santidad de tantos monasterios entraña naturalmente una elevación considerable de las exigencias en materia de costumbres del clero. Se trata al mismo tiempo de una integración en el clero local de monjes y, sobre todo, de canónigos regulares llamados por los obispos a sus diócesis. La reforma gregoriana encuentra así en el fervor monástico un apoyo sólido. Notemos, entre las congregaciones de canónigos regulares que reformaron la enseñanza, la de san Rufo de Aviñón, nacida en 1039 y que llegará a agrupar 1.100 colegios.

Se crean pueblos a la sombra de los monasterios

LA corriente de fervor llega tanto a la elite de la sociedad como a las clases más humildes. Las fundaciones de monasterios son frecuentemente animadas por los señores, quienes también aportan una parte importante de las vocaciones. Casi toda la aristocracia borgoñona se encuentra implicada en la aventura de Cluny y de Cîteaux y gran parte de las élites alemanas y francesas participarán en la obra de san Norberto, el *Príncipe del Norte*, convertido en humilde religioso. Pero los monasterios atraerán también a toda una legión de artesanos, de mercaderes, de campesinos, llevando a la evolución e incluso a la creación de multitud de pueblos. El trabajo que realizan los monjes es considerable, y los campesinos, al tener que pagar tasas y diezmos menores que en las tierras señoriales, ven cómo su bienestar espiritual y material crecen junto a la paz de los claustros.

Evoquemos también la protección y el socorro que los monasterios ofrecieron a los más necesitados. En Cluny, a lo largo del siglo X, varios miles de pobres fueron, cada año, alimentados y atendidos por los religiosos. Sabemos, por otra parte, que los cistercienses de Claraval vistieron a 80 pobres en un solo día, el 8 de septiembre de 1228. Los religiosos, modelos luminosos de caridad evangélica, practicando la pobreza personal, cambiaron poco a poco la mentalidad de la sociedad.

El rescate de los esclavos cristianos

AMIGOS de los poderosos, defensores de los pobres, estos hombres llevaron a veces la caridad hasta el heroísmo. Admiraremos aquí las órdenes de los trinitarios y los mercedarios, con un san Pedro Nolasco, entregándose como rehén en 1226 para liberar a un prisionero cristiano hecho esclavo por los musulmanes. No olvidemos que, en estas dos órdenes, los religiosos añadían, a los votos religiosos, el voto particular de entregarse personalmente como esclavos para rescatar a prisioneros cristianos si ello fuera necesario.

Señalemos finalmente que la santificación en profundidad de toda la sociedad encontró, en las órdenes terciarias, un medio muy adecuado, al introducir la espiritualidad hasta el seno de los hogares domésticos y en medio del vendaval de los asuntos seculares. Se debe a san Norberto la iniciativa de esta fórmula original por la que los laicos se podían asociar a los méritos de sus hermanos consagrados. En 1124, Norberto recibe como primer terciario a Thibaud, el poderosísimo conde

de Champagne. El ejemplo de este último será seguido por una legión de laicos.

La verdadera civilización se funda sobre la primacía de la contemplación

LA cita de Iván Gobry recuerda que la verdadera civilización se funda en la primacía de la contemplación y en la búsqueda del Reino de Dios. En una palabra, el hombre tiene los pies mejor asentados en la tierra cuando tiene los ojos dirigidos hacia el cielo: *«Magnificar el monaquismo cristiano es revelarlo a un mundo que lo ignora, es recordar a una Cristiandad que lo ha olvidado el esplendor del Evangelio vivido sin discontinuidad por millones de santos y santas, oscuros o luminosos. Es decir a una sociedad que no habla más que de dinero, de sexo y de poder, que los hombres más felices son los que viven pobres, castos y obedientes por Jesucristo. Es agradecer a estas legiones de almas haber hecho lo que ni los guerreros, ni los banqueros, ni los políticos han hecho: fecundar la tierra, educar a los bárbaros, edificar ciudades, fundar hospitales y leproserías, escuelas y bibliotecas, crear una música, una arquitectura, una escultura, una pintura, una orfebrería, que se cuentan entre las más deslumbrantes. Es, en dos palabras, confesar lo maravillados que quedamos ante estas generaciones espirituales que han edificado la civilización cristiana y la cultura occidental».*

No se edificará la ciudad de modo distinto de como Dios la edificó

LA aventura de monjes y canónigos, a la vez espiritual, cultural y social, que hizo de Europa una Cristiandad, debe ser retomada y continuada pues, como lo enseñó el papa san Pío X: *«preciso es reconocerlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual en que todos sientan plaza de doctores y legisladores: no se edificará la ciudad de modo distinto de como Dios la edificó; no se edificará la ciudad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la civilización no está por inventar ni la «ciudad» nueva por edificarse en las nubes. Ha existido y existe; es la civilización cristiana, es la «ciudad» católica. No se trata más que de establecerla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques, siempre renovados, de la utopía malsana, de la rebeldía y de la impiedad: Omnia instaurare in Christo»* (Notre charge apostolique, carta sobre Le Sillon, 1910).

Unión y distinción en la Europa medieval.

Las dos espadas

REYES JAURRIETA

A lo largo de las centurias medievales, desde Carlomagno hasta el Concordato de Worms la historia de lo que podemos llamar relaciones entre el imperio y el papado medievales van sufriendo una evolución que algunos han distinguido en dos etapas: época de cohesión (750-1050) y época de diferenciación (1050-1112).

La historia medieval desde la Alta Edad Media a la Baja Edad Media recorre un camino de una época de confusión y barbarie hacia una mayor y más plena perfección de lo que se entiende por una sociedad cristiana, una familia de pueblos cristianos una «verdadera sociedad de naciones» como dijera Pío XI en la *Ubi Arcano*. A la **época de «cohesión»** que se abre con los carolingios se le da este nombre queriendo significar como con Carlomagno cristaliza esa cosmovisión unitaria del universo que abarcó toda la Edad Media en la que Cristo era concebido como soberano y Señor de todas las dimensiones de la vida. Por ello, la semilla plantada por Carlomagno de un imperio cristiano a pesar de sus grandes limitaciones fue fecunda, e hizo como dijo Dawson «*que la Iglesia católica fuera el molde en que se echaban todos los diversos elementos de la sociedad occidental, para fundirse en una unidad cultural, lo que daba a los pueblos de Occidente no sólo una fe común, sino una común educación intelectual, una ley moral común, y un sistema común de organización.*»

El término **época de «diferenciación»** se aplica a los siglos XI y XII pues en ellos se llega a una mejor distinción de funciones y ámbitos específicamente espirituales y temporales. Las mismas circunstancias históricas, y en particular la necesidad de reforma y de defensa de la libertad de la Iglesia, contribuyeron al progreso de la reflexión filosófica y teológica que condujo a las grandes síntesis del siglo XIII, sobretudo a la de santo Tomás, en cuya doctrina sobre el orden natural y sobrenatural se funda a partir del recto criterio para —en las varias dimensiones del hombre y de la sociedad— distinguir sin separar.

El impulso reformador de la Iglesia iniciado en el siglo XI fue algo que se transmitió de generación en generación y que todos los países heredaron sucesivamente en el transcurso de la historia medieval. Los partidarios de la reforma fueron el «elemento dinámico» en la cultura de la época, principio de unidad más que de división. Unió los ele-

mentos más activos de la sociedad cristiana en un programa común y en torno a un centro único. Cuando esta unidad se rompió por las pretensiones secularizadoras de los emperadores la unidad espiritual y el poder creador de la cultura medieval desaparecieron gradualmente.

En realidad la segunda mitad del siglo XIII, que desde muchos puntos de vista parece representar la culminación de la cultura medieval, representa también una encrucijada y un momento de crisis. «*Durante tres siglos el desarrollo de Europa occidental había sido centrípeta, tendiendo a la unidad de la Cristiandad y a la creación de una síntesis intelectual y espiritual. Desde la segunda mitad del siglo XII este movimiento se invierte y comienza un proceso centrífugo que continúa a través de la Baja Edad Media hasta culminar en la división religiosa y en los cambios sociales del siglo XVI.*»¹

«La Ecclesia universalis». Época de cohesión (750-1050)

LA importancia histórica de la era carolingia supera a sus resultados materiales. El informe Imperio de **Carlomagno** no sobrevivió a su fundador, ni llegó a lograr de manera efectiva la ordenación económica y social de un estado civilizado. Sin embargo, por otros motivos podemos considerarlo el primer paso de la cultura europea. El Imperio carolingio representaba una idea, que pese a su aparente fracaso, acreditaba ser más duradera y persistente que ninguno de los resultados civiles o militares logrados en aquella época: la idea, tan bien expresada por Dawson, de «*un imperio universal como encarnación de la unidad de la cristiandad y defensor de la fe cristiana.*»

En el tiempo de los carolingios cristalizó aquella peculiar **concepción unitaria del mundo medieval** que desde el reino franco se extendió a los demás reinos de Occidente y pervivió durante siglos en medio de diversidades de todo género —lingüísticas, raciales, de intereses— pese a la gravedad de los factores desintegradores: división y

1. Dawson, *La religión y el origen de la cultura occidental* (Madrid, Encuentro, 1995), 219.

luchas políticas a la muerte de Carlomagno, abusos e intromisiones en lo específicamente eclesiástico, relajación y decadencia moral del clero, turbulencias y grandes desórdenes en el mismo pontificado romano...

Se trataba, y así se aprecia en las fuentes de la época, de la conciencia que tenían los cristianos de formar la «Ecclesia universalis». La Iglesia era la sociedad de los fieles, el cuerpo de Cristo, la cristiandad destinada a incorporar a todos los hombres. No se trataba de algo abstracto, sino de una realidad tangible y concreta. La universalidad de la Iglesia abarca la esfera natural y sobrenatural, la vida religiosa y la política y profana. Este concepto de «Ecclesia universalis» estuvo en vigor a lo largo de toda la Edad Media aunque aclarándose el concepto conforme avanzaban los siglos.

La continuación de la idea de Carlomagno fue obra política de una dinastía procedente de uno de los territorios que más tenazmente conservaba el carácter germano, y cuya sumisión había costado a aquél dieciocho expediciones militares en largos años de lucha; esta dinastía fue la casa de Sajonia.

La aclamación en 961 de **Otón I** como emperador por el papa y el pueblo romano fue un hecho trascendental en la historia del pontificado y de Europa. Era la restauración del Imperio, pero con un matiz de parte de los monarcas sajones, más espiritual, más eclesiástico y, por ende, más universal y católico, o sea, menos nacionalista que el de los carolingios.

Con **Otón III (996-1002)**, profundamente religioso y que soñaba con el esplendor del antiguo Imperio romano, su política *«aunque carente de resultados políticos, tiene un significado histórico mucho mayor que la de ninguno de los hechos de los políticos contemporáneos, porque señala el nacimiento de una nueva conciencia europea. Todas las fuerzas que iban a constituir la Europa medieval se ayuntaban en ella: las tradiciones tanto bizantina como carolingia de Imperio cristiano, el universalismo eclesiástico del papado... El humanismo carolingio de Gerberto, y la devoción nacional que por la idea romana sentían italianos del tipo de León de Vercelli... Vuelve los ojos a san Agustín y a Justiniano y precede al Dante y al Renacimiento... El ideal de Otón III no fue tan estéril en resultados prácticos como suele creerse, pues los cortos años del gobierno conjunto de Otón y Gerberto vieron los primeros pasos hacia el cristianismo de los nuevos pueblos de Europa oriental. A su actividad se debe que polacos y húngaros fundasen una organización eclesiástica propia, que era condición indispensable para la independización de sus culturas nacionales. Lo cual marca una modificación vital en la tradición imperial carolingia. No se concibe ya la unidad de la Cristiandad como unidad basada en una autocracia*



*imperialista, una especie de cesarismo germánico, sino como una comunidad de pueblos libres presidida por el emperador y por el papa de Roma».*²

Herederos de la concepción imperial cristiana de los otones fueron los reyes alemanes **Enrique II (1002-1024)**, **Conrado II (1024-1039)** y **Enrique III (1039-1055)**. Durante la primera parte del siglo XI la realidad fue que el movimiento de reforma de la Iglesia correspondió más al emperador que al papa. Bajo los auspicios de emperadores reformadores como Enrique II y reyes de Francia como Roberto el Piadoso, se reunieron los primeros concilios reformistas en Alemania, Italia y Francia. Pero, como bien apunta Dawson, el ejercicio de la supremacía real en materia religiosa no se concebía con un espíritu hostil hacia Roma. Pues el papado mientras estuvo bajo el control de la nobleza romana, vió limitados sus intereses por las luchas de las facciones locales; y lejos de tomar la dirección del movimiento reformista, tenía gran necesidad de reformarse a sí mismo.

Enrique III era un hombre austero y devoto, amigo de santos y reformadores que tomó muy en serio sus responsabilidades teocráticas con respecto a la Iglesia. Testimonio de su profunda religiosidad fue la renuncia a las tasas de las investiduras, de las que sus predecesores se habían beneficiado sin mayor escrúpulo y de igual modo luchó contra la simonía.

En el sínodo de Constanza de 1043 concede públicamente el perdón a todos sus enemigos e invita a los nobles a otro tanto. Después de su victoria sobre los húngaros sublevados contra el sucesor

2. Dawson, *Los orígenes de Europa*, 291-292 (Madrid, Rialp, 1991).

legítimo de san Esteban, cuando aún estaba en el campo de batalla, hace acto público de penitencia y reconciliación con los vencidos y exhorta a lo mismo a sus soldados.

Enrique III convoca el **sínodo de Sutri (1046)** impulsado por varios reformadores. La elección de Benedicto IX se había realizado previo pago de una importante cantidad, además era un joven sin edad canónica. Por su mal comportamiento estalla una sublevación en Roma en 1044 que lo obliga a huir. En 1045 se le contraponen el antipapa Silvestre III. Llegados a este punto se produce una situación muy singular: Benedicto, comprendiendo que él no podía gobernar, se dispuso a dimitir pero a condición de que se le restituyese el dinero entregado para su elevación a la sede de Roma. Lo que sucedió, seguramente es que la propuesta fue aceptada por un buen grupo de gentes que deseaban sinceramente el bien de la Iglesia. A este grupo pertenecía el arcipreste de San Juan, muy apreciado por su celo y bondad, Juan Graciano, que aportó la importante cantidad y aceptó ser designado papa (Gregorio VI). En el primer momento fue acogida con gran júbilo la designación de Juan Graciano, conocido partidario de la reforma. Pero cuando se supo el modo, el hecho produjo gran escándalo en todo Occidente. Los reformadores impulsaron a Enrique II a intervenir.

Es entonces cuando convoca el Sínodo y depone a los tres papas. Silvestre no tenía ningún derecho; Benedicto que antes había renunciado, quizá tampoco; y Gregorio parece que dejó voluntariamente el trono para que no surgiese otro cisma.

Enrique III no tenía ninguna duda acerca de su derecho a intervenir en una situación como ésta. Hasta san Pedro Damiano, director de los reformadores italianos, acepta su control del papado como una manifestación de la Providencia divina, y compara su acción reformadora con la de Cristo expulsando a los mercaderes del Templo. Dawson ve consecuencias de largo alcance para el movimiento reformador en la acción de Enrique III. *«A primera vista podía parecer que reduciría al papado a una completa dependencia con relación al poder imperial, pues los tres papas que nombró en rápida sucesión –Clemente II en 1046, Dámaso II y san León IX en 1048– eran prelados leales al Imperio de Germania y Lorena, que no tenían relaciones con Italia y por ende estaban obligados a buscar apoyo material del emperador. Sin embargo, el papado se libraba del control de los nobles romanos y de sus facciones y entraba en relaciones íntimas con Europa septentrional y central, y este solo hecho tuvo inmediato efecto en su influencia internacional.»*³

3. Dawson, *La religión y el origen de la cultura occidental*, 130.

Ciertamente al emperador Enrique no le movió el interés político de tener un papa dependiente de él. Al intervenir en la designación de varios papas no se le puede acusar de cesaropapismo, pues después de la designación les dejaba libre actuación, con una verdadera libertad eclesiástica que desde hace tiempo no existía. De haber vivido más tiempo esta política podría haberse vuelto en desventaja para la Iglesia. En su momento contribuyó a la reforma de modo especial con el nombramiento como papa de León IX iniciador de la misma.

En este sentido Sutri marcaba el ápice de la política de intervención de los emperadores en la Iglesia, el final de la época de «cohesión» y provocó como reacción las debidas distinciones de la nueva época en las relaciones papado-imperio, el inicio de la reforma «gregoriana», culmen de la cristiandad medieval que con el compromiso de Worms a mitad de camino, alcanza hasta la crisis del siglo XIV.

La sociedad cristiana encabezada por el papa. Época de diferenciación (1046-1112)

Los papas alemanes designados por el emperador Enrique III fueron los auténticos iniciadores de la reforma gregoriana. Uno tras otro tomaron los nombres de los papas de la Iglesia primitiva, signo externo de voluntad de reforma y de retorno al espíritu apostólico de la Iglesia antigua.

De entre todos destaca el pontificado del papa **León IX** (1049-1054). Creó una alianza entre el papado y el movimiento de reforma religiosa. Con él la reforma de la Iglesia ya no fue aspiración de grupos desperdigados de ascetas e idealistas, sino la política oficial de la Iglesia romana.

En su breve pontificado de menos de cinco años san León se dedicó a la obra de reforma con energía sobrehumana, cruzando una y otra vez los Alpes para reunir concilios reformadores en Alemania y Francia, lo mismo que en Italia, y para establecer un control personal y directo de las iglesias de la Cristiandad occidental.

Sin embargo la obra reformista culminó con el pontificado de **Gregorio VII** (1073-1085). Aquel santo reformador, de baja estatura y alma mística, ha pasado a la historia como el gran defensor de la independencia y libertad de la Iglesia frente a los poderes temporales.

Gregorio VII de suyo no aportó ningún programa nuevo al iniciar su pontificado. Se limitó a continuar lo que se habían propuesto todos los papas desde León IX: la reforma de las costumbres del clero y la emancipación de la Iglesia del poder secular. La Cristiandad volvía a sentir respeto por la

jerarquía y por el derecho de la Iglesia a desempeñar su ministerio pastoral. Los papas volvían a regir auténticamente la Iglesia entera.

Como lo expresó Dawson «*Los reformadores heredaron la misma concepción unitaria de la sociedad cristiana que habían poseído los carolingios. Pero mientras los últimos consideraron al emperador como la cabeza suprema de todo el pueblo cristiano y el lazo de unión entre la Iglesia y el Estado, los nuevos reformadores proclamaron la absoluta trascendencia y superioridad del poder espiritual y reclamaron la subordinación del poder temporal al espiritual, al igual que el cuerpo está subordinado al alma*».⁴

La asignatura pendiente que tomó bajo sus espaldas Gregorio VII que hacía estériles muchas veces los mejores propósitos era la «**cuestión de las investiduras**». La célebre «lucha de las investiduras» entre el papa y el emperador Enrique IV no se suscitó en torno a la cuestión de principio, sino a propósito de un caso concreto, cuando Enrique IV, sin consultar con el Papa, nombró en 1075, un nuevo arzobispo para la sede de Milán. A los distintos soberanos estaba reclamando el papa la necesidad de acabar con estas investiduras laicas. Gregorio VII escribió al emperador amenazándole con la excomunión. Por su parte Enrique IV procedió como si esto fuese una inaudita provocación del Pontífice. En 1076 reunió en Worms a 26 obispos y declaró depuesto al papa. Gregorio VII dictó la excomunión contra Enrique y desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad.

Enrique IV acabó deponiendo al papa, nombrando un antipapa al que hizo que le coronase emperador y Gregorio VII hubo de refugiarse en el castillo de Santángelo. Finalmente, murió en el exilio en Salerno en 1085. Sin duda, que en el momento de la muerte de Gregorio VII podía parecer un fracaso toda su obra. Pero el fracaso exterior no significaba el fracaso de la gran obra de reforma. Ni siquiera la derrota exterior era tan fuerte como parecía. Después de la aventura romana Enrique IV no era más poderoso que antes. En cambio, el prestigio moral del papado había ascendido de un modo increíble. Ahora, a los ojos de toda la Cristiandad el apesadumbrado hombre que moría en Salerno, era realmente el vicario de Cristo en la tierra.

El trasfondo que para la Cristiandad tuvo el pontificado de Gregorio VII es acertadamente descrito por Dawson:

«*El papado se convertía en cabeza de la Cristiandad, en todas las acepciones de la expresión, y ejercía una efectiva autoridad suprapolítica sobre los pueblos del Occidente europeo. Esta auto-*

ridad no se limitaba a la esfera eclesiástica. Por el contrario, se extendía a toda la vida social y a la actividad humana toda. Juzgaba los asuntos de los reinos, organizaba cruzadas contra los infieles y herejes, excomulgaba y deponía gobernantes que habían ofendido la ley común de la Cristianidad. En realidad reunía dos funciones distintas aunque relacionadas. Era, en sentido estricto, el dirigente de la Iglesia, representante de Pedro y cabeza de la jerarquía eclesiástica; pero era también el dirigente y juez de la sociedad cristiana, en su más amplio sentido, presidente de una especie de sociedad europea de naciones y autoridad suprema en derecho internacional».⁵

Así Gregorio VII alentó a los gobernantes de los más remotos territorios cristianos, como España, Dinamarca, Hungría y Croacia, a aceptar la protección de la Santa Sede a hacerse vasallos de san Pedro. Y aunque esto no implicaba ningún control político directo, daba mayor énfasis a la nueva posición del Papado como centro de la sociedad internacional.

Sin embargo todavía quedaba por resolver el conflicto con el rey alemán sobre la investidura. Con otros países se había llegado a un «modus vivendi» aceptable por ambas partes. En cambio el nuevo rey alemán Enrique V, no tenía la menor intención de renunciar a sus pretensiones. Tres papas se sucedieron hasta que tras largas negociaciones se llegó al **concordato de Worms (1122)**. Por él el Emperador renunciaba a la designación, es decir, garantizaba la elección libre del obispo por medio del cabildo o capítulo diocesano. A cambio aquellas elecciones se habían de hacer ante el emperador o sus representantes, reservándose el derecho a intervenir en caso de irregularidad.

Efectivamente, «*El concordato de Worms fue un simple compromiso, pero el principio fundamental por el que habían luchado los papas a lo largo de dos generaciones había triunfado: se había conseguido que los reyes se abstuviesen en adelante del uso del derecho a nombrar obispos. Había transcurrido más de seiscientos años desde que, con Clodoveo, esta nociva costumbre arraigó en el nuevo cristianismo de Occidente. El desarraigarla había impuesto una lucha que conmovió al catolicismo germano hasta sus cimientos, pero una lucha que, no deja de ser curioso, desplegó también nuevas energías espirituales, hasta el punto que los dos siglos de la restauración hildebrandiana son probablemente únicos en la historia por la magnitud del vasto **renacimiento social y cultural** que supusieron*».⁶

5. Dawson, *Ensayo sobre la Edad Media*, 115.

6. Hugues, *Síntesis de historia de la Iglesia*, Barcelona, 1976, 131.

4. Dawson, *Ensayos sobre la Edad Media* (Madrid, Aguilar, 1956), 109.

Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (VII)

**«Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres.
Quiero que esta imagen sea expuesta a sus miradas,
para ablandar sus corazones.»**

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«Para participar de los tesoros del Corazón de Dios es preciso honrarle bajo la imagen de este corazón de carne, cuya figura quería que se expusiera a la pública veneración... donde sea expuesta esta santa imagen para venerarla, derramará gracias y bendiciones» (carta de santa Margarita María al padre Croiset, 3 de noviembre de 1689).

LA sencilla imagen con que Margarita María expresó gráficamente en 1685 el contenido de la devoción del Corazón de Jesús a sus novicias fue el comienzo del cumplimiento del deseo del Corazón de Jesús de mostrar su figura a los hombres para moverlos a corresponder a su amor. Basados en este simple esbozo se pintaron bajo sus directrices los primeros cuadros. Estas primeras imágenes y cuadros, destinados a hablar a los ojos, y por ellos a la sensibilidad y al alma entera, representan el corazón de carne de Jesús con su herida, sus espinas, sus clavos, su cruz y sus llamas, unidos al amor divino y humano que simbolizan. Desde Paray-le-Monial el símbolo y lo simbolizado en la imagen del Corazón de Jesús están tan íntimamente compenetrados, que se han vuelto inseparables (padre Hamon).

Estos primeros cuadros nos muestran sólo su divino Corazón, sin representar a la persona adorable del Salvador. No hay en ellos ningún peligro de error, pues la hermana Margarita María no se cansa de repetir que ella ha visto este corazón de carne vivo en el pecho vivo de su adorado Maestro. Las disquisiciones, dificultades y objeciones se plantearon después, y por ello la santa madre Iglesia mandó rendir culto público al divino corazón de carne presentándolo en el pecho de la persona divina del Redentor.

Ya desde el inicio de las revelaciones, y con distintos pretextos, han pretendido algunos presentar la devoción al amor misericordioso de Jesús prescindiendo –si no rechazando expresamente– de la imagen de su divino Corazón y de los signos de su herida, sus espinas, su cruz y sus llamas de ardiente amor con que se nos reveló. Pero como decía la Dirección General del Apostolado de la Oración

en diciembre de 1950, *«La moderna devoción de la Iglesia al Corazón de Jesús está inseparablemente unida con Paray-le-Monial, y no puede entenderse, especialmente en su adecuación y trascendencia para nuestros tiempos, sin atender a las revelaciones hechas a santa Margarita María de Alacoque. La devoción en que se pasaran en silencio estas revelaciones no sería ya la que la Iglesia nos propone en su liturgia y en los documentos pontificios»*. La revelación del Corazón de Jesús no fue para Paray-le-Monial ni para el siglo XVII, sino para la Iglesia católica y para siempre. Los que silencian su origen concreto y temporal, omiten su contenido específico de consagración y reparación que la caracterizan, y rechazan la imagen del corazón de carne con que Jesús se nos quiso revelar, no pueden llamarse devotos del Corazón de Jesús, y tras prescindir de su imagen, acaban omitiendo deliberadamente hasta la misma palabra corazón.

La segunda imagen del Corazón de Jesús con la doble corona simbólica, inspirada por Margarita María

PERO volvamos a los hechos históricos, reveladores de los deseos del Corazón de Jesús. La madre Greyfié, que había sometido a Margarita María a las más duras pruebas, pero al fin quedó convencida, al dejar Paray y pasar a ser priora del monasterio de Sémur, pudo ya manifestar abiertamente su celo por la difusión de la nueva devoción. Siguiendo las directrices de Margarita María, hizo pintar un cuadro del Corazón de Jesús para la capilla de su monasterio. A principios de 1686 le envió a ésta una miniatura del cuadro, de la que la hermana Luisa de Forest sacó varias copias, que Margarita María remitía a sus colaboradoras afectas en los conventos de la Visitación ganados para la devoción.

El original del cuadro de Sémur y de la miniatura mandada sacar por la madre Greyfié para Margarita María se han perdido, pero se conserva una de las copias –la imagen que reproducimos– remi-



llos que le aman en el gozo». Tan precisa explicación del significado de la doble corona simbólica hace suponer que el cuadro lo hizo pintar la madre Greyfié siguiendo las instrucciones de la hermana Margarita María. Así, cuando aquélla le envía por carta de 11 de enero de 1686 con la miniatura, doce estampas nombrando a sus destinatarias, dice: «He hecho hacer doce pequeñas imágenes en las que no hay más que este divino Corazón con la llaga del costado sobre el mismo, la cruz encima y los tres clavos, rodeado de la corona de espinas». Esta imagen de las estampas se corresponde sustancialmente con el dibujo hecho por Margarita María para sus novicias.

El cuadro del Sagrado Corazón, tal como Margarita María lo había deseado; con san José y la Virgen

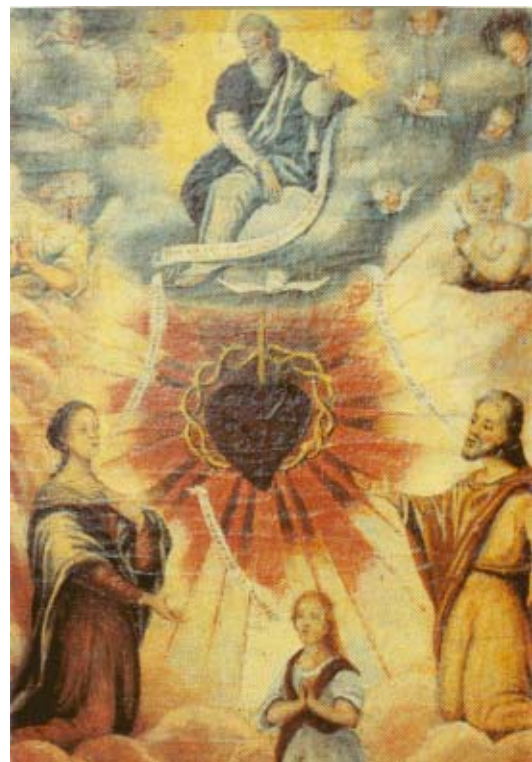
tida por ésta el 15 de septiembre de 1686 a la madre Soudeilles, superiora de la comunidad de Moulins, con carta en que le dice: «El deseo que me incita a enviaros este Sagrado Corazón, procede del designio que tiene de establecer su imperio en vuestra comunidad y su reinado de amor en nuestros corazones». Otra de las copias la remitió a la madre De Saumaise, que le pedía un dibujo autorizado para hacer pintar a su vez un cuadro.

Como puede observarse, la imagen del Corazón de Jesús de este cuadro pintado en Sémur es la misma que la esbozada a pluma por Margarita María para sus novicias el año anterior: la misma herida que lo abarca y de la que brotan las mismas gotas de su preciosa sangre, y que contiene la misma palabra «CHARITAS» en mayúsculas, los mismos clavos, aunque de cada uno de ellos surge aquí una llama, y la mayor intensidad de los rayos que aquí irradian alrededor de todo el Corazón. Se trata, en definitiva, de la misma imagen, sólo que ahora pintada en vivos colores, sustituyendo la anterior gruesa corona de espinas que la enmarcaba en exceso, por una suave doble corona de corazones enlazados, que no resta visión al objeto principal del cuadro.

La propia Margarita María, en carta de 20 de marzo de 1686, al enviarle la copia de este cuadro de Sémur, con la autoridad de quien ha sido su inspiradora, le explica a la madre De Saumaise la novedad que contiene, el significado de esta doble corona simbólica: «Hay en su cuadro algo más... corazones enlazados en la corona de espinas. Estos representan a los que le aman en el padecimiento, y los que están en los lazos de amor, a aque-

MARGARITA María, a finales de abril de 1688, escribe a su antigua superiora: «Tenemos un segundo cuadro del Sagrado Corazón que encargó una de nuestra hermanas. Abajo están la Santísima Virgen de un lado y san José del otro, y en el centro un alma suplicante. Es tal cual yo lo había deseado» (carta 85, abril de 1688, a la madre De Saumaise).

El Corazón de Jesús, con su herida, sus clavos, su corona de espinas, su cruz y sus poderosos rayos es el centro del tema; en lo alto, el Padre eterno sostiene en una mano el globo terrestre bajo el



cual se extiende una banderola con estas palabras: «*Este es el Corazón de mi muy amado Hijo en el que he puesto todo mi amor*». Abajo, al lado izquierdo, la Virgen María indica con un gesto, diciendo: «*Amadlo y os salvará*». San José, a la derecha, muestra este divino Corazón diciendo: «*Venid, está abierto a todos*». En medio, debajo del Corazón, la pequeña alma suplicante muestra su confianza con estas palabras «*Yo espero y me doy a Él*». En su carta a la madre De Saumaise en que se lo describe le añade: «*Es para la capillita que se ha erigido en honor del divino Corazón. La hermana Escures es quien cuida de ella*». Se refiere a un pequeño oratorio del convento, no al del jardín, y de paso, para significarle el cambio de ambiente, le indica a su antigua superiora el nombre de su celosa cuidadora, precisamente la hermana Escures, quien más se había opuesto a la nueva devoción. Este cuadro se halla actualmente en la sala de recuerdos de santa Margarita María en Paray-le-Monial.

Los conventos adictos a la nueva devoción procuraban pintar cuadros del Corazón de Jesús, y sus copias circulaban entre ellos, y así la hermana De la Barge en marzo de 1688 le envía a Margarita María una estampa del que habían hecho en su monasterio de Moulins, y ésta le responde: «*La estampita la he hallado tan a mi gusto que se la he enseñado a todas mis hermanas, que se quedaron con el deseo de tenerla, pero la conservo yo con permiso*» (carta 81).

«Que desea haga V. ejecutar un grabado de este Sagrado Corazón, a fin de que todos los que quieran puedan tener cuadros en sus casas y estampas pequeñas para llevarlas consigo»

PERO lo que el Corazón de Jesús pedía no era que se pintaran unos cuantos cuadros para ser venerados en conventos recoletos, pues la revelación de su Corazón misericordioso no estaba ya reservada como antes de Paray a selectas minorías en camino de perfección, sino que quería que su imagen se repartiera por todas partes: «*Para que todo el que lo desee pueda tener su imagen en su casa, y llevarla consigo*». Jesús quiere a la vista de la imagen de su Corazón mover la compasión de la multitud de hombres pobres y débiles, cansados y abrumados por las fatigas y penas del día, en especial de los pecadores, a quienes ha venido a salvar, y a los que invita a descansar en su Corazón, y a los que les pide el retorno de amor por amor. Con esta nueva expresión del amor de Dios a los hombres más necesitados de misericordia, revelada en Paray-le-Monial, frente al rigorismo

selectivo jansenista del pequeño rebaño de los perfectos, se inauguraba esa era de «democracia de la santidad», que el padre Orlandis decía que santa Teresita del Niño Jesús había puesto de manifiesto en su modo de sentir y expresar cómo veía ella el Corazón de Jesús.

Margarita María en el cuadro que había hecho pintar, tal como ella lo deseaba, le hace decir a san José: «*Venid, está abierto a todos*». Si su destinatario es la Iglesia entera, es decir, toda la humanidad, había que dejar el pincel artesanal y acudir a la imprenta mecánica, y para ello había que disponer de un dibujo preciso y grabar con él una plancha con la que imprimir las estampas a millares.

En 1686, habiendo ya visto Margarita María admitida la devoción en su convento y en otros de su orden, acuciada por el deseo del Señor de darla a conocer a todos, transmitió el encargo de grabar una plancha para imprimir estampas del Sagrado Corazón a un «buen padre jesuita» del que calla caritativamente su nombre, pero el padre Hamon deduce que se trata de su director, el padre Ignacio Rolin, quien se comprometió a llevar a cabo el encargo. El «*buen padre*» no le debió dar mucha importancia a la encomienda, pues, atareado con otros menesteres, se despreocupó del asunto, que por su incuria se retrasó durante todo ese año y parte del siguiente, hasta que Margarita María comprendió que, pese a las buenas palabras, había perdido el tiempo, y que había que empezar de nuevo.

«Dará una gracia especial de santificación a la primera persona que le dé el placer de encargarse de hacer esta santa imagen»

ACUDE Margarita María al Corazón de Jesús, que ya le había nombrado tesorera de sus gracias, y Éste le hace saber las que otorgará a quien primero se encargue de hacer imprimir la imagen de su Corazón, y cómo su deseo es que lo haga la madre Francisca de Saumaise. La Santa le escribe haciéndole saber la importancia del asunto, pues el Corazón de Jesús, «fuente de todas las bendiciones, las derramará con abundancia en todos los lugares donde fuera expuesta la imagen de este amable Corazón para ser particularmente honrada», y para estimularla le descubre que sabe que «dará una gracia especial de santificación a la primera persona que le diese el placer de encargarse de hacer esta santa imagen».

Como pasados unos meses la madre De Saumaise no se da por aludida, Margarita María se lo manifiesta con autoridad, directa y claramente: «*Mucho me alegraría saber si V. puede mandar*

hacer una plancha en metal para imágenes del Sagrado Corazón de nuestro buen Señor. Me parece que le ha destinado a V. para ello. Él me lo ha dado a conocer manifiestamente, porque otras personas se han ofrecido a ello, y han hecho todo cuanto les ha sido posible, sin lograrlo; lo que me obliga, pues, a dirigirme a V. diciéndole sencillamente lo que creo ser voluntad de este divino Corazón, la cual me descubrió que ésto lo hace porque V. ha sido la primera a quien Él quiso que yo manifestase el ardiente deseo que tenía de ser conocido, amado y glorificado de las criaturas, no sé si V. se acordará de lo que le dije, mas sí sé que me siento enteramente compelida a decirle de su parte, que desea haga V. ejecutar un grabado de este Sagrado Corazón, a fin de que todos los que quieran tributarle algunos homenajes particulares, puedan tener cuadros en sus casas y estampas pequeñitas para llevarlas consigo. Me parece que sería de grande felicidad para V. si pudiera procurarle este honor, por el cual será V. más recompensada que por ninguna otra cosa que haya hecho V. en su vida... su nombre será inscrito en este sagrado Corazón con caracteres indelebles... Y como un buen padre jesuita se quiso encargar de hacer este grabado, a causa de que las personas que querían pagarlo le instaban mucho, dio la comisión en Lyon, pero creo que nada se ha hecho ni llegará a hacerse hasta que V. se niegue a ello. Hágame saber si está en condiciones de hacerlo. Me han dicho que costará por lo menos dos luises de oro. Se me ha ordenado dirigirme a otra persona si V. rehusa hacerlo... puede V. reflexionar y hacer lo que nuestro Señor le inspire» (carta XLII a la madre De Saumaise, 2 de marzo de 1686).

«Que si este buen padre hubiera cumplido primeramente lo que prometió al Sagrado Corazón de Jesús, Él hubiera cambiado y convertido los corazones de estos infieles... pero porque ha preferido otras cosas... Él les endurecerá el corazón, y sus trabajos serán poco fructuosos.»

LA madre De Saumaise acepta el encargo, pero con su sentido práctico no inicia nuevas gestiones en Dijon, sino entendiendo que la confección del grabado estaba ya iniciada en Lyon, envía a Paray los dos luises de oro en que le dicen está presupuestado, para que lo ultime el tan ocupado jesuita. Margarita María le escribe agradecida, confesándole la causa del fracaso: «este buen padre me había prometido que el grabado se haría después de Pascua; pero está tan sumamente ocu-

pado por monseñor de Autun en la conversión de los herejes, que no tiene tiempo ni reposo para emplearse en esta obra que el adorable Corazón de nuestro divino Señor desea con tanto ardor. No puede V. comprender, mi querida Madre, cuanto me aflige esta tardanza ni el dolor que me hace sufrir, porque le declaro confidencialmente que creo ser esta la causa de convertirse tan pocos infieles en esta ciudad, pues me parece oír continuamente estas palabras: «Que si este buen padre hubiera cumplido primeramente lo que prometió al Sagrado Corazón de Jesús, Él hubiera cambiado y convertido los corazones de estos infieles, por el placer que tendría de verse honrado en esa imagen que desea, pero, porque han preferido otras cosas, aunque de su gloria, a la de darle este contento, Él endurecerá el corazón de estos infieles y sus trabajos serán poco fructuosos... Espero, sin embargo, se hará la imagen cuanto antes —es decir, cuando este buen padre se vea un poco desocupado— y le enviaremos a V. todas las que desee...! que dichosa V. por haber dado los dos luises de oro, que hemos recibido y guardará la respetable Madre hasta que la cosa esté hecha... Al momento en que el grabado esté hecho será V. la primera en saberlo. Será cuanto antes podamos, pues yo no tengo descanso hasta conseguirlo» (carta XLVII a la madre De Saumaise, 23 de abril de 1686).

Confianza aún en el jesuita, le disculpa: «Los superiores han destinado al buen padre que se encargó de ello a Riom, y debiéndose hacer la lámina en Lyon, me dice que no lo deja de la mano... hay que tener paciencia. Creo que el demonio teme mucho la realización de esta buena obra por la gloria que ha de dar a Nuestro Señor Jesucristo y por la salvación de tantas almas» (carta 60, 17 de febrero de 1687).

«No puedo expresar los dulces transportes de alegría que he sentido al recibir vuestro dibujo, que es tal cual yo lo deseaba»
(carta 66, abril de 1687, a la hermana Joly).

CON la marcha del jesuita de Paray se desvanecieron las tenues esperanzas de que cumpliera el encargo, por lo que Margarita María, como siempre que no sabía cómo salir adelante, escribió a la madre De Saumaise, pidiéndole ayuda: «Quiere no sólo que la paguéis, sino que os encarguéis Vos misma, según Él os inspire, ved si lo podéis encargar y se os devolvería el dinero» (carta 64). Al contestarle la madre De Saumaise aceptando el encargo, le dice: «Ahí tenéis, mi querida Madre, el dinero y el dibujo que el buen padre nos ha devuelto con gran disgusto



por no haber podido acabar la obra, pero como Dios dispone las cosas para mayor bien, hará que la estampa salga mejor hecha, porque ese bosquejo que nos ha enviado no es bonito ni está a mi gusto, por lo que os pido lo cambiéis conforme Nuestro Señor os inspire. Lo dejo a vuestra discreción» (carta 66, febrero de 1687).

La madre De Saumaise enseñó la carta a su superiora, la madre Desbarres, quien, sin más, encargó a la humilde y fervorosa hermana Magdalena Joly que se pusiese manos a la obra. La hermana Joly no sabía dibujar bien, pero por obediencia, se puso a trazar un diseño que respondiese fielmente a la imagen que describía su querida hermana Margarita María. El Corazón de Jesús le guió la mano y el trazo, quedando tan del gusto de la solicitante, que, agradecida, le escribió: «No puedo expresar los dulces transportes de alegría que he sentido al recibir vuestro dibujo, que es tal cual yo lo deseaba» (carta 66, abril de 1687).

Se tenía ya un dibujo, pero para grabar con él la plancha para poder imprimir las estampas había que simplificarlo, por lo que la madre De Saumaise lo simplificó quitando los ángeles adoradores y la paloma que se cierne de lo alto, dejando el dibujo central de la hermana Joly del Corazón coronado por la cruz, rodeado de llamas y cercado de espinas, saliendo de la herida de la lanza unas gotas de su sangre. Se lo envía en 1687 a las salesas del primer monasterio de París, donde la madre De Fontaine se encargó de que con él se grabase la plancha por tanto tiempo deseada. Con ella se imprimieron las primeras estampas grandes y pequeñas con esta leyenda: «Corazón que ha amado tanto

a los hombres que no ha ahorrado nada hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y que, por reconocimiento, no recibe de la mayoría sino ingratitudes...». Al recibir las, Margarita María le escribe a la hermana Joly: «Os doy gracias por la estampa. Encuentro tan hermoso vuestro cuadro que no me canso de mirarlo» (carta 83).

Poco después se imprimirían otras estampas del Sagrado Corazón, pero fueron la madre De Saumaise y la hermana Joly las beneficiarias de las gracias reservadas a las primeras que cumpliesen este su deseo. No sería ésta sino una más de las acciones con las que la madre Francisca de Saumaise, ejemplar religiosa de la Visitación de Nuestra Señora, correspondió a la gracia del Corazón de Jesús de escogerla para que fuera «la primera a quien Él quiso que yo manifestase el ardiente deseo que tenía de ser conocido, amado y glorificado de las criaturas».

Francisca de Saumaise no tuvo grandes dones naturales ni extraordinarios carismas. Por ello su vida es para nosotros ejemplar por su total entrega y empeño en hacer cuanto estuvo en sus manos para procurar la mayor gloria al Corazón de Jesús, como hemos expuesto en los últimos artículos. A alguno puede parecerle poco, pero no así a santa Margarita, que si en su día le dijo había sido nombrada nada menos que procuradora del Corazón de Jesús, le confió más tarde cómo Jesús «formaría una corona de doce almas de las que más amaba y le hubieran procurado más gloria sobre la tierra, y que las pondría como doce estrellas brillantes alrededor de su Sagrado Corazón... Vos erais de ese número» (carta LXXXVII a la madre De Saumaise, abril de 1688). Podemos conjeturar cómo la propia Margarita María, ya en la gloria, esperaría a su antigua superiora el 30 de julio de 1694, para recibirla a su llegada al cielo, e introducirla de su mano hasta tan privilegiado destino de eterna felicidad.

Margarita María había cumplido el deseo del Corazón de Jesús de difundir su imagen para que todos pudieran honrarla y corresponder a su amor, pero había que explicar bien lo que quería darnos a conocer Jesús al revelarnos su Corazón, y para ello había que escribir un libro. De quiénes se valió para ello, y de los obstáculos que hubo que vencer, trataremos, Dios mediante, en el próximo artículo.



A los cuarenta años de la encíclica *Pacem in terris* (IV)

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

DESPUÉS de haberse referido a la necesaria reciprocidad entre derechos y deberes recuerda el beato Juan XXIII que el orden que rige en la convivencia entre los seres humanos es de naturaleza «moral». Una vez establecido el criterio de que el orden humano no es algo comparable al orden de lo que está sometido a una ley física afirma la índole del orden humano que, dice literalmente, **se cimienta sobre la verdad, debe ser practicado según la justicia, exige ser vivificado y completado por el amor mutuo.**

En efecto, no es posible la convivencia humana no sólo sin la verdad sino incluso sin amor mutuo. Es digna de ser recordada esta necesaria referencia fundamental del orden humano a la verdad y al amor. En la vida social actual se habla mucho de la justicia y se reitera la necesidad de la justicia para una posible convivencia humana, pero muy pocas veces, o nunca, se recuerda –como lo hace aquí la encíclica– que el orden humano, además de la justicia requiere el fundamento de la verdad y el complemento del amor. Y bien, ¿dónde están en la sociedad actual la verdad y el amor? Para empezar, el relativismo moral que nos invade niega la existencia de una sola verdad objetiva y perenne, mientras que el amor ha quedado subsumido bajo la «solidaridad».

Pero las enseñanzas del beato Juan XXIII en esta memorable encíclica van todavía más lejos, pues no se conforma con que estos principios de verdad, justicia y amor sean entendidos en un plano meramente racional o humano, como si tuvieran en sí mismos su raíz, su medida y su consistencia. No, ciertamente el orden moral tiene por fundamento objetivo el mismo Dios, el Dios verdadero y personal. No cualquier dios, sino el Dios verdadero, no entendido al modo «teísta» de un principio «superior», como hablan de su dios tantos hombres célebres, sino el Dios personal y trascendente, tal como lo había ya advertido el papa Pío XII.

Ahora bien, el orden moral –universal, absoluto e inmutable en sus principios– encuentra su fundamento objetivo en el verdadero Dios, personal y trascendente. Él es la verdad primera y el bien sumo y, por tanto, la fuente más profunda de la que puede extraer su genuina vitalidad una convivencia de hombres ordenada, fecunda, correspondiente a su dignidad de personas humanas.²⁶

26. Cf. Pío XII, *Mensaje navideño*, 1942, AAS XXXV, 1943, p. 14.

El lenguaje del pontífice no puede ser más explícito, pues para corroborar el modo como hay que entender que Dios –y no el hombre– es el fundamento de este orden moral que los hombres necesitan para poder convivir en paz lo aclara con una cita de santo Tomás:

Santo Tomás de Aquino se expresa con claridad a este propósito: «El que la razón humana sea norma de la humana voluntad, por la que se mida también el grado de su bondad, deriva de la ley eterna, que se identifica con la misma razón divina... Es, consiguientemente, claro que la bondad de la voluntad humana depende mucho más de la ley eterna que de la razón humana».²⁷

Nunca tendremos suficientemente clara esta verdad tan grande y tan religiosa, valga la llaneza de la expresión. Sí, efectivamente, «la bondad de la voluntad humana depende mucho más de la ley eterna que de la razón humana». Santo Tomás se funda para hacer esta aseveración en el salmo 4, 6-7 que dice: «¿quién nos hará gozar de la dicha si la luz de tu rostro, Señor, se ha alejado de nosotros?». Nosotros los hombres, comenta santo Tomás, veremos claro lo que hemos de hacer si la luz divina nos ilumina.

Es obvio que la tesis de Juan XXIII se enfrenta directamente al «humanismo filosófico», ilustrado o laico que nos invade, incluso en ambientes y en proclamaciones que deberían ser, por su origen, religiosos.

Al referirse a los signos de los tiempos actuales constata el progreso que en este campo han experimentado las clases trabajadoras, quienes han pasado de la reivindicación económica a la política y finalmente a la cultural. Constata así mismo que todos los pueblos han alcanzado ya la independencia política y, finalmente, que la mujer es actualmente muy consciente de su dignidad y no admite ser tratada como un instrumento. Todas estas afirmaciones son hechos que se manifiestan en nuestra sociedad que ha ido experimentando diversos y continuos cambios.

Estas transformaciones pueden valorarse positivamente, pero no serían nada si no pusieran de relieve una verdad más profunda que la de los cam-

27. *Summa Theol.* I, II, q. 19 a. 4; cf. a. 9.

bios externos. Los hombres, dice el pontífice, **se ven obligados a poner estas sus relaciones con lo divino como sólido fundamento de su vida tanto individual como social.** Con esta consideración termina la primera parte de la encíclica que ha considerado el orden entre los seres humanos.

Al comienzo de la segunda parte trata de las relaciones entre los hombres y los poderes públicos y afirma, en las antípodas de todo el siempre bien saludado anarquismo que caracteriza la moderna sociedad, la necesidad ineludible de que en el mundo haya poderes –o mejor, autoridades– que rijan la comunidad política.

La convivencia entre los hombres no puede ser ordenada y fecunda si no la preside una legítima autoridad que salvaguarde la ley y contribuya a la realización del bien común en grado suficiente.

Pero esta autoridad no se origina en la voluntad popular, en ninguna mayoría de voluntades, ni en ninguna asamblea, ni tiene otro origen ni justificación que la autoridad del mismo y único Dios: tal es la tradicional e inamovible doctrina de la Iglesia desde los tiempos más remotos.

Tal autoridad, como enseña san Pablo, deriva de Dios: «Porque no hay autoridad que no venga de Dios».²⁸ Enseñanza del Apóstol que san Juan Crisóstomo explana con estos términos: «¿Qué dices? ¿Acaso todos y cada uno de los gobernantes son constituidos como tales por Dios? No, no digo esto; no se trata aquí de los gobernantes por separado, sino de la realidad misma. El que exista la autoridad y haya quienes manden y quienes obedezcan y el que las cosas todas no se dejen al acaso y a la temeridad, eso digo que se debe a una disposición de la divina Sabiduría».²⁹

El hombre es social por naturaleza y, por tanto el mismo Dios al crearlo le ha dado la espontánea sumisión al poder humano y los hombres siempre han considerado «sagrado» el poder. Por eso se unguía con óleo sagrado a los reyes. Juan XXIII hace suya una extensa cita del papa León XIII, completada con una de Pío XII.

Por lo demás, por el hecho de que Dios ha creado a los hombres sociales por naturaleza y ninguna sociedad puede «subsistir si no hay alguien que presida moviendo a todos por igual con impulso eficaz y con unidad de medios hacia el fin

común, resulta que es necesaria a la sociedad civil la autoridad con que se gobierne; autoridad que de manera semejante a la sociedad proviene de la naturaleza y, por tanto, de Dios mismo como autor».³⁰

La autoridad misma no es, sin embargo, una fuerza exenta de control; más bien es la facultad de mandar según razón. La fuerza obligatoria procede consiguientemente del orden moral, el cual se fundamenta en Dios, primer principio y último fin suyo. Por eso escribía nuestro predecesor Pío XII, de feliz memoria: «El orden absoluto de los seres y el fin mismo del hombre (del hombre libre, decimos, sujeto de derechos y obligaciones inviolables, raíz y meta de su vida social) abraza también al Estado como una comunidad necesaria y revestida de la autoridad sin la cual no podría ni existir ni vivir... Y puesto que ese orden absoluto, a la luz de la recta razón y sobre todo de la fe cristiana, no puede tener origen sino en un Dios personal, Creador nuestro, se sigue que la dignidad de la autoridad política radica en la participación en la autoridad de Dios».³¹

Explica espléndidamente que, siendo el hombre un ser dotado de dignidad eminente, su sumisión a la autoridad no puede hacerse más que si se ve en ella la misma voluntad divina.

La autoridad que se funda tan sólo o principalmente en la amenaza o en el temor de las penas o en la promesa de premios, no mueve eficazmente al hombre a la prosecución del bien común; y aun cuando lo hiciere, no sería ello conforme a la dignidad de la persona humana, es decir, de seres libres y racionales. La autoridad es, sobre todo, una fuerza moral; por eso deben los gobernantes apelar, en primer lugar, a la conciencia, o sea, al deber que cada cual tiene de aportar voluntariamente su contribución al bien de todos. Pero como, por dignidad natural, todos los hombres son iguales, ninguno de ellos puede obligar interiormente a los demás. Solamente lo puede Dios, el único que ve y juzga las actitudes que se adoptan en lo secreto del propio espíritu.

La autoridad humana, por consiguiente, puede obligar en conciencia solamente si está en relación con la voluntad de Dios y es una participación de ella.³²

30. León XIII, Enc. *Immortale Dei*, *Acta Leonis XIII*, V. 1885, p. 120.

31. *Mensaje navideño*, 1944, AAS XXXVII, 1945, p. 15.

32. Cf. León XIII. Enc. *Diuturnum illud*, *Acta Leonis XIII*, II. 1881, p. 274.

28. Rom 13, 1-6.

29. *Epist. ad Rom.* c. 13, vv. 1-2, homil. XXIII: PG. 60, 615.

Cardenal Wyszynski: un instrumento providencial del Señor para su Iglesia

LUIS COMAS ZAVALA

EN estas fechas cercanas al XXV aniversario de la elección del primer papa polaco en la historia de la Iglesia, afloran a nuestra memoria algunos recuerdos entrañables. Entre ellos, la histórica fotografía del abrazo del Santo Padre con el primado de Polonia, cardenal Stefan Wyszynski.

Al día siguiente de la solemne ceremonia de inauguración del ministerio de Juan Pablo II, tuvo lugar el encuentro del nuevo Pontífice romano con los obispos, sacerdotes y fieles polacos venidos a Roma. Tras unas palabras de saludo del cardenal Wyszynski, éste se acercó al Papa y se arrodilló para besarle la mano; entonces, el Santo Padre se arrodilló también y abrazó cordialmente a su hermano en el episcopado. Fueron unos instantes de intensa emoción. En su alocución, Juan Pablo II se expresó así:

«Venerable y querido cardenal primado: Permíteme que te diga sencillamente lo que siento. No estaría sobre la Cátedra de Pedro este papa polaco, que hoy lleno de temor de Dios pero también de confianza inicia un nuevo pontificado, si no hubiese sido por tu fe, que no se ha arredrado ante la cárcel y los sufrimientos; si no hubiese sido por tu heroica esperanza y tu ilimitada confianza en la Madre de la Iglesia; si no hubiese existido Jasna Gora y todo el período que abarca tu ministerio de obispo y primado en la historia de la Iglesia de nuestra patria».

Hace 50 años fue arrestado y encarcelado

ESTE juicio del Papa cobra de nuevo actualidad al recordar que la noche del 25 de septiembre de 1953, los servicios de seguridad polacos irrumpieron en el palacio episcopal del cardenal Wyszynski y le trasladaron, sin orden de detención, a un lugar de «aislamiento» obligado donde permaneció durante algo más de tres años. Las poblaciones de Rywald, Stoczek, Prudnik de Silesia y Komancza fueron las estaciones de su «*via crucis*» particular. Durante su reclusión, el Primado escribió unos apuntes para uso personal, que se publicaron después de su muerte, con el título «*Diario de la cárcel*» (Ed. BAC Popular). En sus páginas, junto a la crónica cotidiana, leemos interesantes reflexiones sobre las raíces y la historia reciente de Polonia; el régimen comunista y la misión de la Iglesia... Igualmente, las vivencias espirituales durante su «*camino de cruz*»:

la humildad, el amor a los enemigos, la aceptación plena de la voluntad del Señor, una ardiente esperanza, la ilimitada confianza en la protección maternal de la Reina de Polonia, Madre de Jasna Gora...

El cardenal Stefan Wyszynski había nacido en Zuzela, en 1901. En 1917 ingresó en el seminario de Wloclawek, recibiendo la ordenación sacerdotal en 1924. Tras sus estudios de ciencias socioeconómicas y derecho canónico en la Universidad Católica de Lublin, ejerció el puesto de profesor de ciencias sociales en el seminario mayor de Wloclawek, además de otras actividades. Con la invasión alemana abandonó Wloclawek por orden de su obispo, antes de producirse la segunda ola de detenciones de eclesiásticos. Pasó a la clandestinidad, desarrollando una notable labor como capellán. En diez ocasiones logró escapar de la muerte. Sus compañeros de ordenación o bien murieron en el campo de concentración de Dachau o regresaron casi inválidos.

Terminada la guerra volvió a Wloclawek, pero en 1946, Pío XII le nombró obispo de Lublin. Dos años más tarde, a la muerte del cardenal primado Hlond, pasó a desempeñar una nueva responsabilidad pastoral. Sólo tenía cuarenta y siete años, cuando el Papa le nombró arzobispo de Gniezno y Varsovia y primado de Polonia. Accedió a la sede primada en unas circunstancias históricas difícilísimas: el acceso comunista al poder tras la invasión soviética; la reconstrucción de un país devastado; el traslado de la población de unas zonas a otras a causa de las nuevas fronteras; el regreso de numerosos polacos procedentes de los campos de concentración; los grupos de resistencia en bosques y zonas montañosas que se opusieron al nuevo régimen controlado por los soviets, durante unos dos años...

Trágica situación de la Iglesia polaca tras la segunda guerra mundial

TRAS siglo y medio de una Polonia sojuzgada (1773-1918), el final de la primera guerra mundial, la implantación de la segunda república polaca y sobre todo, la victoria sobre el Ejército Rojo, en la batalla denominada por los polacos el «milagro del Vístula», trajeron a Polonia la recuperación de una libertad siempre anhelada. La Iglesia polaca que había vivido en esclavitud durante esos 150 años

recuperó asimismo su propia libertad y reemprendió las tareas con ánimo renovado: restauración y reconstrucción de templos; organización de nuevas parroquias; creación de escuelas católicas; profesores jóvenes para los seminarios; mejora editorial de la prensa católica... se trataba, en suma, de hacer frente al futuro. Este esfuerzo sólo duró veinte años, a causa del estallido de la segunda guerra mundial.

El cardenal Wyszynski, en su *Diario*, describe las consecuencias: *«Todo nuestro esfuerzo preparatorio se vino abajo, y los seminarios fueron cerrados; en muchas diócesis no hubo ya ordenaciones, al tiempo que informaciones procedentes de los campos de concentración y de las cárceles hablaban a diario del exterminio del clero. La guerra nos dejó tan mutilados que apenas si éramos capaces de sobrevivir. Muchos sacerdotes que salieron con vida de las prisiones nazis volvieron a ingresar, esta vez en las cárceles... polacas».*

Tras el nombramiento de primado, malos presagios se cernían sobre su persona. Su propia familia, los que trabajaban con él, el pueblo, los sacerdotes, los medios episcopales, la propia Santa Sede... todos tenían la impresión de que sería encarcelado, como «víctima de las circunstancias», por el régimen comunista. Leemos en su *Diario*: *«Así las cosas, tenía que moverme en un clima de predestinación a la cárcel. ¿Me dejé impresionar? Subjetivamente, estaba presto a todo. Objetivamente, decidí actuar como si este destino –suponiendo que lo fuera– hubiera de cumplirse lo más tarde posible».*

En su *Diario*, expone el análisis de la situación a la que tenía que hacer frente: *«Desde el primer momento entendí que la Iglesia había ya derramado tanta sangre en cárceles y campos de concentración alemanes, que había que evitar se derramara a la ligera la sangre de los supervivientes. El martirio es una elección altísima, pero Dios conduce a la Iglesia no sólo por las sendas espectaculares del martirio, sino también por las del trabajo apostólico. Y yo tenía para mí que en estos momentos no nos hacían falta ya más mártires y sí un trabajo tenaz. Tan persuadido estaba de ello, que no cesaba de repetírselo siempre y en todo momento al clero».*

La confrontación directa con el nuevo régimen comunista debía evitarse. Las tareas inmediatas de la Iglesia en Polonia eran sobrevivir y revitalizarse. *«Frenar la destrucción espiritual del pueblo y tratar de volver a la normalidad, indispensable para el progreso nacional y la vida de la Iglesia... a fin de estar preparados, había que ganar tiempo y recuperar fuerzas para defender las posiciones de Dios».* Por este motivo, Wyszynski tenía muy claro el objetivo: alcanzar un «modus vivendi» entre el episcopado y el gobierno. *«Convencido como estaba yo de que era posible y además indispensable el matizar algunos puntos capitales para evitarle a la Iglesia el riesgo de un nuevo exterminio acelerado».* En su *Diario* expone la justificación de los motivos, así como las di-

facultades y los pasos dados para la firma de los acuerdos del 14 de abril de 1950: *«Era éste el único medio de presión de que disponíamos, visto que el gobierno, violando la Constitución, había roto el concordato y se negaba a reconocer el derecho canónico».*

Persecución religiosa en la década de los cincuenta

LA Constitución de 1952 decretó la separación de la Iglesia y el Estado, por la que el partido pretendía la subordinación de la Iglesia al Estado. A despecho de los acuerdos, el gobierno «suprimió la mayor parte de las revistas, librerías y ediciones católicas, incluidos los boletines oficiales de las curias diocesanas, y la caridad eclesiástica se paralizó al quedar destruido el sistema hospitalario y el Socorro Católico. Las diferentes instituciones de asistencia social dejaron de existir; se atacó la enseñanza católica; escuelas y otros establecimientos pedagógicos cerraron sus puertas; idéntica suerte se reservó a muchos conventos y centros auxiliares, incluida la enseñanza de orden interno. Los sacerdotes y religiosos detenidos se vieron sometidos a violencias indescriptibles en el curso de los interrogatorios, siendo condenados la mayoría de ellos a penas desproporcionadas. Las cárceles se llenaban de detenidos con hábito o sotana».

En mayo de 1953, se decretó además que el Estado nombraría y eliminaría a obispos y párrocos, exigiendo a todos los sacerdotes un juramento de lealtad a la República Popular Polaca. Los obispos reunidos bajo la presidencia de Wyszynski, denunciaron que ello era intolerable. En un comunicado en defensa de la independencia de la Iglesia, concluían así: *«No se nos permite situar las cosas de Dios en el altar del César. ¡Non possumus!».*

Contando con el apoyo de una asociación de «sacerdotes patrióticos», aliada con Pax, que atacó a los obispos y pidió la dimisión del primado, el gobierno procedió contra el cardenal, pero primero, arrestó al obispo Kaczmarek de Kielce, que fue juzgado y sentenciado a doce años de prisión, tras el clásico juicio estalinista.

La noche del 25 al 26 de septiembre de 1953, con el arresto del primado, comenzaba una nueva etapa para la Iglesia en Polonia. A este propósito, señalará en su *Diario*: *«Pese a que su inmenso aparato fue desbaratado, la Iglesia resistió, sostenida por la vehemente solidaridad de la población católica».*

Acto de sumisión a santa María

EN las crónicas cotidianas de los primeros días del arresto, el 11 de octubre de 1953, fiesta de la Maternidad divina de María, repasa con detalle su relación entrañable con la Madre de Dios. *«El culto a María estaba hondamente arraigado en*

mi familia». Recuerda la devoción mariana de su madre, a quien perdió a temprana edad. Va narrando su relación con la Madre del cielo en las diferentes etapas de su vida: sus tiempos de colegial; la época del seminario; la celebración de las festividades marianas; su ordenación en la capilla de la Virgen de Jasna Gora de la basílica de Włocławek; la primera misa en Czestochowa; su oración ante la imagen de la Virgen durante la guerra... «*De una u otra forma, mi vida seguirá siempre las huellas de María. Todos los acontecimientos importantes de mi existencia han ocurrido en fiestas de la Virgen*».

El 8 de septiembre de 1946, ante la Virgen de Czestochowa, acabadas las penalidades de la guerra, el episcopado consagró Polonia al Corazón Inmaculado de María, siguiendo el ejemplo del Sumo Pontífice Pío XII que había realizado la consagración del mundo en 1942.

En la soledad de su cautiverio, apoyado en esta devoción mariana tan arraigada en el pueblo polaco, el cardenal Wyszynski formuló su acto personal de consagración o esclavitud mariana, conforme al espíritu de san Luis M^a Grignion de Montfort. Impedido en el ejercicio de su responsabilidad pastoral, enfrentado tanto al sufrimiento de su propio «*via crucis*» como a las incertidumbres que el futuro hacía presagiar para su grey, este acto marcará de un modo indeleble la etapa de su cautiverio así como su futura trayectoria episcopal, en bien de la Iglesia de Polonia y de la Iglesia universal.

Leemos en su *Diario*, en la fecha del 8 de diciembre de 1953:

«Hace tres semanas que me preparo para este día. Siguiendo las indicaciones del beato Luis-María Grignion de Montfort («Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen»), me entrego a Cristo, por mediación de mi mejor Madre, como esclavo. Veo la gracia del día en que el Señor me haya concedido tiempo suficiente para llevar a cabo esta ardiente obra. He decidido consagrar a la sagrada Maternidad la primera parroquia que haya de erigir».

Tricentenario del «Diluvio» de Jasna Gora

EN la historia reciente de los polacos, 1955 fue el año de una celebración importante: el tricentenario de la defensa de Jasna Gora frente a la invasión sueca. Trescientos años antes, en 1655, a las afueras de Czestochowa, bajo las órdenes del prior Kordecki, el monasterio de los padres paulinos resistió heroicamente el asedio sueco y rechazó el cerco. La tradición atribuye esta inesperada victoria al poder del cuadro milagroso de la Virgen Santísima. La defensa de Jasna Gora fue una señal para el levantamiento de los polacos contra la opresión sueca.

El cardenal Wyszynski revivió este tricentenario de profunda significación, en su encierro forzoso, confiando sus plegarias y sufrimientos a la Reina de

Polonia. En su *Diario*, refleja el paralelismo entre la situación de 1655 y los problemas de trescientos años después: «*La victoria de ayer no es más que un signo palpable de la gracia otorgada a la nación. Actualmente llamamos a Dios, a María y a las conciencias para proteger el alma cristiana de la nación, pues estamos ante una batalla que exige más heroísmo que si se tratara de hacer frente a un enemigo exterior. ¡Es tan difícil librar combate contra sí mismo! Hoy más que nunca, necesitamos a la Madre victoriosa, dispensadora de gracias; tomar Jasna Gora es alcanzar una victoria sobre sí mismo*».

Y proclama una esperanza sin límites, a pesar de las dificultades del momento: «*La grey que resistió hace trescientos años sobrevivirá. En nuestros días, la defensa de Jasna Gora está en la defensa del espíritu cristiano, de la cultura nacional y de nuestras almas, unidas en el Sagrado Corazón y en la defensa de la libertad del hombre, hambriento de creer en Dios más que en los hombres, cuando no de creer en los hombres según la voluntad de Dios*».

Su espíritu recibe un alentador consuelo: «*El primado encerrado ignoraba hasta ahora que velaban por él día y noche en Jasna Gora y que se dicen centenares de misas por él en todo el país entero*», escrito con fecha 29 de mayo de 1955, en su *Diario*.

A finales de 1955 se encuentra en su cuarta etapa de cautiverio: en el convento de las hermanas nazarenas de Komancza, en régimen de prisión atenuada. Puede leer periódicos y recibe algunas visitas, pero permanece la prohibición de abandonar la población, de ejercer funciones eclesiásticas y de realizar manifestaciones públicas. Escribe a su padre: «*...Estaba y sigo estando convencido de que mi prueba era necesaria para la Iglesia y su gloria. Es propio del sufrimiento conmover las conciencias más que el mejor sermón. Yo no tenía más remedio que estar callado, pero Dios hablaba por mí. Estaba y sigo estando persuadido de que mi situación actual, en lugar de perjudicar a la Iglesia, le hará un bien; un bien que sólo el Espíritu Santo, sometiéndola a pruebas, le puede procurar...*»

Los Juramentos de Jasna Gora

EL 1 de abril de 1656, en la catedral de Lwow, el rey Juan Casimiro, tras la invasión sueca, se comprometió con juramento a redoblar sus esfuerzos «*para hacer justicia al pueblo y librarle de toda opresión*» y proclamó a la Madre de Dios, Reina de Polonia. Mientras el régimen comunista intentaba atenuar esta celebración, el cardenal Wyszynski en su destierro redactó los Juramentos de Jasna Gora al tiempo que elaboraba la novena mayor, el programa de preparación moral de la nación para la celebración del milenario del bautismo de Polonia en 1966.

El 6 de agosto se unió «espiritualmente» a la peregrinación que ese día salía de Varsovia, camino de la colina de Jasna Gora, y el 26 de agosto de 1956, fiesta de la Virgen de Czestochowa, un miembro del episcopado, en su nombre, depositó a los pies de la Virgen el texto de los Juramentos escritos por el «Primado de María»; como así comenzaban a llamarle.

En su *Diario*, leemos en esa fecha: «*Reina del mundo, Reina de Polonia, yo soy tu esclavo... ¡He aquí tu ascendencia sobre mí! He hecho todo lo que he podido por ensalzarte; el 16 de marzo preparé el texto de los Juramentos y redacté las plegarias de adoración para los sacerdotes, la juventud, los maridos y las madres. ¡Mis palabras ocuparán mi puesto ante el pueblo polaco! Y yo, en medio de mi soledad, intervendré a favor de tus fieles. He rogado al Señor por esta exaltación tuya. Y he querido pagar su precio con mi ausencia. Me llena de gozo que la Reina del cielo y de Polonia sea hoy engrandecida en Jasna Gora. Ya estoy calmado... Se ha cumplido una obra gigantesca... Que sirva de sustento a la nación*».

Más de un millón y medio de personas, procedentes de todos los lugares del país, acudieron ese día a la peregrinación nacional al santuario de Nuestra Señora de Czestochowa.

De nuevo en libertad: regreso a la sede primada

DESAPARECIDO Stalin en 1953, continuó gobernando Polonia un incondicional servidor de los soviéticos, Boleslaw Bierut. A él se atribuye la responsabilidad principal de la instalación del comunismo en Polonia y del encarcelamiento del primado. En febrero de 1956, la intervención de Nikita Krushev ante el XX Congreso del Partido, en Moscú, denunciando el «culto a la personalidad» supuso el final de la época estalinista. Bierut murió repentinamente en Moscú, mientras asistía al Congreso. El cambio de orientación en la política del partido trajo consigo la libertad de Wladislaw Gomulka que, a los pocos meses, en octubre, fue designado secretario general. Ante los cambios, el cardenal Wyszynski deja la siguiente reflexión en su *Diario*: «*¡Qué rápidamente sobreviene el crepúsculo de los dioses fabricados por los hombres! ¡Y ante estos dioscecillos de paso iba a inclinarse el Dios vivo, para el que no hay lugar en el Estado marxista, pero que permanece «siempre el mismo, ayer, hoy y mañana»?*»

El 28 de junio de 1956 se produjeron graves sucesos en Poznan que, según datos oficiales, ocasionaron 53 muertos y más de 300 heridos. El origen de los disturbios fue una manifestación de obreros, en principio pacífica, pidiendo un aumento de salarios y la devolución de impuestos. La policía abrió fuego contra los manifestantes; éstos hicieron uso de las armas que tenían en su poder y el ejército intervino para restablecer el orden. En otras zonas industriales

también se produjo una gran agitación y el Partido tuvo que ceder.

Ante el temor a una intervención soviética y tras la demostración de profunda religiosidad y adhesión católica mostrada por el pueblo polaco el 26 de agosto, en Czestochowa, el recién nombrado Gomulka decidió poner en libertad al cardenal Wyszynski, con el fin de alcanzar la paz social. Tras la promesa del régimen comunista de devolver sus derechos a la Iglesia y reparar los daños y perjuicios sufridos por ella, el día 28 de octubre de 1956, solemnidad de Cristo Rey, el Primado hizo su primera aparición pública en Varsovia tras el cautiverio.

Asimismo, las negociaciones de una comisión para el estudio de las relaciones entre la Iglesia y el Estado cristalizaron en un nuevo acuerdo el 8 de diciembre siguiente. Antes de finalizar el año, regresaron a sus diócesis todos los obispos anteriormente depuestos y encarcelados por el gobierno.

«Soli Deo», su lema episcopal

AL cumplirse el 50º aniversario de aquel atropello contra la Iglesia, sólo se pretende recordar las circunstancias históricas, el pensamiento y la actitud del cardenal Wyszynski durante su encarcelamiento. Un estudio más completo y detallado de su labor como primado de la Iglesia polaca, en un largo servicio episcopal de treinta y tres años, no puede ser objeto de un artículo.

Sólo cabe nombrar los hechos de enorme trascendencia posteriores a su liberación: la gran novena, de nueve años, como preparación al milenio del bautismo de Polonia; los ataques del régimen de Gomulka contra la Iglesia; la participación de los obispos que obtuvieron el visado en las sesiones del Concilio Vaticano II; la proclamación de María, Madre de la Iglesia, por el papa Pablo VI, a iniciativa del episcopado polaco; la carta de los obispos polacos a los obispos alemanes; la celebración del milenario del bautismo de Polonia, el 3 de mayo de 1966, con el acto de total esclavitud a la Madre de Dios, por la libertad de la Iglesia en Polonia y en todo el mundo, pronunciado por el Primado (debido a las restricciones del régimen, Pablo VI no pudo viajar a Polonia); los trágicos sucesos de Gdansk, con la intervención del cardenal primado para aplacar a la población y evitar nuevos derramamientos de sangre (se produjo la caída de Gomulka); la elección de Juan Pablo II; la primera visita del papa polaco a su país natal; el sindicato Solidaridad...

«*Soli Deo*», fue el lema episcopal del cardenal Wyszynski. Esclavo de la Madre de Dios, muy consciente de su propia indignidad, como confiesa en su *Diario*, llevó adelante la obra que Cristo, Redentor y Salvador, le había encomendado. El cardenal Wyszynski falleció el 28 de mayo de 1981, festividad de la Ascensión del Señor.

Los inescrutables caminos del Señor

EL Espíritu Santo suscita sin cesar en la Iglesia nuevos modelos de santidad. En la historia reciente de Polonia, san Maximiliano Kolbe, santa Faustina Kowalska, entre otros santos. Ellos interceden ante Dios y con sus carismas irradian a todos los fieles. Son los frutos de santidad que ofrece la Iglesia polaca a la Iglesia universal.

El juicio sobre la santidad de Stefan Wyszyński lo establecerá el procedimiento canónico abierto, pero quien se acerca a la figura del primado del milenio puede apreciar que, sin las virtudes de prudencia y fortaleza que practicó, apoyado en una confianza ilimitada en María, la historia reciente de Polonia hubiera seguido posiblemente otros derroteros y no estaría hoy, en la Sede de Pedro, un papa eslavo. El augurio que realizó el cardenal Wyszyński a Juan Pablo II, tras la elección, se ha cumplido: «Dios te ha elegido para introducir a la Iglesia en el tercer milenio».

Jesucristo es Señor de la historia y del mundo, por lo que nada escapa a su Providencia. Al considerar la elección que sorprendió al mundo entero, hace veinticinco años, y el desarrollo de uno de los pontificados más largos en la historia de la Iglesia, uno podría preguntarse si el Señor en sus designios ha asignado, tal vez, un papel providencial a la Iglesia y a la nación polaca, en estos tiempos difíciles de descristianización. No existe la suficiente perspectiva todavía de un pontificado inconcluso, ni tampoco conocemos el futuro, pero desde una visión teológica de la historia cabría plantearse la pregunta.

Para contestarla, deben hacerse muchas consideraciones. A modo de sugerencia, se enuncian de forma breve algunas de ellas.

Polonia es un país eslavo, situado en el corazón de Europa, en una encrucijada de caminos, etnias y culturas. Su situación, en el centro de Europa, es para los polacos un asunto histórico y cultural además de geográfico. Por otra parte, su carácter de país eslavo viene marcado por la singularidad de la utilización del alfabeto latino, en lugar del cirílico, lo que muestra su constante contacto con Occidente.

Ninguna de las conexiones con Occidente es tan fuerte como su vínculo con la Iglesia católica romana. Al producirse el bautismo del príncipe Piast Mieszko I, en el año 966, se elige la cristiandad latina, en lugar de la oriental, y este hecho marca la historia de Polonia durante su primer milenio cristiano. Los polacos son católicos romanos y por ello, constituyen un puente entre las dos mitades o «pulmones» de Europa.

Por su situación geográfica y orografía, las llanuras polacas han sido objeto de invasión por países ve-

cinos de mayor envergadura, principalmente por los germanos del oeste, y por los rusos del este. Salvo la época de mayor extensión y esplendor, que se corresponde con los siglos xv a xvii, el país ha sufrido grandes tribulaciones. Después de su desaparición como estado durante siglo y medio, a finales del siglo xviii, y tras los fracasados levantamientos del siglo xix, viene el periodo de mayor sufrimiento para esta nación mártir. Padece las nefastas consecuencias de los dos totalitarismos de la época contemporánea como ninguna otra nación. El nazismo trató de borrar a Polonia del mapa europeo y el comunismo soviético pretendió «robar» su alma católica para hacerla atea. Ante estas dos fuerzas descomunales, fueron numerosos los mártires que dieron testimonio de su fe.

Por último, hay que considerar la fe del pueblo polaco y su religiosidad. Los avatares de su historia han estrechado los vínculos de amor entre el pueblo polaco y la Madre de Dios. En su historia se ha dejado sentir la protección maternal de la Soberana del cielo y los fieles han correspondido a su amor, proclamándola Reina de Polonia. La Virgen Negra de Czestochowa se ha convertido en un punto de referencia para todos los polacos y a sus pies se ha acrecentado la unión de los católicos, como se mostró fuerte la unidad de los obispos, sacerdotes y fieles polacos, en la época peor de la persecución comunista. Dice san Luis M^a Grignon de Montfort: «*Si, pues, es cierto como lo es, que el conocimiento y reinado de Jesucristo ha de venir al mundo, esto no será sino como consecuencia necesaria del conocimiento y del reinado de la Santísima Virgen María, que lo trajo al mundo la primera vez y lo hará triunfar la segunda*». La devoción mariana del pueblo polaco es preanuncio de tiempos mejores.

Cuando se producen las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque, el mensaje del Amor Misericordioso de Dios es acogido con prontitud y fervor en Polonia. En 1765, el papa Clemente XIII concede el oficio y misa del Sagrado Corazón de Jesús al reino de Polonia, a petición de los obispos polacos. Esta devoción deja huella en la vida religiosa polaca, produciendo frutos de santidad. No es una casualidad que la mensajera de la Divina Misericordia en la época contemporánea, santa Faustina Kowalska, sea una hija de Polonia y que el Papa consagrara el mundo a la Divina Misericordia, el año pasado, en su visita a Polonia, inaugurando el santuario de la Misericordia Divina en Lagiewniki.

En tierras polacas, también ha tenido una amplia difusión la devoción al patriarca san José, proclamado por el beato Pío IX, patrono de la Iglesia universal.

Polonia, semper fidelis.



Pequeñas lecciones de historia

América: dos ejemplos de colonización

GERARDO MANRESA

LA norma moral de un individuo y de una sociedad viene marcada por la religión que practican y esto se observa de una forma clara en la actuación de los países que colonizaron y educaron América. Esta colonización fue realizada, por un lado, por los reyes de las Españas, por recomendación y encargo de la Iglesia, según la bula del papa Alejandro VI *Inter cetera*, de mayo de 1493, y, por otro lado, los reyes de Inglaterra, cuya confesión religiosa era la anglicana, aunque la confesión de la mayoría de los colonizadores era la presbiteriana.

Durante muchos años hemos oído hablar barbaridades de la colonización española, pero los documentos escritos y, sobre todo, la comprobación de la realidad nos dicen que no fue así, aunque tampoco se puede negar que hubiera abusos en el trato a los indígenas. Los reyes de España, desde el primer momento, obligaron a considerar a los indios como personas de la misma dignidad que los españoles que allí iban y decretaron leyes para su protección y defensa. De ello se encargaron las *encomiendas*. Éstas eran como investiduras feudales que apenas daban propiedad sobre la tierra, únicamente eran el sistema de gobierno y protección para los indios. Los españoles únicamente podían tener propiedades en las zonas no habitadas o en las antiguas propiedades que los reyes, anteriores a la conquista, se habían adjudicado. De tal forma esto era así que prácticamente los españoles no podían vivir en los poblados indios. Hernán Cortés sufrió también las consecuencias de tomar propiedades indias. En su testamento mandó devolver a los indios, con daños e intereses, tierras que no le pertenecían y que había donado para hacer un hospital.

En tiempos de la encomienda, la propiedad india «cubre la totalidad del territorio, mientras la propiedad de la encomienda o tierras compradas por los españoles a los indios apenas tiene importancia». La mayor parte de los españoles vivían en ciudades, mientras que los poblados indios conservaban todas sus casas, sus propiedades y sus tradiciones.

Aunque parezca mentira, los españoles que fueron a las Indias eran pocos; desde 1509 hasta 1559, llegaron a las Indias 27.787 personas, desde Florida hasta el estrecho de Magallanes, es decir, ¡500 personas por año! La América española no fue una colonia de repoblación hasta que dejó de ser española, a comienzos del siglo XIX, porque la incertidumbre del éxito financiero de los colonos, bloqueados por la protección legal a los indios era demasiado grande. El

retraso económico de la América española está ligado a esta misma realidad y al carácter de los nativos, un poco apáticos, que no les incitaba a una actividad intensa.

Así pasaron de un régimen de protección y suave dominio, que dejaba a los europeos un margen de iniciativa casi nulo con las encomiendas, a la hacienda de explotación servil, que implantaron los que se independizaron de la soberanía española y sometieron a los indios a su servicio. Así se inició en la América hispánica una colonización similar a la que los sureños anglosajones estaban llevando a cabo en el norte.

Octavio Paz, historiador mexicano nada propenso al españolismo, señalaba en 1974 que «desde la segunda mitad del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII, la Nueva España fue una sociedad estable, pacífica y próspera». Ello no quiere decir que no se cometieran abusos, pero la ley establecida por los reyes de España y suavizada por la Iglesia católica no los permitía.

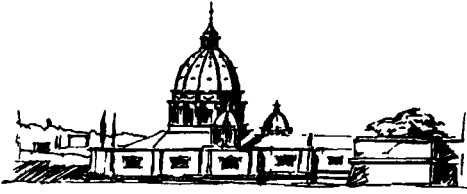
La otra forma de colonizar, basada en la ética calvinista, según la cual los elegidos del Señor son aquellos a los que les van bien las cosas en esta vida, fue la llevada a cabo por los anglosajones en la conquista del oeste de América del Norte.

El gobierno de los Estados Unidos se consideró propietario de todas las tierras del Oeste americano y animó a sus habitantes para que fueran a su explotación. Las tierras conquistadas, sin tener en cuenta a sus propietarios, eran vendidas al conquistador de las mismas por un dólar por cada acre. El éxito financiero de los colonos estaba garantizado. Sólo era necesario sacar a los indígenas de sus posesiones y en esto el ejército apoyaría a los colonos. De esta forma se formó la famosa frase yanqui que reinó en aquellas tierras: *el buen indio es el indio muerto*. Así se hizo la tan famosa conquista del Oeste.

La realidad de la limpieza étnica que se efectuó en esta conquista puede medirse comparando la población mestiza que hay en las dos Américas colonizadas, la hispana y la inglesa: en la hispana más del 90 % de la población es mestiza, mientras que en la inglesa apenas llega al 10 % y aún reunidos en reservas.

¡Quizás la mala fama de la colonización hispana la hayan hecho correr los anglosajones para evitar críticas a la suya!

La historia puede tergiversarse, pero si se acude a los hechos y a sus consecuencias reales, la verdad siempre triunfa.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Juan Pablo II recuerda a los jesuitas el vínculo especial que les une al Papa

JUAN Pablo II ha recordado que la Compañía de Jesús y la Sede de Pedro están unidas de manera especial. Así lo ha querido recordar en un mensaje dirigido al prepósito general de la Compañía de Jesús, Peter-Hans Kolvenbach, con motivo de la 69 «Congregación de procuradores», que tiene lugar estos días en Loyola, cuna de su fundador, san Ignacio.

Dirigiéndose a los jesuitas reunidos para decidir si convocarán una nueva congregación general (la máxima convocatoria de jesuitas) y para revisar el papel de la Compañía en el mundo de hoy, el Papa les dice: «Es ésta una ocasión oportuna para mejor descubrir, partiendo de sus orígenes, el “carisma” que os liga íntimamente a la Sede de Pedro».

«La inspiración de san Ignacio, de promover “una mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica” conserva todavía su pleno valor en este comienzo del tercer milenio», afirma.

«Debéis ser testigos y operarios, en todas las partes del mundo, de la catolicidad de la Iglesia, que es el sacramento de Cristo en medio de los hombres», afirma el Papa.

Las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús llegan a España

CONTINUANDO santa Teresita con su promesa de pasar su cielo haciendo el bien en la tierra, ha empezado ya a derramar una nueva lluvia de rosas sobre España a través del viaje que durante los próximos cuatro meses, hasta el 21 de diciembre, realizarán sus reliquias por todo nuestro país.

Las reliquias de la Santita de Lisieux llegaron en avión a Madrid el pasado 4 de septiembre y fueron recibidas por una pequeña comitiva integrada por autoridades civiles y religiosas, por el cuadro de honor de la Policía nacional y unos cuantos fieles devotos españoles y franceses, que dieron la bienvenida a la Santa con un sencillo pero emotivo acto de acogida en la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe del aeropuerto.

Durante estos cuatro próximos meses, las reliquias peregrinarán por 150 localidades españolas correspondientes a 51 diócesis del país (Ávila, Orense, Santiago, Mondoñedo, Oviedo, León, Zamora, Valladolid, Palencia, Burgos, Vitoria, Bilbao, San Sebastián, Pamplona, Logroño, Tarazona, Teruel, Soria, Sigüenza, Madrid, Alcalá, Getafe, Toledo, Cuenca, Albacete, Ciudad Real, Segovia, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Coria, Plasencia, Badajoz, Córdoba, Sevilla, Jerez, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén, Murcia, Alicante, Valencia, Castellón, Huesca, Zaragoza, Monzón, Tarragona, Barcelona, Palma de Mallorca, Vic, Lleida), principalmente monasterios de carmelitas, catedrales y parroquias dedicadas a la Santa. (En las páginas 37-39 publicamos el calendario completo del itinerario de las reliquias.)

«Estamos seguros –afirmó la Conferencia Episcopal– de que la presencia entre nosotros de las reliquias de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz impulsará con fuerza la obra de la nueva evangelización; nos anunciará de nuevo la buena noticia de la misericordia divina; transmitirá a los jóvenes la sabiduría del Evangelio; renovará en los mayores el ardor primero de su bautismo; animará a los consagrados a profundizar en el seguimiento cercano de Cristo y a todos nos recordará lo único necesario: “amar al Señor y hacerlo amar”».

Multitudinaria peregrinación en la «Ciudad de María» de Pakistán

LA peregrinación anual al santuario de Mariamabad (Ciudad de María), situado a 95 kilómetros al sur de la capital regional Lahore, en el Punjab, celebrada entre el 5 y el 7 de septiembre, reunió este año a más de medio millón de fieles en uno de los acontecimientos más importantes de la comunidad católica de Pakistán.

Fieles de todas las edades, sacerdotes, religiosos y familias de todo el país, se dirigen a pie, en bicicleta, en coche o en transporte público al Santuario, fundado en 1949 por el padre Frank, capuchino de origen belga que murió mártir. Van orando durante varios días, pidiendo a Nuestra Señora gracias especiales y acercándose al sacramento de la Penitencia.

Nuevo inicio de la Iglesia en Mongolia

CON motivo de la ordenación del primer obispo de Mongolia, monseñor Wenceslaw Padilla, y la bendición de la catedral de Ulan-Bator, dedicada a los santos Pedro y Pablo, la Iglesia de este país, constituida por unos escasos 200 católicos sobre un total de 2.600.000 habitantes, ha recibido un nuevo impulso.

En estos momentos en Mongolia hay una sola parroquia, 9 sacerdotes y 17 religiosas (entre ellas misioneras de la Madre Teresa de Calcuta), 5 centros educativos y un instituto de beneficencia.

Con el nombramiento de monseñor Padilla, religioso de la Congregación del Corazón Inmaculado de María de origen filipino, y la inauguración de la catedral, «se consolida –en palabras de Juan Pablo II– el edificio espiritual constituido por el «pequeño rebaño» de una joven Iglesia misionera que crece con confianza, apoyada por la fuerza renovadora del Espíritu Santo».

«Consideraciones acerca de los proyectos de reconocimiento legal de las uniones entre personas homosexuales»

ESTE es el título del documento recientemente publicado por la Congregación para la Doctrina de la Fe, con el mandato expreso de Juan Pablo II, en relación a la actitud y el sentir de la Iglesia respecto a las uniones entre homosexuales.

Sin contener nuevos elementos doctrinales, el texto «pretende recordar los puntos esenciales inherentes al problema del ordenamiento jurídico de las uniones homosexuales, presentar algunas argumentaciones de carácter racional, útiles para la elaboración de pronunciamientos más específicos por parte de los obispos, según las situaciones particulares en las diferentes regiones del mundo, para proteger y promover la dignidad del matrimonio, fundamento de la familia, y la solidez de la sociedad, de la cual esta institución es parte constitutiva» e «iluminar la actividad de los políticos católicos».

«Puesto que es una materia que atañe a la ley moral natural, las *Consideraciones* se proponen no solamente a los creyentes sino también a todas las personas comprometidas en la promoción y la defensa del bien común de la sociedad».

El documento se articula en puntos:

1. Naturaleza y características irrenunciables del matrimonio
2. Actitudes ante el problema de las uniones homosexuales

3. Argumentaciones racionales contra el reconocimiento legal de las uniones homosexuales

4. Comportamiento de los políticos católicos ante legislaciones favorables a las uniones homosexuales.

El documento concluye afirmando que «el respeto hacia las personas homosexuales no puede en modo alguno llevar a la aprobación del comportamiento homosexual ni a la legalización de las uniones homosexuales. El bien común exige que las leyes reconozcan, favorezcan y protejan la unión matrimonial como base de la familia, célula primaria de la sociedad. Reconocer legalmente las uniones homosexuales o equipararlas al matrimonio, significaría no solamente aprobar un comportamiento desviado y convertirlo en un modelo para la sociedad actual, sino también ofuscar valores fundamentales que pertenecen al patrimonio común de la humanidad. La Iglesia no puede dejar de defender tales valores, para el bien de los hombres y de toda la sociedad».

Centenario de la elección papal de san Pío X

EL pasado 4 de agosto la tierra natal del cardenal Giuseppe Sarto, la región de Riese, inició las celebraciones del centenario de la elevación al solio pontificio del último papa proclamado santo, conmemoración que se prolongó hasta el día 21 de agosto, fiesta litúrgica de san Pío X, en que el arzobispo de Turín, monseñor Severino Poletto, presidió la misa de clausura de dichos actos.

No hay amor más grande que el que da la vida por el prójimo

EL padre Stefano Gorzegno, párroco de Boiano (Italia), había organizado una excursión a Termoli con cincuenta muchachos de su parroquia. Llenos de entusiasmo y animados por el atractivo del mar, los muchachos se lanzaron al agua a darse un baño.

Sin embargo, una fuerte corriente alejó a siete niños de la costa y les impedía una y otra vez volver a ella. Percatado el sacerdote de lo extremo de la situación, el padre Stefano se lanzó inmediatamente al agua para ayudarles, logrando rescatar a todos ellos.

Sin embargo, agotado por la fatiga y el esfuerzo realizado, don Stefano entregó su alma a Dios, heroica conclusión de una vida de sacerdocio entregada por amor a los hermanos.

ITINERARIO DE LAS RELIQUIAS DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS POR ESPAÑA

SEPTIEMBRE

Jueves 4. Lisieux-París-Madrid. Llegada a las 13.50 en el vuelo IB 3435. Veneración en la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe de la terminal 1 del aeropuerto hasta las 17.00. A las 19.00 Ceremonia de acogida de las reliquias y dormir en S. José de Ávila.

Viernes 5. S. José de Ávila. 9.00. Laudes. 10.30. Rosario con santa Teresita. 12.00. Ángelus. 17.00. Encuentro de oración. 19.00. Misa solemne presidida por el Sr. Nuncio y cantada por los PP. Benedictinos del Valle de los Caídos. 21.30. Vigilia de oración para los jóvenes.

Sábado 6. A las 8.00 procesión a La Santa. Misa a las 9.00 y a las 11.30. A las 15.30 recepción en La Encarnación. A las 18.00 Concierto orante. A las 20.00 Misa. A las 22.00 Vigilia de la Adoración nocturna.

Domingo 7. Por la mañana procesión a la Catedral y Misa pontifical. A las 17.30 recepción en las o.c.d. de Arenas de San Pedro. A las 19.30 Misa solemne en la parroquia. Noche en las o.c.d. Misa de despedida a las 7.30 del 8.

Lunes 8. A las 10.30 Misa en la parroquia de Fontiveros. Veneración en las o. carm. hasta las 17.00. A las 17.30 recepción en las o.c.d. de Duruelo. Vísperas a las 18.30. Misa a las 19.00. A las 23.00 oficio de vigilia. Misa de despedida a las 8.00 del día 9.

Martes 9. De 9.00 a 14.00 en las o.c.d. de Mancera de Abajo. De 14.30 a 19.15 en las o.c.d. de Peñaranda de Bracamonte. Desde las 20.00 y dormir en las o.c.d. de Salamanca (Cabrerizos). Misa a las 8.00 del día 10. Despedida a las 9 del 10.

Miércoles 10. De 13 a 15.30 en las o.c.d. de Orense. De 16.00 a 17.00 en la parroquia Santa Teresita de Orense. A las 19 recepción en las o.c.d. de Santiago. A las 20.00 Eucaristía. A las 21.30 Vigilia de oración.

Jueves 11. A las 10.00 recepción, laudes y Misa capitular en la catedral de Santiago. A las 12.00 Misa del peregrino. A las 13.00 Vigilia de oración por Europa. A las 18.00 regreso a las o.c.d. A las 19.00 Vísperas en el Carmelo. Misa de despedida a las 8.15 del 12.

Viernes 12. A las 10.30 recepción en Colegiata de La Coruña. A las 11.00 Misa y veneración. A las 16.30 recepción en las o.c.d. de La Coruña. Encuentro de oración. Misa solemne a las 19.00. Salida a las 9.00 del 13.

Sábado 13. A las 10.00 en la Concatedral de El Ferrol. Visita a las Esclavas de El Ferrol. A las 13.00 en la iglesia parroquial de Ortigueira. A las 14.30 en las Dominicas de Viveiro. A las 16.30 en las Concepcionistas de Viveiro. Visita a las Concepcionistas de Mondoñedo. A las 19.30 Eucaristía en la catedral de Mondoñedo. A las 22.00. Vigilia de oración en las Clarisas de Ribadeo. Salida a las 5.00 del 14.



Domingo 14. De 7.30 a 8.30 en las o.c.d. de Gijón. De 9.00 a 10.00 en las o.c.d. de Oviedo. A las 11.30 recepción la catedral de León. Misa solemne a las 12.00. Veneración en la catedral. Dormir en las o.c.d. de León.

Lunes 15. Mañana en Ntra. Sra. del Camino de León. Tarde y dormir en las o.c.d. de Grajal de Campos. Salida a las 8.00 del 16.

Martes 16. A las 10.00 recepción en la catedral de Zamora. S. Ildefonso. Dormir en las o.c.d. de Zamora. Misa a las 8.00. Despedida a las 9.00 del 17.

Miércoles 17. Desde las 9.30 en las o.c.d. de Toro. Salir a las 17.00. De 17.30 a 18.30 en Tordesillas. Desde las 19.15 en las o.c.d. de Valladolid, donde duermen.

Jueves 18. Mañana en Valladolid (hasta las 15.00). Desde las 16.00 y dormir en las o.c.d. de Palencia.

Viernes 19. Mañana en catedral de Palencia. Tarde y dormir en las o.c.d. de Carrión.

Sábado 20. Día en los o.c.d. de Burgos. Dormir en las o.c.d. de Burgos.

Domingo 21. Mañana en la catedral de Burgos (proce- sión desde las o.c.d., Misa presidida por el cardenal Rouco y retransmitida por TVE). De 13.30 a 16 en las o.c.d. de Lerma. Desde las 16.30 y dormir en los o.c.d. de Burgos.

Lunes 22. Mañana en los o.c.d. de Vitoria. Tarde y dormir en las o.c.d. de Vitoria.

Martes 23. Mañana en las o.c.d. de Murguía. Tarde y dormir en las o.c.d. de Orduña.

Miércoles 24. Mañana en los o.c.d. de Bilbao. Tarde en la catedral de Bilbao. Dormir en las o.c.d. de Getxo.

Jueves 25. Mañana en los o.c.d. de Larrea-Amorebieta. Tarde y dormir en las o.c.d. de Durango.

Viernes 26. Mañana en los o.c.d. de Marquina. Tarde y dormir en las o.c.d. de Zarauz.

Sábado 27. Mañana en las o.c.d. de Zarauz. Tarde y dormir en las o.c.d. de Fuenterrabía.

- Domingo 28.** Mañana en los o.c.d. de San Sebastián. Tarde y dormir en las o.c.d. de San Sebastián.
- Lunes 29.** Mañana en las o.c.d. de Donamaría. Tarde en las o.c.d. de Lizaso. Dormir en las o.c.d. de Pamplona (Salsipuedes).
- Martes 30.** Mañana en los o.c.d. de Pamplona. Visita a Javier. Tarde y dormir en las o.c.d. de Pamplona (Echevacoiz).

OCTUBRE

- Miércoles 1.** Mañana en parroquia Sta. Teresita de Logroño. Tarde en los o.c.d. de Logroño. Dormir en las o.c.d. de Logroño.
- Jueves 2.** Mañana en las o.c.d. de Tricio. Tarde en los o.c.d. de Calahorra. Dormir en las o.c.d. de Calahorra.
- Viernes 3.** Mañana en los o.c.d. de Villafranca de Navarra. Tarde en los o.c.d. de Corella. Dormir en las o.c.d. de Corella. Salida a las 9.00 del 4.
- Sábado 4.** De 10 a 12 en las o.c.d. de Cabretón. A las 13.00 en San Francisco de Tarazona. Tarde y dormir en las o.c.d. de Tarazona. Salida a las 9.00 del 5.
- Domingo 5.** De 10.00 a 14.00 en la parroquia de San Juan el Real de Calatayud. Tarde y dormir en las o.c.d. de Maluenda. Salida a las 9.00 del 6.
- Lunes 6.** De 10.00 a 11.30 en las dominicas de Daroca (Zaragoza). A las 13.00 recepción en las o.c.d. de Teruel. A las 19.00 Misa en la catedral. A las 20.00 rosario misionero por las calles de la ciudad. De 22.00 a 24.00 Encuentro de oración en las o.c.d.
- Martes 7.** Desde las 8.30 visita de niños y jóvenes de colegios cada media hora. A las 12.00 Eucaristía de despedida. Salida a las 13.00. De 16.00 a 17.00 en las clarisas de Soria. Desde las 17.30 y dormir en las o.c.d. de Soria.
- Miércoles 8.** Mañana en las clarisas de Sigüenza. Tarde y dormir en las o.c.d. de Iriépal.
- Jueves 9.** Día y dormir en las o.c.d. de Guadalajara.
- Viernes 10.** A las 8.30 salida de Guadalajara. A las 10.00 recepción en la catedral de la Almudena de Madrid. Tiempo para la veneración. A las 20.00 Concelebración presidida por el Emmo. Sr. Cardenal-Arzbispo. A las 22.00 Salida para las o.c.d. de la calle Ponzano, donde pasa la noche.
- Sábado 11.** A las 9.00 Eucaristía en las o.c.d. de la calle Ponzano. A las 16.00 despedida. A las 17.00 recepción en las o.c.d. de la calle General Aranz, donde pasan la tarde y noche. A las 19.00 Eucaristía en el monasterio de la calle General Aranz.
- Domingo 12.** A las 8.00 despedida de la calle General Aranz. A las 9.00 recepción en los o.c.d. de la Plaza de España. A las 11.30 Eucaristía. A las 13.00 despedida. A las 14.00 recepción en las o.c.d. de Príncipe de Vergara. A las 17.00 Eucaristía. A las 18.30 despedida. A las 19.00 Eucaristía en francés en la parroquia de S. Luis de los Franceses. A las 20.30 despedida. A las 21.30 recepción en las o.c.d. de Aravaca, donde pasan la noche.
- Lunes 13.** A las 9.00 Eucaristía en las o.c.d. de Aravaca. A las 13.00 despedida. A las 14.00 recepción en las o.c.d. de San Lorenzo de El Escorial, donde pasan la tarde y noche. A las 19.00 Eucaristía.

- Martes 14.** A las 8.00 despedida. A las 9.30 recepción en las o.c.d. de Alcalá (Corpus Christi). Tarde en la catedral de Alcalá. Dormir en las o.c.d. de Alcalá (Purísima Concepción).
- Miércoles 15.** Mañana en las o.c.d. de Alcalá (Purísima Concepción). Tarde y dormir en las o.c.d. de Loeches.
- Jueves 16.** Mañana en las o.c.d. de Boadilla del Monte. Tarde y dormir en las o.c.d. de La Aldehuela.
- Viernes 17.** Día y dormir en las o.c.d. de El Cerro de los Ángeles (Getafe).
- Sábado 18.** Basílica de Ntra. Sra. del Prado de Talavera (Toledo). Dormir en las o.c.d. de Talavera.
- Domingo 19.** Mañana en la catedral de Toledo. Tarde y dormir en las o.c.d. de Toledo.
- Lunes 20.** Mañana en los o.c.d. de Toledo. Dormir en las o.c.d. de Toledo.
- Martes 21.** Catedral de Cuenca. Dormir en las o.c.d. de Cuenca.
- Miércoles 22.** Mañana en San Clemente. Tarde y dormir en Villanueva de la Jara.
- Jueves 23.** Catedral de Albacete. Tarde y dormir en las o.c.d. de Albacete.
- Viernes 24.** Mañana en las o.c.d. de Villarrobledo (despedida a las 5 de la tarde). Desde las 7 de la tarde y dormir en las o.c.d. de Daimiel (Ciudad Real).
- Sábado 25.** Mañana en las o.c.d. de Malagón. Tarde y dormir en las o.c.d. de Ciudad Real.
- Domingo 26.** Iglesia del Corpus Christi del Buen Suceso de Madrid. Preside D. Francisco, ob. de Osma-Soria. Retransmite TVE. Salida a las 13.00. Recepción a las 15.00 en las o.c.d. de Medina del Campo. A las 19.00 Misa. Despedida a las 8.00 del 27.
- Lunes 27.** Mañana en las o.c.d. de La Granja. Tarde y dormir en las o.c.d. de Segovia.
- Martes 28.** Mañana en los o.c.d. de Segovia. Tarde y dormir en las o.c.d. de Alba de Tormes.
- Miércoles 29.** En los o.c.d. de Salamanca. Dormir en las o.c.d. de Cabrera.
- Jueves 30.** Mañana en la catedral de Salamanca. Tarde y dormir en las o.c.d. de Ledesma.
- Viernes 31.** Mañana en catedral de Ciudad Rodrigo. Tarde y dormir en las o.c.d. de Ciudad Rodrigo.

NOVIEMBRE

- Sábado 1.** Mañana en la catedral de Coria. Tarde y dormir en la residencia de ancianos Santa Teresa de Lisieux de Coria.
- Domingo 2.** Catedral de Plasencia. Dormir en las o.c.d. de Plasencia.
- Lunes 3.** Mañana en las o.c.d. de Don Benito. Tarde en la iglesia de Santiago de Don Benito. Dormir en las o.c.d. de Talavera la Real. Salida a las 8.00 del 4.
- Martes 4.** Mañana en Badajoz. Parada en el atrio de los o.c.d. de 8.30 a 9. En las o.c.d. de 9.00 a 11.30. En Fuente de Cantos de 12.30 a 14. Tarde en la catedral de Córdoba. Dormir en las o.c.d. de Córdoba.
- Miércoles 5.** Mañana en S. Calixto (Hornachuelos). Tarde en el colegio de los o.c.d. de Córdoba. Dormir en las o.c.d. de Bujalance. (despedida a las 11 del jueves).

Jueves 6. De 12.30 a 19.00 en las o.c.d. de Lucena. Desde las 20.00 y dormir en las o.c.d. de Aguilar de la Frontera.

Viernes 7. Mañana en Aguilar de la Frontera (hasta las 13.00). Desde las 14.30 y dormir en las o.c.d. de Écija.

Sábado 8. Día y dormir en las o.c.d. de Sanlúcar la Mayor.

Domingo 9. Catedral de Sevilla. Tarde y dormir en las o.c.d. de Sevilla.

Lunes 10. Mañana en las o.c.d. de Sevilla. Tarde y dormir en las o.c.d. de Dos Hermanas.

Martes 11. En las o.c.d. de Sanlúcar de Barrameda.

Miércoles 12. En Jerez de la Frontera.

Jueves 13. Tarde. Pontifical en la catedral de Cádiz. Dormir en las o.c.d. de Cádiz.

Viernes 14. En los o.c.d. de San Fernando. Tarde y dormir en las o.c.d. de San Fernando.

Sábado 15. Mañana en colegio o.c.d. de S. Fernando. Tarde y dormir en las o.c.d. de Ronda.

Domingo 16. Mañana en la catedral de Málaga. Tarde en los o.c.d. de Málaga. Dormir en las o.c.d. de Málaga.

Lunes 17. Mañana en las o.c.d. de Málaga. Tarde y dormir en las o.c.d. de Vélez-Málaga.

Martes 18. Mañana en las o.c.d. de Torremolinos. Tarde y dormir en las o.c.d. de Antequera.

Miércoles 19. Día y dormir en las o.c.d. de Granada.

Jueves 20. Mañana en las o.c.d. de Jaén. Tarde y dormir en las o.c.d. de Linares.

Viernes 21. Día en los o.c.d. de Úbeda. Dormir en las o.c.d. de Úbeda.

Sábado 22. Mañana en las o.c.d. de Baeza. Tarde y dormir en las o.c.d. de Beas de Segura. Salida a las 8.00 del 23.

Domingo 23. A las 11.30, recepción en los o.c.d. de Caravaca. A las 12.00 Misa y veneración. A las 17.00 procesión al santuario de la Vera Cruz. Misa a las 18.00. A las 20.00 procesión a las Clarisas. Vigilia de oración. Dormir en las Clarisas.

Lunes 24. A las 9.00 Misa en el asilo. De 11 a 13 en el colegio de la Consolación. De 14 a 16 en El Císter de la Palma. De 16.30 a 19.30 en Cartagena. Dormir en las o.c.d. de Caravaca (trasladadas).

Martes 25. Mañana en la catedral de Murcia. De 16.30 a 19.30 en parroquia S. León Magno de Murcia. Desde las 20.00 recepción, vigilia de oración y dormir en las o.c.d. de Algezares.

Miércoles 26. Iglesia del Carmen, de Orihuela. Tarde en las c.m.t. de Elche. Dormir en las o.c.d. de Elche.

Jueves 27. Concatedral de Alicante. Tarde y dormir en las o.c.d. de la Olla de Altea. Salida a las 9.00 del 28.

Viernes 28. A las 10.30 recepción en las o.c.d. de Godolleta. Misa a las 12.00. Encuentro de oración a las 16.00. Salida a las 17.00. A las 18.30 recepción y dormir en las o.c.d. de Villar del Arzobispo.

Sábado 29. Mañana en las o.c.d. de Serra. De 16 a 18 en las o.carm. de Valencia (La Encarnación). A las 18.30 recepción en las o.c.d. de Valencia (Corpus). A las 19.00 Misa. Vigilia de oración a las 21.00. Salida a las 8.45 del 30.

Domingo 30. De 9 a 10 para la veneración de las o.c.d. de Valencia (S. José). A las 10 se abre la iglesia. A las 10.30 Misa. Despedida a las 12.00. A las 12.15 recepción en los o.c.d. de Valencia (C. Alboraya). Misa solemne a las 12.30. A las 16.00 encuentro de oración. A las 18.00 despedida. A las 18.30 recepción y dormir en las o.c.d. de Puzol.

DICIEMBRE

Lunes 1. Mañana en la Vall d'Uixó. Tarde en los o.c.d. de Burriana. Dormir en las o.c.d. de Alquerías del Niño Perdido.

Martes 2. Mañana en Onda. Visita al asilo de las Hermanitas. Tarde en la concatedral de Castellón. Parada en Lidón. Dormir en las o.c.d. de Castellón.

Miércoles 3. Mañana en Villarreal. Tarde, catedral de Segorbe. Dormir en las o.c.d. de Caudiel.

Jueves 4. Tarde y dormir en las o.c.d. de Huesca.

Viernes 5. Día en los o.c.d. de Huesca. Dormir en las o.c.d. de Huesca.

Sábado 6. Día y dormir en los o.c.d. de Zaragoza.

Domingo 7. Tarde y vigilia de la Inmaculada en el Pilar de Zaragoza. Dormir en las o.c.d. de Zaragoza (San José).

Lunes 8. Mañana Misa pontifical en el Pilar. Tarde y dormir en las o.c.d. de Zaragoza (Santa Teresa).

Martes 9. Mañana en las Hermanas de Belén (Sigena). Mediodía en las c.m.t. de Graus. Tarde y dormir en las clarisas de Monzón. Salida a las 9.00 del 10.

Miércoles 10. Mañana, desplazamiento hacia Valls. Tarde en las c.m.t. de Valls. Noche en las o.carm. de Valls.

Jueves 11. Mañana en las c.m.t. de Tarragona. Tarde en los o.c.d. de Tarragona. Noche en las o.c.d. de Tarragona.

Viernes 12. Mañana en la catedral de Tarragona. Tarde en las o.c.d. de Terrassa. Noche en las o.c.d. de Sabadell.

Sábado 13. Mañana en Montserrat. Tarde en los o.c.d. de Badalona. Noche en las o.c.d. de Mataró.

Domingo 14. Mañana en la catedral de Barcelona. Tarde en la parroquia de Santa Teresita. Noche en las o.c.d. de Barcelona.

Lunes 15. Mañana y tarde en los o.c.d. de Barcelona. Noche, desplazamiento por ferry a Mallorca.

Martes 16. Mañana en los o.c.d. de Palma de Mallorca. Tarde en la parroquia de Santa Teresita. Noche en las o.c.d.

Miércoles 17. Mañana en las o.c.d. de Palma de Mallorca. A las 13 horas, salida del ferry a Barcelona (llegada a las 20). Noche en las o.c.d. de Vic.

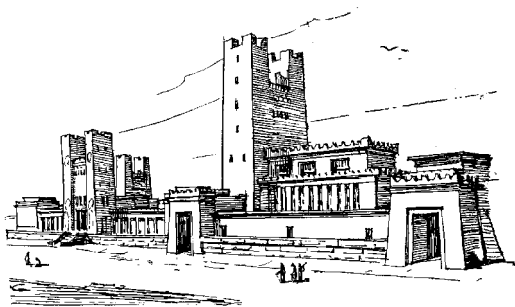
Jueves 18. Mañana en las o.c.d. de Vic. Tarde en la catedral de Vic. Noche en las o.c.d. de Igualada.

Viernes 19. Mañana en las o.c.d. de Igualada. Tarde en o.carm. de Tàrraga. Noche en las o.c.d. de Mollerussa.

Sábado 20. Mañana y tarde en el santuario de Santa Teresita de Lleida. Noche en las o.c.d. de Lleida.

Domingo 21. Mañana en la catedral de Lleida. Tarde y noche en el santuario de Santa Teresita de Lleida.

Lunes 22. Despedida y retorno a Lisieux.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

La basílica de Nazaret, a salvo

Si desde estas páginas hemos advertido reiteradamente de la presión encaminada a erradicar a los cristianos de Tierra Santa, hoy tenemos que dar cuenta de una buena noticia: la demolición de los fundamentos de la mezquita que grupos islamistas pretendían construir delante de la basílica de la Anunciación de Nazaret.

El pasado mes de julio, en efecto, se realizaron los trabajos de demolición de los fundamentos de la denominada mezquita Shihabddin, cuyo emplazamiento se destinará a una gran plaza, originalmente prevista para el año 2000. Fueron grupos islamistas quienes impidieron el plan inicial y apoyaron la ilegal construcción de una mezquita que iba a ocultar la basílica de la Anunciación. En un primer momento la política de hechos consumados pareció favorecer a los islamistas, que vieron cómo el gobierno de Barak no hacía cumplir la ley y les permitía continuar con la edificación. La actitud de Sharon fue, inicialmente, ambigua, pero la radicalización del movimiento palestino y la promesa realizada a Bush parecen haber sido determinantes a la hora de decidir acabar con semejante provocación.

A pesar de que se esperaban importantes desórdenes (más de 500 policías tomaron los alrededores), las protestas han sido escasas. De hecho, la detención de numerosos líderes palestinos y la multiplicación de redadas policiales han provocado una significativa parálisis en el funcionamiento de los diversos grupos radicales locales.

Así pues, la cuestión de la mezquita parece solventada y la basílica de la Anunciación continúa a salvo, si bien los miedos de los cristianos (actualmente el 30% de la población de Nazaret) persisten. Confiamos en que la gruta en la que el ángel Gabriel anunció a María su maternidad divina sea como entonces fuente de las mayores gracias.

Lo que no se dice de Idi Amin

El reciente fallecimiento de Idi Amin en un hospital de Yedda, Arabia Saudí, ha vuelto a traer a la actualidad al expresidente ugandés. Los periódicos

nos han recordado las terribles atrocidades, canibalismo incluido, que cometió durante sus ocho años de gobierno, entre 1971 y 1979. Lo que en cambio no se dice es que Idi Amin ha sido protegido en todo momento por los árabes musulmanes que veían en él a un aliado y un protagonista, fallido pero fiel, del proyecto de islamización del África oriental.

Amin hizo alarde de su fe musulmana en cuanto accedió al poder, tras un golpe de Estado. Fue el primer presidente del África negra que rompió todo vínculo diplomático con Israel y que acogió campos de entrenamiento de la OLP palestina. El mismo Arafat fue testigo de boda en el quinto matrimonio de Amin.

Su exilio en una residencia junto al mar en Yedda, puesta a su disposición por el gobierno saudita junto con una pensión vitalicia, es la última prueba de quién estaba detrás de uno de los más crueles y dementes autócratas africanos post-coloniales.

Iraq, el Líbano del nuevo siglo

Si alguien lo suficientemente poderoso desea que estés muerto, tarde o temprano (más bien lo último), lo estarás. Así definían hace años la dramática situación que convulsionó el Líbano: nadie estaba seguro, el caos era absoluto y la muerte te podía llegar de cualquier parte. La situación en que se halla sumido Iraq desde el «fin» de la guerra es cada vez más parecida a la del martirizado país de los cedros.

Los ataques diarios de la resistencia, que no es una sino múltiple e incluso enfrentada, los sabotajes, los atentados, el constante goteo de soldados norteamericanos e ingleses muertos (las bajas posteriores al «final» de la guerra ya superan la cifra de muertos durante la invasión del país), hacen que la situación se deteriore cada día un poco más. Cada vez parece más evidente que el «paseo» y las aclamaciones de un pueblo agradecido hacia sus libertadores pronosticados por los asesores neoconservadores del presidente Bush sólo existieron en sus imaginaciones. La realidad es que el coloso global ha pisado, voluntariamente, un nido

de escorpiones y está empezando a perder demasiada sangre. La constatación de la incapacidad de los Estados Unidos para normalizar la vida del país no hace más que debilitar el ya erosionado prestigio norteamericano en la zona. El fracaso en el suministro de agua y electricidad, no digamos de seguridad, hacen que los Estados Unidos sean incapaces de inspirar, no ya amor, sino ni siquiera respeto. Los efectos internacionales de este estado de cosas pueden exceder el ámbito puramente regional; como escribía recientemente Maurizio Blondet, «una guerra, justa o injusta, obliga siempre a un país a movilizar sus mejores recursos, también morales, y revela sin piedad sus debilidades. Lo que estamos viendo es la debilidad que las mejores mentes norteamericanas vienen denunciando desde hace veinte años: un país desindustrializado, líder en alta tecnología y altas finanzas, pero que necesita importar bienes y mercancías de China». Un país, en definitiva, que muestra sus debilidades y pone de manifiesto su tremendo déficit de autoridad.

Tras el atentado que voló la sede de la ONU en Bagdad y que se cobró la vida de numeroso personal internacional, el coche bomba que, junto con otras 81 víctimas, segó la vida del ayatollah Al Hakim, líder máximo del chiísmo en Iraq y personalidad muy próxima a los clérigos iraníes, confirma la ausencia de reglas en esta cruenta «postguerra». El asesinato de Al Hakim plantea la pregunta de quién es el responsable de dicha acción; una cuestión que nos ayudará a comprender en qué se ha convertido el laberinto iraquí. Al Hakim era un líder moderado, contrario a Al Qaeda y alineado con los nuevos vientos que corren en Irán. Su negativa a lanzar a la población chiíta, más de la mitad del país, a una guerra total para expulsar al invasor era contemplada favorablemente por Estados Unidos. Por el contrario, Al Hakim era visto con malos ojos por varios actores en esta compleja «postguerra». En primer lugar por los fieles a Saddam Hussein, los restos del partido Baas y de las milicias del anterior régimen iraquí, que continúan activos animando la resistencia. Pero tampoco gozaba de la simpatía de los innumerables «voluntarios árabes», extranjeros vinculados a la nebulosa de organizaciones islamistas, que se han infiltrado en el país, importando sus métodos terroristas. Por último, no se puede descartar que el joven ayatollah Muqtada Al Sadr, fundador del partido del «Mahdí» (el mesías esperado por los chiítas), e hijo de un líder carismático asesinado por Saddam haya tenido alguna vinculación con el atentado. Su desacuerdo con la línea de Al Hakim era notorio y sus llamadas a la guerra santa recurrentes. Enfrentados entre sí, todos tenían motivos para desear la eliminación de Al Hakim; todos

menos los Estados Unidos, que no han conseguido mantener con vida a uno de los escasos interlocutores de que disponían.

Iraq se desliza peligrosamente, no hacia una guerra de guerrillas, sino hacia una guerra civil a varias bandas en la que el terrorismo juega un papel destacado. Abandonar ahora el país supondría un golpe de tremendas consecuencias para el prestigio norteamericano y la asunción del fracaso más absoluto en su intento de pacificar la región bajo su égida, además de un riesgo real de que la guerra se extendiese a los países limítrofes. Los más avisados ya abogan por una retirada honrosa y un traspaso de la responsabilidad a la ONU. Pero sólo la captura de Saddam Hussein podría justificar dicha retirada sin un gran menoscabo de la imagen norteamericana. De ahí que, incapaces de traer el orden, los soldados norteamericanos estén concentrando sus esfuerzos en estrechar el cerco sobre el dictador. Los planes de pacificación y desarrollo de hace unos meses suenan, cada vez más, como lejana y hueca retórica.

Mientras, la situación de los cristianos iraquíes se hace cada día más difícil. En medio de la anarquía, los grupos islamistas presionan para que se cumpla la ley islámica, obligando, por ejemplo, a todas las mujeres, cristianas incluidas, a cubrirse el rostro con el velo. El fallecimiento en Beirut, el pasado 7 de julio, a los 81 años de Su Beatitud Raphaël I Bidawid, patriarca de Babilonia de los Caldeos, con sede en Bagdad, parece marcar el final de una etapa y la intensificación del éxodo de los católicos caldeos que abandonan Iraq a la mínima posibilidad. En la actualidad hay aproximadamente un millón de fieles de la Iglesia caldea en el mundo, la mayor parte (unos 500.000) se encuentra en Iraq, constituyendo el 3% de la población.

Violento ataque de budistas contra una iglesia en Camboya

LA imagen idílica y pacífica que del budismo nos transmiten las producciones de Hollywood no acaba de concordar con la realidad. La agencia Zenit nos informa de que, a la espera de alcanzar el nirvana, «un centenar de budistas saqueó una iglesia durante la misa del domingo en el sudeste de Camboya. Los budistas penetraron por la fuerza en la iglesia de Kok Pring, destruyeron la cruz del altar, rompieron cristales y arrojaron biblias en charcos de agua, causando múltiples heridos». Esperaremos en vano *mea culpas* o producciones cinematográficas mostrando el verdadero rostro del budismo.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

EVAN McIAN

Autobiografía

G.K. Chesterton

Traducción: Olivia de Miguel

Barcelona, Acantilado, 2003

HA aparecido un nuevo libro de Gilbert Keith Chesterton. Ni más ni menos que su autobiografía. Se sigue, por tanto, confirmando la perennidad de este periodista pero también ensayista, cuentista y novelista. Para el que esté acostumbrado a leer biografías o autobiografías, ésta lo es de un modo atípico. En primer lugar, podríamos decir que en ningún caso es una biografía, y no sólo porque la escriba el propio objeto de estudio, que así es, sino porque es muy evidente que así es. GKC se niega, desde un principio, al orden cronológico que guía la biografía para dejarse guiar por ese instinto que le ha guiado siempre, esa intuición que le convirtió en un preciso forjador de paradojas, y que consiste, simplemente, en ordenar su vida y la enorme cantidad de sucesos en ella acaecidos desde su punto fundamental de sentido: la búsqueda y encuentro de «el Camino, la Verdad y la Vida». Por eso toda su explicación está orientada a dar sentido a lo más pequeño e insignificante que le ha sucedido en su infancia, juventud y madurez, a la luz de un acontecimiento que, siendo respuesta a todas sus inquietudes y deseos, es también un modo de entenderse a sí mismo.

Además de no ser claramente una biografía, tampoco es una típica autobiografía. Como ya he dicho el orden está marcado por el momento en que entra en la Iglesia católica. Pero es que confía tanto en que el significado de su vida será evidente para cualquier lector, que obvia cualquier intento de fechar su itinerario. Y no es que desprecie los hechos, sino que nos explica sólo la importancia de ellos. No es que sea un idealista renuente a ensuciarse las manos con la apariencia, sino que es un realista que anda al fondo de ella, afirmándola del único modo que un ser inteligente es capaz de afirmarla: tratando de dar razón de ella.

Por eso, no nos pongamos delante de este libro pidiéndole lo que no puede ni quiere darnos: un estudio científico de la vida y obra de GKC. Pidámosle simplemente aquello que el mismo autor le pedía a la vida: seguir dándose cuenta del regalo que ésta era. Si entramos simplemente con esta petición en su lectura, el resultado es el que tiene que ser: la maravilla tanto por la prosa estilística e ingeniosa del autor, como por la sensibilidad hacia todo lo que sucede en su ámbito, tanto antes como después de su conversión. Especialmente después, pues, como bien aprendió

en santo Tomás de Aquino, la gracia de los sacramentos que recibió al entrar en la Iglesia no destruye ni niega la naturaleza que tiene el hombre sino que la perfecciona y la lleva a plenitud.

Como nos dice el propio GKC hacia el final de la obra: «El objetivo de la vida es la capacidad de apreciar; no tiene sentido no apreciar las cosas como tampoco tiene ningún sentido tener más cosas si tienes menos capacidad de apreciar.» Y después, sintetizando, apunta: «Mantener la capacidad de degustar realmente lo que le gusta, ese es el problema práctico que el hombre tiene que resolver.» He ahí el punto de diferencia que tiene GKC con la cultura dominante. Él no pone el punto crucial de la existencia en entender lo que sucede sino en preservar su capacidad de amar. Es un hombre que persigue la posibilidad de seguir amando lo bueno del mundo y de la vida, y para ello no sólo necesita una buena teoría que le indique lo bueno de las cosas, sino que necesita que esta teoría sea verdadera y un lugar para vivirla. De ahí su contento inocente cuando llega a poder afirmar que aquel primer recuerdo que tiene en su infancia, «el hombre de la llave dorada» que había visto en un guiñol de juguete orquestado por su padre, se convierte en «el Dios de la llave dorada». Por eso nos dice: «la aplastante convicción de que existe una llave que puede abrir todas las puertas me devuelve a la gloriosa percepción del glorioso regalo de los sentidos y a la sensacional experiencia de la sensación. Surge de nuevo ante mí, nítida y clara como antaño, la figura de un hombre con una llave que cruza un puente, tal como lo vi cuando por primera vez miré el país de las hadas a través de la ventana del teatrillo de juguete de mi padre. Pero sé que aquel a quien llaman *Pontifex*, el constructor del puente, también se llama *Claviger*, el portador de la llave, y que esas llaves le fueron entregadas para atar y desatar cuando era un pobre pescador de una lejana provincia, junto a un pequeño mar casi secreto».

La conversión de GKC es, pues, el rescate de toda su humanidad, la exaltación de todo su ser, la posibilidad de unir cada cosa con el todo a través de ese puente construido por Dios en la persona de Jesucristo. Y no sólo es la salvación de su inteligencia o de su moral, también lo es de sus afectos y de su sensibilidad. Porque pertenecer a la Iglesia es lo que al hombre le permite decir «yo», cumplir todos los aspectos de su propia vida. Conclusión curiosa, sobre todo cuando nos movemos en un mundo que nos repite, por activa y por pasiva, que «el cristiano es aquél que puede hacer lo mismo que cualquier otro pero menos». Por lo menos esto habría que pensarlo.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

La revolución permanente de los neoconservadores

La reciente guerra de Iraq ha visto aparecer a toda una pléyade de intelectuales, los llamados neoconservadores, defendiendo la necesidad de la invasión de ese país. Muy próximos a la Administración Bush (algunos desempeñan importantes cargos en ella) los «neocon» han sostenido, sin complejos, un discurso al tiempo democratizador e imperialista. Marco Respinti, desde las páginas de Il Domenicale, nos descubre cuál es el origen de esta corriente de pensamiento que engloba a personajes tan influyentes en la vida política de los Estados Unidos como William Kristol, Richard Perle, Paul Wolfowitz, o Michael A. Ledeen:

«¿Quiénes son los “neoconservadores”, llegados masivamente desde Estados Unidos y defensores a ultranza del ataque militar a Iraq? El “neo” es revelador. ¿Por qué distinguirse con tanta obstinación cronológica si se tratara sólo de un paso de testigo generacional? La denominación, que les fue originariamente atribuida en medios periodísticos, ha sido reivindicada con orgullo por los protagonistas indiscutibles del movimiento (*in primis* por Irving Kristol) como sello distintivo. Y la diferente tradición de la que provienen respecto a la “Old Right” se funda sobre otros valores no tanto respecto del aislacionismo sino acerca de la idea de que el mundo es un enorme imperio americano cuyo centro serían los Estados Unidos y el resto un barrio de chabolas.

»Los neoconservadores provienen de la galaxia trotskista y de la idea de revolución permanente tan del gusto de la Cuarta Internacional. Trotskistas, es verdad, ya no lo son, pero la marca de fábrica

permanece. Contra Lenin y contra Stalin (o contra sus epígonos), los *neocon* ya no invocan a Karl Marx, sino a Thomas Jefferson. O, mejor aún, a Jefferson leído desde Abraham Lincoln, el primer presidente republicano de Estados Unidos que el 19 de noviembre de 1863 en Gettysburg –sobre el campo aún humeante de la trágica batalla que marcó el inicio del fin del “antiguo régimen” estadounidense– “cambió” el país con una frase: los Estados Unidos de América son «[...] una nueva nación consagrada al principio de que todos los hombres han sido creados iguales». Un experimento, pues. Hasta entonces habían sido una experiencia, la única brújula, decía el patriota Patrick Henry, que puede guiar el camino con seguridad.

»Un experimento de “religión política” lo llama Eric Voegelin, un “sacro experimento”: los Estados Unidos, “ciudad sobre la colina”, listos para inundar el mundo. La idea puritana de los Estados Unidos, en suma. Pero las ideas puritanas, en contacto con las nuevas tierras, se secularizaron soñando con una tierra nueva; y –las vías del iluminismo son infinitas– llegaron hasta Lincoln.

»El origen, todo lo remoto que se quiera, de los *neocon* está todo aquí. Lincoln alistado en una variante más burguesa de la Cuarta Internacional. El rencor hacia los *neocon* por parte de los residuos de la Tercera Internacional (comunistas (“neo”, “post”) y desviacionistas social-nacionales) es la reedición actualizada de una rivalidad de inicios del siglo xx.

»Para los neoconservadores, pues, la defensa de los Estados Unidos pasa a través de la Cuarta Internacional. La defensa de los Estados Unidos experimento, y no experiencia, en la que se constituirían en quintaesencia de la van-

guardia de un Occidente entendido como emancipación de la milenaria herencia cultural europea. Esos Estados Unidos hechos de turbinas y de acero pesado que el poeta bolchevique Vladimir V. Majakovskij cantó extasiado y que en tiempo de Franklin D. Roosevelt –un héroe para muchos *neocon*– convirtió a Norteamérica en una especie de *Metrópolis* poco diferente del ideal soviético staliniano».

Un texto de Ledeen, citado por Respinti, extraído del libro The War Against the Terror Masters: Why It Happened. Where We Are Now. How We'll Win, ilustra a la perfección la profunda carga revolucionaria latente en el ideario neoconservador y sus tremendas consecuencias a la hora de configurar la política exterior norteamericana:

«Destrucción creativa es nuestro segundo nombre, tanto dentro de nuestra sociedad como fuera. Abatimos cotidianamente el viejo orden: en los negocios, en la ciencia, en la literatura, en el arte, en la arquitectura, en el cine, en la política, en el derecho. Nuestros enemigos han temido siempre este torbellino de energía y de creatividad que amenaza las tradiciones [...]. No pueden sentirse seguros mientras existamos, ya que nuestra misma existencia –nuestra existencia, no nuestra política– amenaza su legitimidad. Deben atacarnos para sobrevivir, exactamente como nosotros debemos destruirles para hacer progresar nuestra misión histórica».

Primacía de lo sobrenatural

El número de verano de la siempre interesante revista Catholica incluye un artículo de Jean-Paul Maigne, S.J. titulado «¿Église

ou technoestructure?» en el que realiza una encendida defensa de la primacía de lo sobrenatural sobre todos los otros medios. Recordando aquel lema del padre Orlandis, «sobrenaturalizarlo todo», no podemos dejar de sintonizar con el padre Maisoneuve cuando afirma lo siguiente:

«Viviendo en nuestra época, estamos expuestos a los errores de nuestra época. No hay que buscar más lejos la causa de las defecciones, de las disensiones en el interior de la Iglesia. Es cuando los principios mundanos se introducen en sus funcionamientos humanos que la Iglesia, institución divino-humana, deja de irrigar la vida de las sociedades en las que tiene por misión instaurar el reino pacífico y soberano de Cristo.

»De hecho, la “cultura” moderna se ha construido exactamente contra ella. Es una cultura de la autonomía, y por ello mismo no merece el nombre de cultura, que significa una misión, la de ejercer el señorío adámico sobre la tierra en nombre de Dios. La clonación y la polución, el aborto y la acotación del planeta en un único y vasto campo de concentración aséptico son las consecuencias lógicas de esta mentalidad que asedia a las almas cristianas. No se considera nunca que para luchar contra los males espantosos que nos asaltan, hay en primer lugar que expulsar de nuestros espíritus el principio maligno del que nacen; ese *non serviam* tiene su origen en el infierno, lanzado contra la Sabiduría del designio trinitario y expandido en cascada sobre la tierra por el pecado de nuestros primeros padres: no serviré al orden creado sino que instauraré otro a mi gusto, no serviré al orden de la Redención sino que pondré en pie otro principio de redención, la salvación del hombre por el hombre, lo que significa en la práctica el sometimiento de los pueblos a manos de algunos “iniciados”.

»La Iglesia, pues, debe expulsar de su seno los principios de la mentalidad moderna, principios que no pueden más que conducir en el futuro a la humanidad a su

pérdida cierta, y en un breve lapso, como resulta evidente si se quiere mirar de frente el inextricable embrollo en el que las naciones se encuentran sumidas. Es decir, la Iglesia es ya la única que puede librar a este mundo del proceso suicida, de sí irreversible, en el que se encuentra sumido. Es necesario que quienes detentan cargos en la Iglesia tengan conciencia de ello, y todos los fieles con ellos. Esta toma de conciencia entraña una opción por lo sobrenatural y por los medios sobrenaturales. Nuestra debilidad desde hace decenios reside en trabajar de manera exorbitante con medios no sobrenaturales, frecuentemente en detrimento de los medios sobrenaturales en los que parece que se cree sólo de manera teórica, lo que hace que tengamos tendencia a organizar la vida de la Iglesia haciéndola vivir, y haciendo vivir a los fieles, por debajo de sus posibilidades. Lo que entraña un desperdicio de energía tremendo en el cumplimiento del mandamiento de enseñar a todas las naciones y de hacer discípulos. El mundo no puede reencontrar su sentido y sanar de sus enfermedades más que en el bautismo. Todo lo que hagamos ajeno a este bautismo no puede aportarle nada. No se trata, ciertamente, de imponer desde el exterior un sacramento cuyo misterio profundo no impregnaría la vida de las sociedades y de las personas, sino que se trata de finalizar la sociedad por lo sobrenatural, según la gracia. Y aún más, hace falta que la Iglesia, en primer lugar, viva esencialmente de esta gracia».

Una universidad providencial en Florida

Tom Monaghan es el dueño de Domino's Pizza, una de las cadenas de venta de pizzas de mayor éxito en los Estados Unidos. Monaghan es multimillonario y es católico. Y ha decidido fundar una nueva universidad en Collier County, Florida, llamada Ave Maria University. Una universidad que nace con fuerza y con las ideas claras y que da pie a las si-

guientes reflexiones de Leon J. Podles en las páginas de la revista Touchstone:

«Collier County ha visto crecer su porcentaje de población católica principalmente por los emigrantes haitianos y mexicanos. Los haitianos se visten de gala los domingos. Nada de pantalones cortos ni camisetas, prefieren los sombreros y los vestidos blancos. Los haitianos son los trabajadores más duros del condado. Se han hecho un lugar en el mercado de los tejados porque son los únicos que pueden soportar el trabajar en los tejados con el sol tropical del verano.

»El padre Fessio, el nuevo rector de la Ave Maria University, explica que Monaghan decidió radicar la universidad cerca de Immokalee, donde viven muchos inmigrantes, a causa de la respuesta del salmo del día en que tomó la decisión. “El Señor escucha los llantos del pobre”. De esta manera la nueva universidad dará trabajo estable para muchos católicos pobres. Ave Maria espera recoger el dinero de los católicos pudientes de la zona para ayudar a los mexicanos y haitianos que serán los primeros en sus familias en acceder a estudios de nivel superior.

»De hecho, los hijos de los católicos europeos que viven en la zona no se están reproduciendo. La Iglesia católica en los Estados Unidos tomará muy pronto un color de piel moreno y negro, será más alegre y se vestirá mucho mejor para la misa del domingo. Con algo de ayuda de Tom Monaghan mejorará también económicamente y será instruida en las verdades de la fe católica (algo que ya no sucede en muchas instituciones educativas católicas). Así que quizás la divina Providencia tenía otra razón para hacer que Ave Maria se instalara en Collier County: facilitar un conducto por el que la riqueza acumulada por los católicos del primer mundo (que están desapareciendo) pueda beneficiar a los católicos del tercer mundo (que están floreciendo). Quizás estos últimos estén agradecidos y recen por las almas de sus benefactores, que ya no tendrán descendientes para rezar por ellos».

Las raíces cristianas de Europa en Jaime Balmes

En el mes de agosto de 1953 la revista CRISTIANDAD se centraba en un hecho histórico de la mayor trascendencia política y religiosa, la caída de Constantinopla en manos del imperio todopoderoso de los turcos, de la que se cumplía entonces quinientos años. La capital del Imperio de Oriente, que ostentaba el esforzado emperador Constantino XI, era asaltada y saqueada por los jenízaros en la madrugada del 29 de abril del año 1453. Vanos fueron los esfuerzos de aquel emperador, que falleció en la misma batalla, y vanos los esfuerzos del papa Nicolás V, cuyos llamamientos a los príncipes y gobernantes cristianos fueron desoídos.

Pero la razón principal de aquel desastre religioso, político y militar se encontraba en realidad en el aislamiento del Oriente y en el mal disimulado deseo de permanecer fuera de la obediencia a la Iglesia católica, a pesar de los concilios que para alcanzar la unidad se habían celebrado en Lyon (1274) y en Florencia (1439) habiendo llegado a un acuerdo con el emperador pero que los patriarcas de Constantinopla, Antioquía y Jerusalén se negaron a suscribir.

Lo cierto fue que el Imperio de Oriente, que no había participado en las cruzadas para rescatar la Tierra Santa, no fue capaz de defenderse contra esta misma amenaza del islam, que hacía

de la conquista militar el brazo natural de la expansión de su religión.

Todo aquel número de nuestra revista merece ser leído o releído. Pero en esta ocasión nos limitamos a reproducir el editorial que glosaba unas palabras de Balmes a propósito de la desigual suerte que, frente al islam, tuvo el Oriente ortodoxo comparado con el Occidente católico.

Ahora se habla de las raíces cristianas de Europa. Se habla a propósito de que muy probablemente dichas raíces —que son indiscutibles a nivel meramente histórico— no serán mencionadas en la naciente constitución europea. Pero nadie piensa ya que el verdadero florecimiento y expansión del Occidente cristiano se debe, en realidad, a la vitalidad de la Iglesia católica, nombre este último que se evita sistemáticamente.

El hecho histórico de la caída de Constantinopla, mientras Occidente, a pesar de sus luchas internas, frenó el avance islámico y aun conquistó plazas importantes en el norte de África, es una lección, entre otras cosas de que la savia eficaz que emana de la cátedra de Roma impidió el anquilosamiento y la molicie en que se desenvolvía la autosuficiente y antes todopoderosa Bizancio. Esta es una de las lecciones de aquel hecho del que ahora hace quinientos cincuenta años.

En el V centenario de la caída de Constantinopla

A propósito de una cita de Balmes

Leemos en *El protestantismo comparado con el catolicismo*:

«Es un hecho ya generalmente reconocido y padidamente confesado que el cristianismo ha ejercido muy poderosa y saludable influencia en el desarrollo de la civilización europea; pero a este hecho no se le da todavía por algunos la importancia que merece, a causa de no ser bastante bien apreciado. Con respecto a la civilización, distínguese a veces el influjo del catolicismo ponderando las excelencias de aquél y escaseando los encomios a éste...

»Si no se tenía gana de profundizar las íntimas relaciones del catolicismo con la civilización europea..., al menos parecía del caso dar una mirada al estado de los países donde en siglos trabajosos no ejerció la religión católica todo su influjo, y compararlos con aquellos otros en que fue el principio dominante. El Oriente y el Occidente, ambos sujetos a grandes trastornos, ambos profesando el cristianismo, pero de manera que el principio católico se halló débil y vacilante allí, mientras estuvo robusto y profundamente arraigado entre los oc-

cidentales, hubiera ofrecido dos puntos de comparación muy a propósito para estimar lo que vale el cristianismo sin el catolicismo cuando se trata de salvar la civilización y la existencia de las naciones.

»En Occidente los trastornos fueron repetidos y espantosos, el caos llegó a su complemento, y, sin embargo, del caos ha brotado la luz y la vida. Ni la barbarie de los pueblos que inundaron estas regiones y que adquirieron en ellas asiento, ni las furiosas acometidas del islamismo bastaron para que se ahogase el germen de una civilización rica y fecunda: en Oriente todo iba envejeciendo y caducando, nada se remozaba, y a los embates del ariete que nada había podido contra nosotros todo cayó.» (O.C., t. 1, cap. 13).

Hemos tomado esta cita de Balmes como introducción al presente número de CRISTIANDAD en primer lugar porque estamos convencidos de que en ella se contiene el mejor comentario y se sugiere el más adecuado punto de vista para comprender el sentido de aquel drama histórico de mil años que tuvo su epílogo en 1453 y que el lector hallará descrito y analizado en las páginas de este número.

También por otra razón nos ha parecido conveniente encabezar el artículo con el texto del insigne apologista. Hemos creído que con la lectura del juicio expresado en él y de las reflexiones que en él sugiere, Balmes podía darnos ocasión tal vez oportuna para sugerir algo así como un examen de conciencia sobre algo sumamente grave que nos parece está ocurriendo entre nosotros.

El hecho a que aludimos es éste: de día en día se extiende y ejerce más profunda influencia cierto ambiente o tendencia que podremos, mejor que definir, sugerir por un síntoma o manifestación del mismo que el lector podrá comprobar tal vez dentro de sí.

Este síntoma consiste en la reacción de desagrado y aun de repugnancia y desde luego de desconfianza incredulidad que provoca en muchos la lectura de uno de estos textos apologéticos tales como el que acabamos de citar; tememos que sea revelador de una enfermedad tal vez gravísima en muchos casos. A pesar de que —quizá sea esto lo peor— parece a bastantes signo de «rejuvenecimiento» espiritual, de una depuración fecunda que podría contribuir a «poner al día» la mentalidad del catolicismo español, etc.

Antes de intentar juzgar acerca de la naturaleza misma de este hecho profundo y complejo, reflexionemos algo sobre aquella desfavorable reacción «antiapologética» que ha contribuido ya poderosamente a que los grandes escritores de la Contrarrevolución española sean menos leídos y estudiados de lo que conviniera.

Muchos elementos parecen integrar aquella actitud casi instintiva de desagrado; podríamos señalar algunos: prescindiendo de la apreciación literaria, en algunos casos implacablemente peyorativa y refiriéndonos a lo que concierne al fondo de sus ideas, hallaremos de un modo general —no nos referimos a lo que se piensa concretamente sobre Balmes con quien a veces se adopta una actitud más benévola—, se habla de exageraciones jeremíacas, de un tono elegíaco o amargado. No hay que decir que desde luego se juzga casi «a priori», y aun sin leerles siquiera con atención, que sus juicios y apreciaciones adolecen de apasionamiento, de insinceridad y de perspectiva unilateral.

Pero si después de analizar estas reacciones las consideramos en su conjunto, nos encontraremos con algo muy concreto y simple: de lo que se acusa en realidad a estos grandes escritores contrarrevolucionarios es sencillamente de su actitud e intento apologético. Alguien ha sintetizado y expresado esta actitud desdeñosa que no se puede ya disimular en el rotundo juicio: «la era de los apologistas ha terminado».

No nos sentimos autorizados —ni es este lugar oportuno— para entrar a fondo en el estudio de la grave cuestión que esta afirmación plantea. Tampoco quisiéramos echar a perder con frases precipitadas un tema de tan seria importancia.

Recordemos, sin embargo, incidentalmente, que la tarea de la apologética será adecuada de suyo en todo cuanto se refiera de algún modo a confirmar el hecho de la Revelación, y será necesaria, y urgente incluso, en todo aquello en que la fe sea atacada y deba ser defendida. Ahora bien, se ha notado a veces que la apologética de tipo social o histórico, característica de los escritores posteriores a la Revolución francesa, viene a encontrar implícitamente afirmada su legitimidad al decir el Concilio Vaticano: «La Iglesia, por sí misma, por su admirable propagación y su eminente santidad, por su inagotable fecundidad en toda clase de bienes, es un grande y poderoso motivo de credibilidad».

Por lo demás, para que este género de apologética hubiese perdido ya hoy su razón de ser, parece que sería necesario suponer que no se da ya lucha contra la credibilidad de la fe católica en el terreno de las cuestiones sociales y políticas, y en la apreciación y juicio acerca de los hechos culturales y de la fecundidad «creadora» de tal o cual «concepción del mundo». No nos parece que esto pueda sostenerse a no ser que nos empeñásemos en desconocer —habitando a él nuestros pulmones— el ambiente en que respiramos.

Convendrá que definamos ahora aquel hecho más íntimo, del que decíamos que era síntoma esta

actitud de desdén hacia los apologistas. Nos parece que consiste, en muchos casos, en una debilitación del espíritu de fe en todo cuanto dice relación a la vida social y a la interpretación de la historia.

Hemos dicho que cualquier juicio formulado por algún historiador «apologista» es recibido con la sospecha de falta de objetividad en la valoración de los hechos y en la investigación de sus causas; ahora bien, lo que en el fondo se rehusa admitir es la importancia fundamental que ellos atribuyen al factor religioso en la vida de las sociedades, la afirmación práctica y decidida de la libertad y del mérito y culpabilidad de los actos humanos, la atribución de sus efectos propios a las actitudes colectivas perversas y pecaminosas.

Todo esto no encaja dentro de la visión de la historia que a veces, inconscientemente, nos hemos venido formando. Una concepción que se niega, desde luego, a tener en cuenta la existencia y la actuación del orden sobrenatural en la vida de las

generaciones humanas y a tener en cuenta, por lo tanto, la luz verdadera de la Revelación; por lo demás esta implícita actitud negativa se extiende prácticamente a las mismas verdades naturalmente cognoscibles: en esta concepción de la historia resulta inoperante la acción de la Providencia e inexistente, la libertad y la responsabilidad del hombre.

La pretendida actitud antiapologética conduce mucho más allá de lo que aparenta. Con el pretexto de ponernos en guardia contra la tan temida «insinceridad» y «partidismo» de los apologistas, nos vamos acostumbrando a admitir aquellos puntos de vista cuyo núcleo profundo señalaba aquel imaginario papa Celestino VI al dirigirse a los modernos historiadores:

«Habéis arrojado a Dios de la historia y por esto no podéis comprender la historia del hombre».

F.C.

Europa, un continente marcado por el cristianismo

*Palabras de Juan Pablo II durante el rezo del Ángelus,
el domingo, 3 de agosto de 2003*

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Europa es el continente que, en los dos milenios transcurridos, ha sido más marcado que cualquier otro por el cristianismo. De sus tierras –en las abadías, en las catedrales y en las iglesias– se ha elevado incesantemente la alabanza a Cristo, Señor del tiempo y de la historia. El Bautismo y los demás sacramentos han consagrado las etapas de la vida de innumerables creyentes. La Eucaristía, especialmente en el día del Señor, ha alimentado su fe y su amor; la Liturgia de las Horas y muchas formas populares de oración han marcado su ritmo diario.

Aunque todo eso no se ha perdido en nuestro tiempo, es indispensable un renovado empeño ante los desafíos de la secularización, para que toda la existencia de los creyentes sea un verdadero culto espiritual agradable a Dios (cf. *Ecclesia in Europa*, 69).

2. Es preciso prestar atención particular a la salvaguardia del valor del domingo, *dies Domini*. Este día es símbolo, por excelencia, de lo que el cristianismo ha representado y representa para Europa y para el mundo: la proclamación perenne de la buena nueva de la resurrección de Jesús, la celebración de su victoria sobre el pecado y sobre la muerte, y el compromiso en favor de la plena liberación del hombre. Conservando el sentido cristiano del domingo, se da a Europa una contribución notable para la tutela de una parte esencial de su patrimonio espiritual y cultural.

Que la Virgen santísima, a quien están dedicadas tantas iglesias y capillas en las diferentes regiones de Europa, proteja a todas las poblaciones del continente.

CONTRAPORTADA

«Sin su herencia espiritual, Europa es un continente a la deriva»

(Entrevista de la Agencia Zenit a monseñor Brandmüller, presidente del Pontificio Comité de Ciencias Históricas. 2 de octubre de 2003)

—*Monseñor Walter Brandmüller:* Por todo un milenio el destino de la Cristiandad estuvo determinado por las a veces armoniosas y frecuentemente conflictivas relaciones entre dos polos, «sacerdotium» e «imperium», esto es, papado y poder imperial. Hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo, el cristianismo y Europa fueron esencialmente una misma cosa, con las fronteras septentrionales y orientales modificándose mientras que la misión cristiana ganaba terreno en torno al año 1000. Pero en el momento presente, la Europa intelectual ha roto con sus raíces de la antigüedad y la Cristiandad, y a los universitarios se les ha dado como alimento piedras en vez de pan. La Europa moderna, alienada de sus orígenes, soporta gran cantidad de la culpa por las catástrofes intelectuales –y de ahí las políticas– que ocurrieron tanto localmente como en el resto del mundo.

—*¿Cuál es la tradición espiritual de Europa?*

—*Monseñor Walter Brandmüller:* Se ha dicho en ocasiones que todo lo grande de la historia de Europa surgió de fundaciones asentadas en Jerusalén, Atenas y Roma. Jerusalén representa la concepción de que la humanidad y el mundo existen en relación con Dios, el Creador, a quien deben su existencia y de quien esperan la salvación final. Atenas representa la primacía del intelecto, que sostiene la cultura europea. Los padres filosóficos de nuestro continente no son los sofistas, quienes estuvieron a favor de un mal empleo del conocimiento y la razón con fines específicos, sino Sócrates, Platón y Aristóteles. En las escuelas de Atenas, las grandes mentes de la Iglesia primitiva, los tres de Capadocia –Basilio, Gregorio Nacianceno y Gregorio de Niza–, buscaron y encontraron las herramientas conceptuales que necesitaban no sólo para desbloquear, sino para hacer inteligibles los misterios de la fe cristiana, especialmente la creencia en un Dios trinitario. La armoniosa síntesis de la filosofía griega y la revelación cristiana está asociada a Agustín, Alberto Magno y Tomás de Aquino, en cuyos trabajos teológicos alcanzó su más alta expresión. El escolasticismo de la Alta Edad Media, cuya cima coincidió con la aparición de las universidades, enseñó a Europa la disciplina intelectual y la precisión conceptual de la que depende su futuro desarrollo científico e intelectual. Sin esta irrupción de conceptos de mano de los teólogos escolásticos, no se habría dividido el átomo.

—*Pero la historia europea de los últimos dos siglos contradice esta tradición.*

—*Monseñor Walter Brandmüller:* Las catástrofes del siglo xx, desde los desastres bélicos de la primera guerra mundial a los campos de exterminio del Tercer Reich y el Archipiélago Gulag, son el resultado de la ruptura de Europa con sus orígenes en Jerusalén, Atenas y Roma. Mientras la perspectiva cristiana del hombre y del mundo desaparecía bajo la influencia de la filosofía racionalista de la Ilustración, se abría el camino hasta el darwinismo social, que se expresa en la cultura actual del aborto, la eutanasia y la clonación. Todo esto empezó desde el momento en que rechazamos los principios del desarrollo cultural que gobernó el período de mil años de cristianismo.